

RELOT

Tab

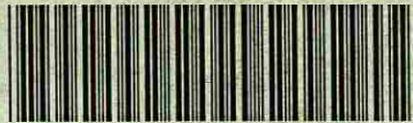
FUGITIVA

DE YASNA

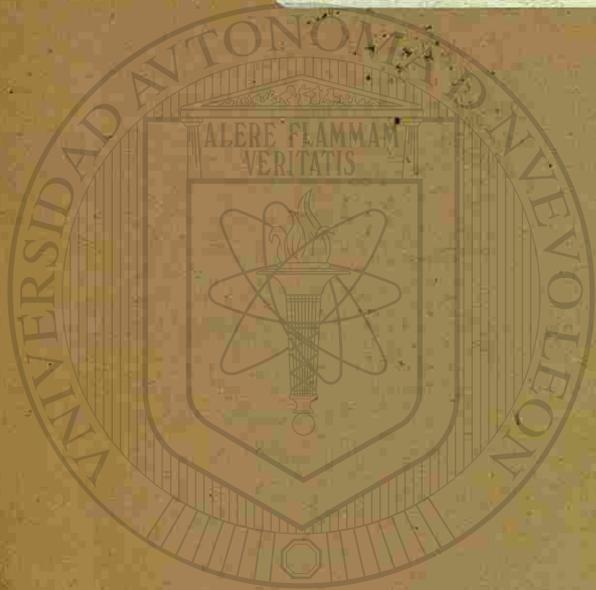
PQ2193

.B7

F88



1020026090



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

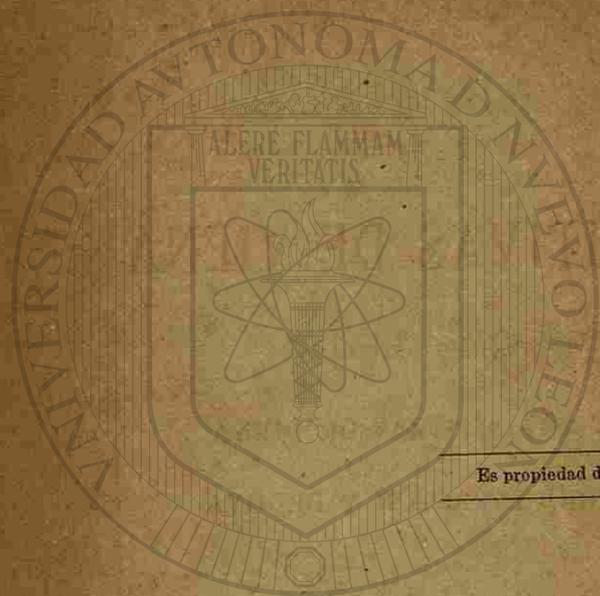


LAS FUGITIVAS DE VIENA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas N  
Núm. Autor B 4522 P  
Núm. Adg. 29752  
Procedencia - 8 -  
Precio 2  
Fecha 1969  
Clasificó CAS 69  
Catalogó 69



Es propiedad del Editor.

ADOLFO BELOT



# FUGITIVAS DE VIENA

VERSIÓN CASTELLANA

RICARDO COVARRUBIAS  
FONDOS

DE

ENRIQUE PASTOR Y BEDOYA



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RAYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

098161

MADRID

EDUARDO MENGÍBAR, EDITOR

63 - Hortaleza - 65

1883

Tipografía Gutenberg, Villalar, 5.

29752

843  
B.

PQ 2193  
.B7  
F88



**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## LAS FUGITIVAS DE VIENA

¡LAS FUGITIVAS DE VIENA! Este título en la portada de uno de mis libros da á entender ya, sin haber leído. «Las parisienses no le bastan, es lo que ocurre al pensamiento. El autor se propone, como estudio de costumbres, importar entre nosotros algunos modelos de lindas vienesas, de amorosa complexión, delicadamente corrompidas, agradablemente criminales. En seguida pasará á estudiar las inglesas, italianas, alemanas, rusas, orientales, y no tardaremos en conocer todos los vicios de países extranjeros.» Y con ese pensamiento, la cabeza del lector se exalta, su imaginación se estremece y ve ya aparecer una *mujer de*

fuego, cosmopolita, una señorita de Giraud, internacional. Hasta la boca de la señora de X..., boca esencialmente francesa, se convierte en boca universal.

En efecto, á la mayoría de los que me leen, mi nombre sólo les recuerda esos tres libros escritos por accidente, en una hora de fantasía artística, de facundia material, para reposarme quizás de harta inmaterialidad. Pero esos lectores han olvidado, suponiendo que las hayan conocido, todas mis novelas y comedias, en que he analizado sentimientos y no sensaciones: *El Artículo 47*, *El Testamento de César Girodot*, *La Sultana parisiense*, *El Drama de la calle de la Paz*, *El Rey de los griegos*, *Flor de crimen* y otros veinte libros únicamente de pasión, exentos de toda sensualidad.

Pero, ¿cómo podrían recordarlos esos lectores, cuando el ruido que puedan haber causado le han ahogado ellos mismos con el ruido levantado en torno de los tres primeros? La honradez afamada de los unos queda borrada ante el favor exagerado de que disfrutaban los otros. Así, éstos quedan aplastados bajo el número ridículo de edi-

ciones, á cuya tirada obliga la curiosidad suscitada por aquéllos.

¿Es culpa mía? ¿He dictado yo acaso esas preferencias? No. Un autor profesa á sus obras todas igual cariño, y quisiera que los demás les mostrasen idéntica ternura.

Las preferencias, pues, vienen del lector, del lector únicamente, y, por tanto, con arreglo á ellas, me juzga por lo que él ha leído, y no por lo que yo he escrito. De esa suerte, el juicio recae, no sobre el conjunto de la obra, cual debiera ser, sino sobre la excepción, arrojada como pasto á los apetitos.

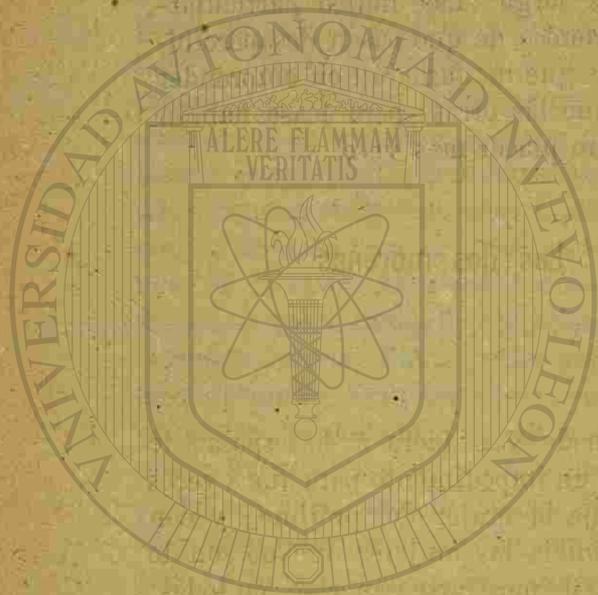
A esa injusticia me conviene hoy día imponerle un castigo: este libro, comprado sin duda alguna confiadamente, y dejándose llevar de su título, no tiene relación ninguna con los que tanto embelesan al lector. Mis FUGITIVAS DE VIENA no son, como pudiera pensarse, algunas lindas escapadas, algunas bellas salidas volando de Austria, Hungría ó Bohemia, de talle ligero, de ojos amorosos, de grueso labio inferior, muy en relieve, esa boca que puso en moda María Antonieta, y cuya tradición conservan las

austriacas. No, mis FUGITIVAS no harán presa en la imaginación y los sentidos del lector; gracias que puedan distraer por un instante su espíritu, refrescar su memoria, cuando ellas le cuenten viejas anécdotas. Llamo buenamente FUGITIVAS DE VIENA á unas cuantas conversaciones ó pláticas que escribí de prisa para un gran periódico vienes, el *Wiener Allgemeine Zeitung*. Traducidas inmediatamente y publicadas en él, regresan á París, donde yo les restituyo su forma primera. Eran francesas, las hicieron alemanas, y vuelven á ser francesas. Son, pues, FUGITIVAS en el sentido de que huyeron del país, adonde habían sido enviadas, para retornar al país de donde partieron, y lo son más principalmente en el sentido académico. Estas habladurías pasan, corren y se esquivan con rapidez; como sus hermanas las Efemérides, viven únicamente el espacio de una mañana.

POST SCRIPTUM Á ESTE CORTO PREFACIO: Cuatro novelas que he intercalado en medio de estas páginas, á saber: *Las Dos morenas*, *El Manojito de azucenas*, *Después de la carta*, *El Lecho*, merecen quizá una exis-

tencia más larga. Las indico particularmente, temeroso de que pasen desapercibidas. Bien sé que no tardarán en emprender la fuga como las otras; pero acaso habrán producido un placer más vivo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1925 MONTERREY, MEXICO



### Las dos morenas

El barón de X... adora á su esposa, lo cual no es un impedimento para que á veces se le antoje la mujer del prójimo, y con más frecuencia las mujeres que no son de nadie, á fin de mostrarse generoso con todas.

En la estación de otoño es cuando esos sus amores son mayormente placenteros. Durante el invierno, en París, la Baronesa le tiene estrechamente aprisionado, y el estío, en la posesión campestre, á orillas del Orne, no hay pretexto para vagabundear; pero, llegado el otoño, la caza, los almuerzos en compañía de hombres solos, los convites de aquí y allá, no pueden excusarse.

• Ese es el momento favorable, y el Barón no le desperdicia.

Le creen en la Beocia, ocupado en la caza de montería, la caza verdaderamente seria; pero lo cierto es que donde caza es en París, no en la llanura ni en el bosque, sino en el domicilio privado.

Su última pieza es de ese nuevo género de montería, Leónida X..., es una morenita muy linda y harto conocida, que pertenece á lo más *selecto* del medio tono. Días pasados se le antojó ir á comer á la fonda, en compañía suya. Al pronto, él vaciló en acceder á ese capricho; pero, bien considerado, ¿quién podría verle? Pasará vivamente de un tres por ciento discreto á un gabinete particular más discreto todavía. Sería menester que mediara alguna sospecha, y que espieran sus pasos para descubrirle; pero la Baronesa se halla en el Orne, á muchos kilómetros de distancia. Hechas estas reflexiones y consentido en dar gusto á Leónida, muy luégo se pára su carruaje en la calle de Laffite, delante de la Casa Dorada.

Al llegar al primer tramo de la escalera,

el maestresala de la fonda, Verdier, los invita á subir.

— Es inútil — dijo Leónida — queremos comer en el piso bajo, en el gran salón.

— ¡En el gran salón! — repite estupefacto el barón de X... — ¿Y piensas en eso, querida mía?

— ¿Y por qué no?

— Es que...

— ¿Tiene usted miedo de que le vean en mi compañía?... En tal caso, amigo mío, para avergonzarse de mi persona, no debía haberme hecho salir de casa.

— Yo no me avergüenzo... ¿Cómo puedes suponer? Pero...

— ¿Recuerda usted que es casado?

— ¡Ah!

— ¡Pues bien! á mí me gusta comprometer á los hombres casados; esto los liga á mi persona. Una vez comprometidos, ya no se atreven á abandonarme... Vea usted; es una prueba de amor la que le doy... En el gran salón... ó cada cual por su lado... para siempre.

Si una damisela ordinaria, sin gran renombre, le hubiese impuesto de esa suerte

condiciones perentorias, el Barón se habría sublevado. Pero Leónida era la amiga de los socios de los casinos más influyentes, era la preferida de todos los literatos más en boga. Cuando cualquiera de ellos quiere rejuvenecer una anécdota vieja, ó hacer revivir una frase que ya pasó, á ella es á quien acuden de preferencia. Hé aquí cómo uno de esos literatos daba cuenta de algunos de sus rasgos: «¡Siempre Leónida! Es en verdad inagotable en sus agudezas. Decía ayer en la Opera el conde de B..., que es aún soltero:

» — ¡Oh! ¡yo adoro los hijos pequeñuelos... de los otros, se entiende!

» — ¡Pues bien! cásese usted — replicó Leónida.

» — Dias pasados se hallaba en el teatro del Vaudeville con una de sus amigas, y ésta le interrogó acerca de una joya de nueva procedencia con que había aparecido la víspera.

» — Es el premio de mi deshonra — contestó Leónida.

» — ¿Y esa otra alhaja?

» — ¡Ah! esta es la medalla de *accesit*..»

El Barón no podía pensar en tratar ligeramente á una mujer á quien no sólo se le atribuía ingenio y discreción, sino que se le aplicaba también el que mostraban los otros. Tenía además otro motivo para usar de contemplación. Aun cuando hacía veinticuatro horas que había redoblado con ardiente brío su galantería, ella seguía defendiéndose contra todo lo verosímil imaginable, y sabido es que el amor que espera es más acomodaticio, más deseoso de agradar que el amor satisfecho.

Entraron, pues, en el salón del piso bajo, el mayor, el del medio; pero, como el maestresala conocía bien á sus parroquianos, y había adivinado los escrúpulos del Barón, colocó á la pareja en una mesa aislada, arriada contra la pared opuesta á las ventanas.

Comieron sin que ocurriese el menor incidente. Leónida hizo gala de sus agudezas, viejas como nuevas, y el Barón las retuvo bien en la memoria, para decirlas á su esposa cuando volviera á la quinta del Orne. En todas circunstancias no dejaba de pensar en ella; en el fondo, bien en el fondo, era un buen marido.

Sólo allá á los postres, el mozalbete V..., quien tenía por costumbre pasar inspección á todas las fondas de moda antes de visitar los teatros, los divisó y se acercó á saludarlos... El tal jovenzuelo conoce á todo París, y todo París le conoce á él como un calavera, como un ente fastidioso por sus salidas de tono. Llámale *el Entremetido*, porque con todos se roza y se mete, altos como bajos... Así, con sus maneras familiares, y que nada le arredra, después de haberles dado la mano de salutación, les dijo:

— ¡Hola! ¿están ustedes juntos ahora?

Leónida rechazó la suposición; el Barón no era para ella sino un amigo, un compañero.

— ¡Ya! ¡ya! ¡eso por sabido! Compañero de cuarto—dijo el joven V..., riendo y haciendo su saludo de despedida.

¿Dónde terminó la entrevista de aquella noche? No existe dato positivo ninguno respecto á este particular. Algunos historiadores sospechan que Leónida se mostró reconocida por un sacrificio como el que le había hecho un hombre casado tan reservado de ordinario en su conducta... exterior, y de

reputación tan cabal. Lo que da margen á esa sospecha es que, por una parte, recibió ella el día siguiente una lindísima joya, un nuevo *accessit*, y, por otra parte, á eso de las seis de la tarde, se disponía el Barón á partir de caza, pero caza verdadera en el campo. Sólo el amante dichoso se pone así tan presto en viaje; el amante despedido se queda en el sitio, aguardando hora más propicia.

Esto ocurría en el bulevar de Malesherbes, en el domicilio conyugal deshabitado desde principios del verano, y que en ese momento ocupaba solo el Barón, consultando el *Indicador de los ferrocarriles* y cerrando el candado de su maleta, cuando de repente resonó un campanillazo en el gran silencio de la habitación desierta.

¿Quién podía llamar así? Excepto Leónida, todo el mundo ignoraba su presencia en París. ¿Era acaso ella, que venía á devolverle su *accessit* y pedirle un premio, el primer premio de honor?

Llamaron de nuevo, y el Barón se resignó á abrir él mismo en persona: para disfrutar de amplia libertad durante sus excursiones

á Paris, no llevaba nunca á su servicio ningun criado.

Abrió: era su mujer.

— ¡Ah! ¡Qué dicha! ¡Te encuentro aquí! exclamó ella, saltando á abrazarle.

Y mientras le abrazaba, continuó:

— Allí en el Orne me aburría... Sí, me aburría haciendo simplezas... ¿Y sabes cuál es la que me ocurrió como más divertida? El tomar el ferrocarril y venir á encontrarte.

— ¡Admirable idea! ¡deliciosa ocurrencia! — dijo entre dientes el esposo, cuando pudo desembarazarse de las apretadas caricias de la Baronesa. — Pero, ¿cómo has sabido que yo me hallaba aquí?

— Tu última carta me lo hizo sospechar... Acabas de pasar dos días en la Turena, y mañana estarás cazando en el Oise... Para esto, preciso era que atravesaras por París, y yo calculé: «Hoy le encontraré á eso de las seis...» Ya ves, no me había equivocado.

— En efecto, fué buen cálculo... Ahora acabo de llegar, y me estaba disponiendo á partir de nuevo. Mira mi maleta. Estaba cerrándola cuando has llamado.

— Ea, vuévela á abrir.

— ¡A abrir! ¿Qué dices?

— Sin duda, no partirás hasta mañana. Ya comprendes que no he andado 192 kilómetros por el solo placer de decirte: «¡Buenos días!... ¡adiós! Pasaré la noche contigo, esto me confortará... Esta pequeña escapatoria me dará bríos para aguardar hasta el fin de tus cacerías... Pero desfallezco de hambre; llévame á comer.

— Con mucho gusto — dijo el Barón.

No era por cierto con gran entusiasmo con el que él acogía la sorpresa que le procuraba su mujer. Después de los tres días que acababa de pasar en París, sobre todo el tercero, su fantasía le convidaba con respirar el aire en pleno, el andar, cazar para reponerse, adquirir bríos, disipar cierta pesadez de cabeza. La Baronesa caía sobre él muy mal á propósito, y tanto más cuanto llegaba con harta abundancia de caricias, de efusiones del corazón que nunca concluían, ahorros de sentimiento economizados durante una semana, que ella parecía dispuesta á gastar regiamente, sin llevar cuenta.

Sin embargo, él no podía menos de contemplarla, dejándose llevar de su admiración hacia aquella belleza más florida, más esplendente que nunca. Seis meses en el campo y su medio-viudez desde que comenzó la caza, habían reposádola de las fatigas de la corte, habían dado á su fisonomía un matiz más claro, más luz á los ojos, más carmín á los labios. Brillaban ciertamente su frescura y juventud, tanto, que el Barón, á causa de la languidez y fatiga que le predisponían al arrepentimiento, se preguntaba á sí mismo cómo había podido engañar á aquella criatura tan perfecta.

De repente su culpa le pareció más comprensible, más excusable; la Baronesa tenía una semejanza ficticia con Leónida, aparente, es cierto; pero hay casos en que la apariencia basta. Las dos eran morenas, de igual talle elegante y flexible; la parte inferior del rostro, la que se entrevé cuando se le cubre con un medio velo, boca y barba parecían dibujadas sobre un mismo modelo. En cuanto á lo demás, no podía establecerse comparación alguna, y ésta, es decir,

la legítima, era con mucho superior á la ilegal. Con todo, esta semisemblanza, ó más bien tercio de ella, bastaba para calmar los remordimientos del Barón: sólo había sido infiel por dos terceras partes.

El estudio admirativo que acababa de hacer, esas comparaciones que resultaban en ventaja de la Baronesa, realzaban su brío abatido, le daban nuevo vigor. Calculaba que, después de una buena comida, podría encontrarse tan bien dispuesto, tan lozano, como lo estaba el día anterior, á la misma hora, con respecto á Leónida.

Dejaron, pues, en breve la casa, y subieron en el carruaje que había conducido allí á la señora de X... desde la estación del bulevar de Malesherbes.

— A la fonda de Durand — dijo el Barón al cochero.

— ¡No! ¡no! ¡A la Casa-Dorada! — prorrumpió al propio instante la joven esposa. Y volviéndose hacia él, añadió: — Allí comimos una vez poco tiempo después de nuestra boda, y desde entonces siempre me ha sonreído la idea de volver otra vez.

Obedeció el cochero y dió un latigazo á

sus caballos, dirigiendo hacia la calle de Laffite.

El Barón no se sentía muy bien á su sabor. Le punzaba el pudor sublevado, porque, créase ó no, había ciertamente un pudor en él. Comer con su esposa en la misma fonda que el día anterior comió con Leónida, esto le repugnaba. ¿Y qué hacer sin embargo? ¿Qué razón dar para evitar la Casa-Dorada? ¿Decir que allí se come muy mal? ¿Desacreditar al bueno de Verdier? ¡Oh! ¡Imposible! El mismo hacía últimamente el elogio de aquella cocina á la Baronesa, cuya memoria es excelente y un nada despierta sus celos.

Se resigna, pues, y... llegan á la fonda. Dos mozos listos acuden á abrir la portezuela.

— ¿Hay todavía algun gabinete? — pregunta el Barón.

— ¡Cómo un gabinete! — exclama su mujer. — No quiero. Somos casados... ¿Por qué encerrarnos como culpables? Comamos en la sala común. Es más honrado y divertido.

— Pero, querida mía...

— ¡Calle! ¿te avergüenzas acaso de que te vean conmigo? ¿te afrenta tu mujer? ¿no soy bastante bonita para que me presentes en público?

— ¡Sí, sí! eres bellísima; pero es justamente por eso. Te mirarán demasiado.

— ¡Tanto mejor! tiempo hace que nadie me mira... Allá en el Orne no miran á las mujeres... Aquí produciré cierto efecto... ¡Ea, ea! ¡ven!

— Pero tú hablabas de una comida de recuerdos.

— Precisamente. La comida de entonces tuvo lugar en el gran salón... ¡No te acuerdas, ingrato!

Todavía se muestra él vacilante; pero ella, resuelta, pasa por delante de él y le obliga á seguirla; atravesando la primera pieza, á mano izquierda, abajo de la escalera, entra en el salón del medio, distingue una mesa vacía y la toma.

Es la misma que la de la víspera, al lado de la pared, en el rincón.

Siéntanse. El Barón tiembla. ¡Ay! Si á Verdier se le antoja preguntarle: «¿Quiere usted del mismo vino que ayer, señor Barón?»

¡Oh, no! El maestresala es harto parisiense para cometer semejante imprudencia... Pero ¡el sumiller, los mozos! Justamente, allá en el fondo hay uno que le observa... ¡Cielos! ¡Le reconoce! Es el mismo á quien dijo ayer: «Me ha dado usted unos cigarros que son detestables. Son de la fábrica de Bremen y no de la Habana.» ¡Si á ese hombre le ocurriese vengarse con alguna palabra que pusiera en alerta á la Baronesa!

¡No!... Ha puesto silenciosamente los cubiertos, su porte es digno, muy digno, cabal... ¡Corazón excelente! Sus cigarros no son vengativos... Ahora ya podrá despachar su mercancía averiada. Al Barón le parecerá exquisita.

Se acerca el maestresala, y toma las órdenes de la señora de X... Encargá una de esas comidas de mujer honrada, cansada de los guisos desabridos de su cocinera, y cuyo paladar pide por casualidad algún necesario excitante: sopa de cangrejos, venado, trufas en servilleta, ensalada de langosta, vino de Clos-Vougeot. — Leónida, por otros motivos quizá, había ordenado una comida

igual, y el maestresala recibe iguales órdenes sin pestañear. ¡Qué delicadeza!... También es verdad que puede ser que no se acuerde; ¡ha visto tanto parecido!

Pero el dueño principal se acuerda, y acércase diciendo, después de su saludo de etiqueta:

— ¿Es que el señor Barón se halla ya de hecho en París?

— No; sólo de paso con mi señora—se apresura á responder el Barón.—Hoy hemos llegado y volvemos á partir mañana.

El amo se aleja impasible. El Barón hará que le den una cruz. Bien merece que él se encargue de ello.

Todo peligro ha desaparecido.

Sirven la comida; y como la sopa de cangrejos está bastantemente sazónada, y como la langosta es positivamente de mar, y como el Clos-Vougeot es espirituoso, y como la joven esposa, enternecida por sus recuerdos mezclados de esperanzas, muestra sus párpados húmedos y sus labios palpitantes, el buen Barón olvida sus remordimientos, sus temores, su pudor vergonzante, todo lo que le molestaba. Decididamente ha recobrado su

gallardía. La bella Leónida, al embelesar el pasado, no ha comprometido el porvenir.

A los postres, su beatitud ha llegado á su colmo. Nunca le ha ocurrido hallarse tan rozagante de cuerpo y de espíritu. Hasta su propia vanidad le hace cosquillas agradables, pues en el otro extremo, en la mesa de los fuertes banqueros, los dos hermanos Besanzón, que ambos son tan peritos en mujeres como en pólizas de Bolsa, le miran con envidia después de haber ojeado á su compañera, y parece como que dice: «¡Y qué gangas encuentra el tal Barón!»

Ahora que la señora de X... ha concluido de comer, y hasta ha saboreado con verdadera unción su copita de Curaçao seco, quisiera irse de la fonda. A su parecer, es inútil eternizarse en la mesa; la velada puede continuarse en otra parte más agradablemente. Además, las ojeadas de los banqueros que en un principio la habían divertido, comienzan á ser harto indiscretas. Por eso ha bajado ella su velo, y púestose los guantes. Está dispuesta á partir.

Pero él le ruega que le deje concluir su cigarro, y ella se lo concede. Vuelve la

espalda á la sala, se rodea de una nube de humo blanco, y recostado en su silla, con lánguidos ojos, se abandona á su vaga fantasía.

Y de tal modo se abandona y pierde en ella que no ve acercarse á V..., el fastidioso de la víspera, el llamado *Entremetido*, que le habló cuando se hallaba en compañía de Leónida, y que en aquel momento verificaba su paseo habitual por las fondas de París.

El mozalbete se llega á él, le toca en el hombro, saluda ligeramente á la Baronesa, á quien teniendo el velo echado, toma por Leónida, y con semblante risueño, todo rozagante, deja escapar estas palabras:

— ¡Dos días seguidos juntos á la misma mesa! ¡Día de tornaboda, eh!... Cuando yo se lo decía... ¡Lazo de caza, verdadero lazo!

La señora de X... alzó bruscamente su velo, mientras su marido se esforzaba en interrumpir, toser y hacer señas. V... se apercebe de la indiscreción necia que acaba de cometer, y quiere disculparse, pero todo lo echa más á perder. Y sus disculpas, sus explicaciones, junto con la cólera y turbación del Barón, no dejan duda alguna á su mujer.

Desconsolada, furiosa, se volvió al Orne por el tren de la noche, á pesar de sus proyectos, de sus excelentes disposiciones, á pesar del vinillo espirituoso de Clos-Vougeot, á pesar de todo. Hasta se asegura que quiere pleitear, pidiendo separación matrimonial, con gran desesperación del esposo que la ama apasionadamente, exclusivamente desde que le muestra tanto rigor.

Por supuesto que Leónida conoce la aventura. Ríe con todos sus lindos dientes al descubierto, diciendo:

— ¡Bien hecho! me alegro... ¿Por qué me engañaba?

### Los clavos de teatro.

El teatro, adormecido todo este verano y la mayor parte del otoño, acaba de despertarse, y su despertar ha sido feliz. Éxito completo en toda la línea de los boulevares: en el Vaudeville, en Novedades, en el Gimnasio, en el Ambigú. ¿Y por qué? Porque en cada una de las piezas estrenadas se presenta un *clavo*, y *clavo* excelente.

Llámase *clavo*, en estilo francés de teatro, la cosa ó persona destinada á producir sensación, á causar interés, á provocar la atención, á embelesar, ofuscar ó aterrorizar. Los ingleses llaman á esto *attraction*. Nosotros

Desconsolada, furiosa, se volvió al Orne por el tren de la noche, á pesar de sus proyectos, de sus excelentes disposiciones, á pesar del vinillo espirituoso de Clos-Vougeot, á pesar de todo. Hasta se asegura que quiere pleitear, pidiendo separación matrimonial, con gran desesperación del esposo que la ama apasionadamente, exclusivamente desde que le muestra tanto rigor.

Por supuesto que Leónida conoce la aventura. Ríe con todos sus lindos dientes al descubierto, diciendo:

— ¡Bien hecho! me alegro... ¿Por qué me engañaba?

### Los clavos de teatro.

El teatro, adormecido todo este verano y la mayor parte del otoño, acaba de despertarse, y su despertar ha sido feliz. Éxito completo en toda la línea de los boulevares: en el Vaudeville, en Novedades, en el Gimnasio, en el Ambigú. ¿Y por qué? Porque en cada una de las piezas estrenadas se presenta un *clavo*, y clavo excelente.

Llámase clavo, en estilo francés de teatro, la cosa ó persona destinada á producir sensación, á causar interés, á provocar la atención, á embelesar, ofuscar ó aterrorizar. Los ingleses llaman á esto *attraction*. Nosotros

decimos *clavo*, esto es, lo que se fija, se introduce en la imaginación ó recuerdo del espectador. Ora el clavo es un artificio nuevo, una situación inesperada, una escena capital como la locura alcohólica en *El Machete*; la muerte de Cruceta en *La Esfinge*; las viruelas de Massin en *Nana*. Ora toma una apariencia femenina, se reviste de las formas de una actriz; la joven Garnier es la atracción de las *Armas de Richelieu* en el Gimnasio; sin ella, esa pieza, cuya moda pasó, en vez de brillantes entradas, nadie habría hecho caso nuevamente. Si todo París corre á la sala de *Novedades*, á la opereta *Día y noche*, es porque quiere aplaudir á la Ugalde, esa nueva estrella que se alza en el horizonte, hija de otra estrella de gran tamaño, por largo tiempo brillante.

En *Odetta*, en el Vaudeville, el autor es él mismo el clavo de su comedia. El nombre de Sardou en el cartel fuerza inmediatamente la atención, y procura luego pingües entradas. Antes de saber si la pieza tiene mérito, cada cual corre al despacho para tomar billete con muchos días de anticipación. Es una infatuación, una moda, una fiebre.

Sardou es un clavo dorado. Así hace que tenga razón el antiguo proverbio: «Sólo á los ricos se presta.» En efecto, gracias á sus riquezas literarias pasadas, se le presta gran ingenio antes siquiera que hable, y cuando ha hablado, sea lo que fuere ello, se admiran sus dichos. En Francia, quizá en Viena también, así ha sido, en todos tiempos, para los hombres de alguna fama. Refiere el conde de Ségur en sus *Memorias*, que el deseo de ver á Voltaire atraía numerosa concurrencia á la tertulia de su madre. Se estrechaban, se apiñaban en derredor del grande hombre, á fin de contemplarle, examinar sus menores gestos, el juego de su fisonomía, á fin de recoger religiosamente sus menores palabras, y propagarlas á los cuatro rincones del mundo. Allí vi, dice Ségur, hasta qué punto la prevención y el entusiasmo, aun entre la clase más ilustrada, se parecen á la superstición y se acercan al ridículo. Cierto día, interrogada mi madre por Voltaire acerca del estado de su salud, le explicó que su padecimiento más doloroso era haber perdido el estómago, sin poder hallar á duras penas alimento ninguno que poder soportar.

Voltaire la compadeció, y procurando consolarla, díjole que él tambien, por espacio casi de un año, había padecido la misma languidez, la cual se reputaba incurable; pero que, sin embargo, se curó con un remedio bien simple, que consistía en tomar por todo alimento yemas de huevo desleídas en agua con harina de patatas.

Seguramente, no podía haber motivo en el asunto de esa conversación para agudezas ingeniosas ni para chispa de talento, y, sin embargo, apenas hubo pronunciado las últimas palabras, *yemas de huevo y harina de patatas*, que uno de los que estaban á mi lado me fijó con ardiente mirada, y codeándome vivamente, me dijo con visible admiración: «¡Qué hombre! ¡qué hombre! No dice palabra que no sea un rasgo de ingenio!»

Dos ó tres autores contemporáneos participan, como Voltaire y Sardou, de esta admiración preconcebida. En las comedias de Alejandro Dumas, hijo, he notado con frecuencia que los espectadores se entusiasman ya antes de que se pronuncie la frase aguda (lo que los franceses llaman la «palabra»).

La ven venir, y tomando la delantera, á fuer de cortesía, saludan los primeros.

Las noches de primera representación en el teatro Francés, cuando se estrena una pieza de Emilio Augier, la moda exige también que se admire su estilo: «¡Qué lengua! ¡qué lengua!» exclaman por todos lados. Y en efecto, tienen razón: el lenguaje de nuestro grande y predilecto poeta es de los más puros; pero que por casualidad le ocurriera de repente, ya por contraste, ya por burla, ya por apuesta, emplear el dialecto de Auvornia, no faltarían gentes en la sala para exclamar con entusiasmo: «¡Qué lengua! ¡qué lengua admirable!»

Por lo demás, es una circunstancia feliz que el público se halle favorablemente dispuesto de antemano á aplaudir ciertos autores y ciertas piezas de teatro. Es una compensación justa, porque muchas veces se muestra severo y hasta injusto. ¡Cuántas comedias son condenadas antes de entrenarse á consecuencia de apreciaciones divulgadas en el público! ¡Cuántos dramas han sido silbados, por causas imprevistas, fútiles, ajenas al autor, á la empresa y á los artistas!

Susana Lagier, cuyas formas redondas hacen pensar en las abultadas de los orientales, representaba una escena en la cual debía caer desmayada y ser llevada en brazos de Tallade. En los ensayos, esa escena de arrebató á brazo partido no hacía mal efecto. Si bien Tallade es pequeño de cuerpo y delgado, en cambio es nervudo y fuerte. Pero en la representación, Susana Lagier le pareció más gruesa, más voluminosa que nunca. Así, en el momento de sostenerla por la cintura, vacila, se turba. Los esfuerzos que hace excitan lástima burlona en un pilluelo de París, entre los espectadores de la tercera galería, quien le grita chillonamente: «¡Llévala en dos viajes!» Óyense estas palabras en la sala, y son acogidas con risa estrepitosa; de esta suerte, el éxito de la pieza quedó comprometido.

¿Á qué autor dramático no le ha ocurrido alguna vez malaventura de ese género? Por lo que á mí hace, aún me acuerdo de mi primer ensayo en el teatro de Vaudeville.

Yo había dado á la empresa una comedia titulada *El valor verdadero*, y contaba con dos efectos.

Debía resultar el primero de un duelo que pasaba en escena: los adversarios se colocan uno enfrente de otro espada en mano, terribles, amenazadores. Yo, entre bastidores, palpitándome el corazón, estaba atento á las impresiones del público. De repente, advierto que se muestra distraído, que cuchichea, que ríe..., y á la verdad no faltaba motivo. Á la punta de ambas espadas, de aquellas espadas mortales, se distinguían dos gruesos tapones de corcho, tapones de botella, puestos por vía de precaución, y que habían olvidado el quitarlos en el momento del combate.

En la otra escena, la escena de sensación, el *clavo* de la pieza, escena por extremo dramática, impensadamente, el gato del teatro, acostumbrado á circular familiarmente por todos los rincones del Vaudeville, sale de entre bastidores, aparece en las tablas, y tranquilo, majestuoso, digno, encorvando el lomo, mayando, se mezcla con los actores... Aquello fué mi perdición, y bien creí que nunca podría reparar tan mala suerte.

Posteriormente, cuando di al teatro *El Testamento de César Girodot*, el público no

había olvidado aquellas dos aventuras, y antes que se alzase el telón, decían en la sala: «¿Habrá tapones? ¿tendremos un gato?» Nada hubo: yo anduve bien precavido. Y cada vez que se representa una nueva pieza mía, yo mismo vigilo los menores accesorios. En cuanto á los gatos, les dirijo tales miradas de amenaza, que huyen aprisa de mi lado.

Hasta los mismos actores se ven expuestos á esos pequeños accidentes, fortuitos ó premeditados; pero como ya conocen el peligro, no les falta la presencia de espíritu para hacerles frente, algunas veces con buen éxito.

En un drama, cuyo nombre no recuerdo, Federico Lemaitre recibía de manos del cartero una carta, que debía leer en alta voz. Como era bastante larga, había descuidado el aprenderla de memoria, y así leía buenamente un papel en que realmente estaba escrita aquella parte de su carácter. Cierta noche advierte que por error ó mala intención, le han dado una hoja de papel en blanco. Sin turbarse, llama al cartero y le dice: «Se ha equivocado usted; esta carta no

es para mí. La mía la ha dado usted á otra persona; vaya á reclamarla.» Y mientras entre bastidores el director de escena corre azorado en busca del papel precioso, Federico Lemaitre se pasea por el escenario, exclamando: «¡Estos carteros cometen siempre las mismas torpezas! ¡Qué mala administración de correos!» El público, que participaba entonces de esa opinión, rompió en gran aplauso, persuadido de que aquella saeta contra correos formaba efectivamente parte del papel de Federico. Éste había conjurado el peligro.

Pero no todos los artistas tienen tal sangre fría, y desde que ocurrió esa aventura, no se acostumbra ya en el teatro á copiar las cartas. El actor á quien le toca leer alguna, debe empezar por aprenderla de memoria, y así es que, en realidad, le dan una hoja de papel blanco.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

Ernesto Baroche.

SU DUELO CON ROCHEFORT. — SU MUERTE  
EN BURGET.

El año, en su carrera, acaba de traernos el aniversario del combate de Burget, triste aniversario para todos, y doblemente triste para mí, recordándome la muerte de uno de mis mejores amigos, Ernesto Baroche.

Puedo hablar de él y hacer su elogio, sin temor de herir susceptibilidad alguna. Su nombre no evoca ya ningún recuerdo político; es el nombre de un soldado muerto por el enemigo. Un hombre de corazón, y diputado republicano, Anatolio de la Forge, durante la ceremonia conmemorativa del

combate de Burget, no ha temido el decir con emoción profunda: «Salud á los muertos, pertenezcan ó no á nuestro partido, porque no hay compañerismo más sublime que el de los campos de batalla. Saludo en particular á la sombra del comandante Ernesto Baroche; á él y á los compañeros que han sucumbido á su lado, se aplica la frase «¡Gloria victis!»

Hasta el mismo Enrique Rochefort, que no respeta á ninguno de los hombres del Imperio, pronuncia jamás el nombre de los de Baroche. Bien es cierto que Rochefort conoció personalmente al primogénito del ex-ministro Baroche, y que le vió «manos á la obra.» ¿Quién no recuerda el duelo entre estos dos adversarios políticos?

Juzgándose ofendido Ernesto Baroche por un artículo publicado por Rochefort en su periódico *La Linterna*, le había pedido satisfacción. Rochefort, refugiado en Bélgica, designó como testigos á los dos hijos de Victor Hugo, mientras que su adversario encargó á Loynes y á mí el representar su

persona. Inmediatamente salimos para Bruselas.

Á pesar de nuestros esfuerzos, Rochefort no consintió en otra satisfacción que en la de las armas, y el encuentro fué, pues, arreglado. Debía verificarse lo más cerca posible de Bélgica, pero fuera de su territorio, porque los hijos de Victor Hugo, que sabían que el código belga prohíbe los desafíos, no querían infringir las leyes de un país que les daba hospitalidad.

Á pesar de los años y de los sucesos transcurridos, aun me parece ver ese combate, cual si pasara á mis ojos.

Primero en ferrocarril; después en carruaje; y luégo, á través de los campos, llegamos á uno de los postes que separan la frontera entre Bélgica y Holanda. No estábamos, por tanto, en territorio belga; pero bastaba dar un paso para refugiarnos en él, si por acaso se les hubiese antojado á los gendarmes holandeses intervenir y levantar acta de la ocurrencia.

Las espadas se cruzan; la lucha comienza. Rochefort, alto, delgado, ágil, nervudo, ataca bravamente á su adversario, sin cui-

29752

darse en lo más mínimo de defender el cuerpo. Baroche, por el contrario, bajo, rubio, muy frío, muy sereno, sin avanzar un paso, para los golpes que le dirigen, y ataca con el brazo izquierdo; de resultas de una caída de caballo pocos años ántes, no puede servirse del brazo derecho.

Dos veces ha sido herido ligeramente, y dos veces, después de un corto descanso, se ha vuelto á poner en guardia, porque, según lo convenido, no debía cesar el desafío hasta que uno de los dos adversarios hubiese quedado fuera de combate.

Al tercer encuentro, Rochefort se tiende á fondo, y su espada desaparece entre los pliegues de la camisa de Ernesto Baroche, á quien todos creemos gravemente atravesado.

Creencia equivocada: la espada se ha la-deado, y sólo ha rozado las costillas.

Nerviosos, sobreexcitados ambos adversarios, se disponen todavía á hacerse frente, pero el médico que asiste, los hijos de Víctor Hugo, Loynes y yo nos parece deber intervenir. Las heridas recibidas pueden no tener gravedad, pero entorpecen los miembros, debilitan á uno de los comba-

tientes, y hacen la lucha desigual. Se decide por tanto, que debe cesar.

Pronto nos hallamos de regreso en Francia, y me acuerdo que al día siguiente, hallándome yo en la habitación de Ernesto Baroche, se presentaron tres personas á adquirir noticias: un ayuda de campo del emperador, un chambelán de la emperatriz, y un amigo de Enrique Rochefort, quien olvidaba sus resentimientos, como Víctor Hugo olvidó los suyos el día que borró de los *Castigos* el nombre de Baroche padre.

.....  
Pasan los años, y vuelve á aparecer el nombre de Ernesto Baroche el 30 de Octubre de 1870 en el campo de batalla de Burget. ¡Qué batalla! Quizá no deja de ofrecer interés el oirla referir de nuevo, tanto más á mi entender, cuanto son nuestros propios enemigos los que hacen ese relato. Si elogian nuestra bravura, si nos admiran, bien podemos creerlos sin escrúpulo. Por eso, reproduzco la traducción de una carta de F. Heine, publicada en *El Monitor Prusiano* del 10 de Diciembre de 1870:

«El Príncipe Augusto de Wurtemberg

ha decidido que se recupere la posición de Burget, y á este fin, ha confiado el ataque al general Budritzki, comandante de la segunda división de la guardia, uniéndosele á su división ya completa, cinco baterías de artillería y varios batallones de la reserva.»

Interrumpo aquí esta cita para recordar que el 30 de Octubre no había en Burget, por toda defensa militar, sino setecientos cazadores del 28 de línea, con el comandante Brasseur á la cabeza; doscientos milicianos movilizados del batallón del Sena, mandados por Ernesto Baroche; 400 hombres del batallón 14 de movilizados, capitán Forey; los tiradores francos de la prensa, en número de 200, capitán Bulau; en junto, 1.600 hombres, de los cuales 313 fueron muertos, y los otros heridos ó hechos prisioneros.

Vuelvo al relato de *El Monitor Prusiano*. ¡Es conmovedor!

«Se empeña la lucha. Nuestros cañones callan; hubieran producido grande estrépito en nuestro ejército. Á pesar del fuego mortífero del enemigo, de sus barricadas, de sus muros almenados, nuestros batallones

avanzan impasibles sin disparar un tiro de fusil, banderas desplegadas, música al frente. Los comandantes y los coroneles van á pié; únicamente el general Budritzki y el comandante de brigada Kanitz, con sus ayudantes, permanecen á caballo, y no se detienen sino á 200 pasos de las trincheras. Entonces, á una señal dada, calla la música: y gritando un ¡hurra!, se arrojan nuestros soldados contra las barricadas. ¡Esfuerzos inútiles! Caen delante de aquellas tapias que vomitan la muerte, y se amontonan sus cuerpos unos sobre otros. Aunque obstruidos por aquellos montones de cadáveres, que son otras tantas barricadas, nuestros soldados no pierden su sangre fría, obedecen como en revista ó parada las órdenes de sus jefes, y se diseminan á izquierda y á derecha, para coger al enemigo por el flanco. Los hacheros, con sus instrumentos, les abren paso; aquí el techo de una granja es agujereado; allí una puerta es echada abajo. Entramos, y entonces comienza el sitio, casa por casa. El combate es á culatazos, á la bayoneta. El conde de Waldersée, coronel del regimiento de Augusta, cae heri-

do mortalmente: «¡Que saluden á mi pobre esposa!» dice, é inclina hasta el suelo su cabeza, para no volverla á levantar más.

» La barricada que nos ha detenido la primera, no la hemos allanado todavía, y el regimiento de Isabel recibe orden de proceder al segundo asalto. Tan luégo como avanza, el enemigo le hace sufrir pérdidas terribles. El porta-estandarte, y después de él el sargento Carfún-Kelstein, honrado con la cruz de hierro, caen bandera en mano. Al ver esto nuestros soldados, vacilan y van á retroceder. Pero el anciano general Budritzki, cuyo caballo ha caído al mismo tiempo muerto, llega á pie, recoge la bandera, y grita á la tropa: «¡Adelante! ¡á reforzar!

» Todos le siguen; se posesionan de la barricada. ¡Qué de muertos! Y entre ellos el coronel Zaluskowski, que dirigía el asalto.

» El combate en las calles es cada vez más mortífero: silban las balas por todos lados, la metralla estalla á nuestros pies. Por ventanas, puertas, tragaluces de sótanos, tejados, sale un fuego tan terrible y de tal modo nos aniquila, que los hacheros se ven

obligados á taladrar las paredes para penetrar en las casas. Nuestros granaderos se deslizan á lo largo de los muros, se apoderan como pueden del cañón de los fusiles que sobresalen, y hunden sus bayonetas en cada apertura que ven. A cada casa que se toma, se renueva una verdadera matanza.

» Sobre una puerta hay un letrero que dice: « Los prusianos son unos cobardes, no dejaremos uno con vida. » Entran los nuestros en la casa, y todos sus defensores son pasados á cuchillo.

» Más allá, con caracteres de sangre, se lee sobre una pared blanca: « Prusianos endiablados, nunca ya volveréis á reuniros con vuestras mujeres. » Y nuestros soldados exasperados no dan cuartel á nadie.

» Á las dos de la tarde, la victoria es nuestra; pero ¡á qué precio! Siete horas habían combatido los franceses con bravura extraordinaria.

» Nos ponemos entonces á visitar los lugares testigos de aquella carnicería. Balas de fusil y de cañón cubren el suelo; por doquier se ven montones de armas desparramadas, las paredes todas ensangrentadas.

Las llamas consumen el caserío de Burget, y los cadáveres están hacinados en las calles. Pero, delante de las barricadas, ¡qué golpe de vista! Allí se ve á nuestros granaderos en montón, tal cual la muerte los ha sorprendido; muchos de ellos yacen la espalda contra tierra, la cabeza en el lodo; otros la faz inclinada, los ojos abiertos; algunos con las manos unidas, en acción de orar; las heridas de todos son atroces, y enteramente los desfiguran. En la calle Mayor, por bajo de la iglesia, igual espectáculo aterrador. Viendo aquello, sin quererlo, se venía al pensamiento la granizada que cayó sobre Leipzig en 1860, con la diferencia, sin embargo, que en esta ocasión no eran granizos, sino balas y granadas las que habían caído.

» Aunque acostumbrado á ver combates horribles, termina F. Heine, nunca había visto otro que pudiera compararse al de Burget; sin mentir se puede afirmar que, de cuantos combates se han librado bajo los muros de París, ese ha sido el más sangriento. »

Tal es el relato prusiano.

Pero, durante esa lucha encarnizada, ¿qué era del comandante Baroche? Escuchemos la narración hecha por uno de los combatientes:

« La lucha más violenta tuvo lugar en derredor de una casa donde se había atrincherado el comandante Baroche con los últimos oficiales, los últimos soldados que le quedaban. Todas las paredes están acribilladas de balas; no ha quedado una viga sana. Hay una ventana que da á la calle, más acribillada que las otras, y en ella se ha situado el comandante, de pie, á descubierto, con un pie sobre la repisa, dando cara al enemigo, que ha salvado el muro exterior, y de barricada en barricada, se avanza lentamente hasta el interior. Baroche está armado de un fusil de aguja, y, de minuto en minuto, apunta y hace fuego. Las balas silban en su derredor, agujerean la pared, rebotan en la habitación. Ninguna le alcanza.

» Era por cierto, dice un oficial prusiano, un espectáculo extraño y terrible el de aquel hombre, que parecía solo haciendo frente á nuestras apiñadas columnas. Veíamos caer

á los nuestros, y llenos de rabia, salía de nuestras filas furioso tiroteo; á cada descarga, creíamos haberle herido de muerte; pero, cuando la nube de polvo y humo se disipaba, aparecía todavía aquel hombre, la cabeza descubierta, continuando sus descargas, con tanta regularidad como en un ejercicio de maniobra. Parecía invulnerable. Hay un Dios para los valientes. »

De repente, sin embargo, un chorro de sangre le ciega; un chinarro, que un balazo ha hecho saltar, ha ido á rozarle la sien derecha, y el ojo parece lastimado: « ¡Qué contratiempo, no voy á poder apuntar! » exclama enjugando la sangre y conteniéndola con un pañuelo anudado en derredor de la cabeza. Y ya con esto, anima con nuevo brío á su tropa. Quieren aplicarle una venda mejor dispuesta, y sobre todo hacerle abandonar aquel puesto peligroso. Dícenle:

— No puede sostenerse ya más la posición, comandante. Harto ha hecho usted por el honor; resistir más tiempo es inútil.

— Es imposible — respondió Baroche — que París nos abandone; va á llegar el so-

corro; ¡por favor, amigos míos, tengámonos firmes media hora más!

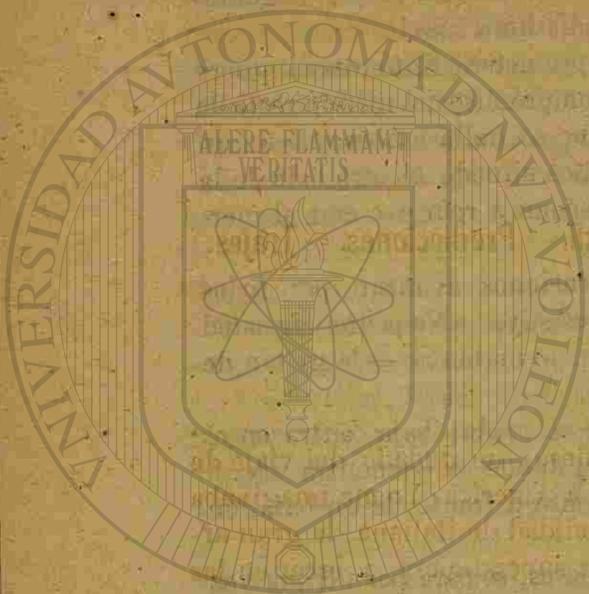
Todos se lo prometen. Entonces él quiere exigir igual compromiso del último resto de su batallón, que se halla emboscado en un edificio pequeño, situado al otro lado de la calle. Y se dispone á reunirse con el merchado batallón.

Pero los prusianos avanzan por todos lados, la calle es suya. « No podrá dar usted un paso sin que le maten, » — le gritan de todas partes.

Él no quiere oír nada; baja, entra en el pasillo inferior, donde se encuentra solo, á descubierto, frente á frente de un batallón enemigo.

Da algunos pasos, se pára por última vez para mirar de cara á los prusianos; después, su cuerpo gira dos veces sobre sí mismo, y cae exánime por tierra. Una bala le había herido en pleno corazón.

Once años han pasado después de esa catástrofe, y no puedo volver á leer y repetir á otros los detalles que la cuentan, sin que las lágrimas se agolpen á mis ojos.



Adelina Patti.—Predicciones.—Trajes.

Sí, lo confieso, he dudado del viaje de Adelina Patti á América. Yo me imaginaba que, en su cualidad de italiana, la gran artista debía ser supersticiosa, y creer en las predicciones, por cuanto yo recordaba una conversación que tuve con uno de sus amigos el invierno pasado.

Era en Monte-Carlo, donde ella acababa de hacerse oír en la *Traviata*, con lo que yo expresé el deseo de que Adelina consagrara á los parisienses la temporada siguiente.

— No lo espere usted — me respondi-

ron. — Está á punto de firmar contrata para América; partirá en Octubre, y no estará de regreso hasta Marzo.

— Pero ¡ Adelina no ha firmado todavía!

— No, sin duda.

— ¿Y están ustedes seguros de que firmará?

— Todo lo hace creer. Sin embargo, debo confesar — dijo uno de los amigos — que, desde ayer, se muestra vacilante.

— ¡ No decía yo! ¿Y por qué vacila?

— No puede desechar de su espíritu, por más que hace, una predicción que le echaron en cierto tiempo.

— ¿Cuál?

— Dijéronle que, si iba á América, no volvería ya más; moriría en la travesía en medio del mar.

— ¡ Ah! ¡ Bah! Y ¿quién le ha predicho esa lindeza?

— Una mujer de su país, que pasa por adivinar lo futuro.

— ¡ Pues bien! Para tranquilizarla, recuérdale usted otra predicción, que quizá haya olvidado. He oído contar que, cierto día en Florencia, en una fonda en que ha-

bitamos ambos, una mujer del campo le predijo que se casaría tres veces. Como su esposo el marqués de Caux no ha muerto todavía, no es probable apenas que, del mes de Octubre al de Marzo, esto es, su temporada en América, tenga tiempo para enterrar al marqués, casarse con Nicolini, enterrar á éste á su vez, y entrar en terceras nupcias. Así pues, una de las predicciones destruye la otra, y por su interés yo le aconsejo que crea más bien en la segunda que en la primera.

¿ Fueron repetidas estas palabras á la Patti? Debo creer que lo fueron, puesto que firmó su contrata, y acaba de embarcarse á bordo de la *Argelia*. Pero hasta el último instante he estado dudando.

Cierto es que otra italiana, con menos espíritu, hubiese vacilado. La marquesa de Caux, recibida en Tullerías, después de su matrimonio, debía también recordar que muchas de las predicciones hechas á los Napoleones se habían realizado. Bien podía caer en la tentación de darles fe.

La emperatriz Josefina, en la época que sólo era la señorita Tascher de la Pagerie,

iba á partir de la Martinica, de viaje á Francia, para casarse con el conde de Beauharnais, cuando una mulata le dijo: «Su casamiento, señorita, no será feliz; su marido morirá trágicamente, y usted misma correrá grandes peligros. Pero su estrella, después de perdido su brillo, aparecerá más refulgente que nunca. Sin ser reina, será usted más que reina.»

Y esos sucesos se cumplieron de cabo á cabo: El conde de Beauharnais fué guillotinado en la época del Terror, y su mujer encerrada en los calabozos de París. Después cambió la fortuna: Josefina llegó á ser la generala Bonaparte, la esposa del primer cónsul, la emperatriz de los franceses... más que reina, sin ser reina, como había predicho la mulata.

Justo será añadir que todas las predicciones hechas á la familia de Bonaparte no se han realizado.

Cuando Napoleón estaba en la escuela de Briena, tenía un profesor de alemán, llamado Bauer, que decía de su discípulo: «Es un burro, no será nunca nada.»

— Con todo — le respondían — es el más

fuerte en matemáticas de toda la escuela.

— ¡Razón de más! — replicaba Bauer. — El que es fuerte en matemáticas es y seguirá siendo un pollino.

En Santa Elena, en sus largas horas de recogimiento, el emperador recordó esas palabras, y las anotó en su *Memorial*, añadiendo: «Tendría curiosidad de saber, si el alemán Bauer ha vivido tiempo bastante para apercibirse que yo no era tan completamente pollino.»

Es en rigor una pura casualidad; en materia de predicciones, entre muchas algunas se realizan; otras, en general, no merecen que se pare mientes en ellas, y la Patti ha hecho bien de partir para América.

Dicen que lleva bellos trajes, ella que de ordinario es tan sencilla en su vestir. Verdad es que nunca como este año se ha llevado tan lejos el lujo de vestir. ¿Dónde tendrá término esa locura? Cuéntase, anécdota muy reciente, á propósito de una agradabilísima baronesa, muerta del pecho, aun no hace seis meses:

Hallábase en un estado muy desesperado; acababan de declarar los médicos que

sólo le quedaban algunas horas de vida.

Oye la enferma llamar.

— ¿Quién es? — pregunta con voz apagada.

— Es la modista — responde la asistente — que venía á probar varios vestidos á la señora.

— Llámela usted, y que éntre — dijo la baronesa.

Se levanta, se prueba dos trajes, y muere al llegar al tercero, pronunciando estas palabras:

— Será preciso darle otro corte: no hace resaltar bastante mi talle.

### Anécdotas sobre la Academia Francesa.

○ Dos sillas hay vacantes en la Academia Francesa, y dos nuevas elecciones se preparan. Hé ahí la ocasión de hablar por tanto acerca de la docta asamblea y de contar su historia, á vista de pájaro, por el lado anecdótico y sobre todo epigramático. Esto no debe causarle emoción, porque ya mucho antes, ¿no dijo Alembert, en el prefacio de sus elogios, estas frases?: «La Academia es el objeto de la ambición secreta ó declarada de todos los hombres de letras, de todos aquellos precisamente que más epigramas le han dirigido, buenos ó malos, epigramas que sería para ella gran desgracia si no

sólo le quedaban algunas horas de vida.

Oye la enferma llamar.

— ¿Quién es? — pregunta con voz apagada.

— Es la modista — responde la asistente — que venía á probar varios vestidos á la señora.

— Llámela usted, y que éntre — dijo la baronesa.

Se levanta, se prueba dos trajes, y muere al llegar al tercero, pronunciando estas palabras:

— Será preciso darle otro corte: no hace resaltar bastante mi talle.

### Anécdotas sobre la Academia Francesa.

○ Dos sillas hay vacantes en la Academia Francesa, y dos nuevas elecciones se preparan. Hé ahí la ocasión de hablar por tanto acerca de la docta asamblea y de contar su historia, á vista de pájaro, por el lado anecdótico y sobre todo epigramático. Esto no debe causarle emoción, porque ya mucho antes, ¿no dijo Alembert, en el prefacio de sus elogios, estas frases?: «La Academia es el objeto de la ambición secreta ó declarada de todos los hombres de letras, de todos aquellos precisamente que más epigramas le han dirigido, buenos ó malos, epigramas que sería para ella gran desgracia si no

existiesen, porque entonces se la solicitaría menos.»

Ya en el siglo xvii, le ocurrió la idea al poeta Baif, amigo del poeta Ronsard, de fundar una Academia, logrando reunir, en la calle de Fossés San Víctor, un cierto número de músicos é ingenios, con objeto de estudiar gramaticalmente la lengua francesa y los sonidos que produce. Pero la Academia Francesa, la verdadera, aquella cuyos estatutos firmó el cardenal de Richelieu, y otorgó un diploma en su favor el Parlamento, sólo data de 1635.

Así la vemos constituirse, prosperar y alcanzar luégò la protección de Luis XIV, sin prever que los favores del monarca serán un peligro para ella. En efecto, todos los grandes señores de entonces quieren formar parte de la Academia, y como la cortesanía, por no decir la servilidad, es el vicio favorito de la época, son elegidos sin títulos literarios, meramente en virtud de presentar sus pergaminos. Así es como el duque de Maine, á la edad de catorce años, pretende sentarse en el sillón de Pedro Corneille, y Racine se apresura á apoyar su candida-

tura. Y de seguro, habría triunfado, si no hubiese sido por el rey, quien, más respetuoso que la Academia misma, hizo nombrar á Tomás Corneille, el gran poeta trágico, para reemplazar á su hermano. Por lo demás, Luis XIV dió otras lecciones de independencia y dignidad á los señores inmortales. Ocurrióles cierto día discutir el siguiente tema: «De todas las virtudes del rey, ¿á cuál debe darse preferencia?» y él ordenó que se eligiese otro asunto de discusión. Ya tanta lisonja le había indignado; sólo una vez no forma regla, y puede ser consentida.

También el mariscal de Sajonia tuvo su hora de modestia: rehusó el sillón que le ofrecían, con esta ortografía: «Qieren acermé de lacademia esto miria comosor lijaungató.» Rara vez, sin embargo, fué imitado ese desinterés, dando muy pronto ocasión para poder decir Voltaire: «La Academia es un cuerpo, en el que se recibe á hombres de título, á hombres de empleo, á prelados, á hombres de toga y hasta á hombres de letras.»

Á fin de poder elegir al conde de Clermont, que no tenía otro mérito que el ser

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RIVERA"  
1925 MONTERREY, MEXICO

príncipe de la sangre real, al cardenal de Estrées, autor de algunos pobres epigramas, á Bussy, obispo de Luzón, Harley, arzobispo de Ruán, que nada habían publicado, al presbítero Alary, que tampoco escribió una línea, á Bautin, bufón cortesano, á Gimberville, quien al menos se hizo justicia á sí mismo componiendo de antemano su epitafio:

Pues oscuro nací,  
Más oscuro morí...

la Academia no temió cerrar obstinadamente sus puertas á hombres tales como Descartes, Pascal, Beaumarchais, Juan Jacobo Rousseau, Juan Bautista Rousseau, Vauvenargues, Bayle, autor del *Diccionario histórico y crítico*, Regnard, La Rochefoucauld, el presbítero Prevost y Molière. Después de estos grandes nombres, ya no hay que extrañar si, en nuestros días, no han logrado formar parte de ella Lamennais, Beranger, Flaubert, Teófilo Gautier, Balzac y Alejandro Dumas, padre. La Academia ha seguido fiel á sus tradiciones.

Por eso, en todos tiempos, el público y los candidatos desechados, se han vengado

apelando á epigramas sin número. Conocida es la frase de Pirón: «Cuarenta son que tienen tanto numen como el dos y dos son cuatro,» y este epitafio que compuso para sí:

Aquí yace Pirón, que nada fuera,  
Ni académico siquiera.

Preguntado un provinciano qué había en la Academia, respondió:

— «Tres que se disputaban, otros tres que bostezaban, y los demás que dormían.»

Cierto día, llegó Alfredo de Musset, y se paró á la puerta de la sala de sesiones, preguntando si estaba allí Victor Hugo.

— No — le respondieron.

— Entonces, me voy.

— ¿Por qué?

— Porque no hay nadie.

En otra ocasión, habiendo escandalizado á todo París la elección de cierto académico, uno de sus amigos dijo para defenderle:

— Pero, ¿qué pueden reprocharle? ¿Las obras que ha compuesto? ¡Si son tan pocas!

Un llamado Chatellux ocupó por equivocación el trigésimo octavo sillón. Era el autor desconocido de un libro sobre la feli-

cidad pública. Inmediatamente le lanzaron esta saeta:

¡ Á Chatellux, la silla de académico !  
 ¿ Qué hizo pues ? — Un libro muy conocido.  
 ¿ Se llama ? — *Pública Felicidad*.  
 — ¡ Público feliz que nada ha sabido !

Á Baur(do)-Lormien(to) le hicieron estos versos :

Nada tan lento, tan lurdo,  
 Como el señor Lormiento-Baurdo.  
 Nada tan lurdo, tan lento,  
 Como el señor Baurdo-Lormiento.

Á Migo (Michaud), este retruécano :

En lugar de Ducis han puesto á Migo.  
 Cierto, bien es preciso ser su amigo.

El mismo La Bruyère, que se había hecho tantos enemigos con la publicación de sus *Caracteres*, es atacado de este modo:

Cuando La Bruyère se presenta,  
 ¿ Por qué gritar exclamando: pero?...  
 Para formar la cifra cuarenta,  
 ¿ No se necesita acaso un cero ?

También los académicos se burlan entre sí de sus colegas:

— Usted ha dado su voto al señor X... — le dice un inmortal á otro. — ¿ Qué ha escrito pues ?

— Su nombre en la lista de mi portera para los que me visitan.

Sabido es que todo candidato debe hacer una visita de cumplido á cada uno de los inmortales, y solicitar su voto. Se adoptó este uso de resultas del incidente que sigue:

Andilly había regalado á los académicos un ejemplar de la traducción que había hecho de las *Confesiones* de San Agustín. Aquellos señores la reputaron tan notable, que todos expresaron el deso de tener al traductor por colega. Andilly rehusó en estos términos: « Si yo fuera de la Academia, dirían quizá: ¿ Por qué está allí? Así, yo prefiero que digan: ¿ Por qué no está? »

Esta negativa decidió á la Corporación á establecer por regla que, en lo sucesivo, se la solicitaría á ella, pero ella no solicitaría á nadie.

Pero, hay muchos postulantes que miran con temor esas visitas, que los exponen á palabras faltas de cortesía.

Habiéndole pedido Bougainville á Duclós

que votara en su favor, alegando su edad avanzada, recibió por respuesta:

— ¡Eh! ¡señor mío! No tenemos el cargo de administrar la extremaunción.

Un hombre de letras, sin talento, pedía el voto á Emilio Augier, diciéndole:

Caería enfermo si no fuese nombrado. Sólo pienso en mi elección; es una idea fija, que me vuelve loco.

— ¿Y pretende usted ser de los nuestros? — dijo con agudeza Augier. — ¿Toma usted á la Academia por asilo de dementes?

También á veces el candidato, hombre de ingenio, replica cáusticamente.

Cuando Gozlán se presentó en casa de Patín, éste le recibió muy mal.

— Viene usted sin duda, caballero, á solicitar mi voto. No me es posible dárselo. No he leído jamás ninguna de sus obras.

— Se equivoca usted, señor mío — respondió Gozlán. — No vengo á pedirle su voto. Vengo únicamente á inscribirme para ocupar el asiento que no puede usted menos de dejar pronto vacante.

Este asiento tan buscado no existe hoy día, y desde hace largo tiempo es sólo un

mito, una figura, por decirlo así. No aparece sino al estado platónico, ideal. Pero existió materialmente, y hé aquí en qué circunstancias, según Laplace:

«El cardenal de Estrées había llegado á un estado tan achacoso que, buscando algún alivio durante las reuniones de la Academia, á las cuales era muy asiduo, pidió que le permitiesen hacer llevar un asiento, más cómodo para su uso que el de las sillas de entonces, pues no había más que un sillón destinado al director. Se dió cuenta de ello á Luis XIV, quien, previendo las consecuencias de semejante distinción, ordenó al intendente del guarda-muebles de la Corona, que llevasen á la Academia 40 poltronas, confirmando así la igualdad académica.»

La ocasión para un nuevo sarcasmo era harto bella para dejarla escapar. Pirón, que tenía siempre la malicia en los labios y el epigrama en la pluma, se apresuró á publicar los siguientes versos:

En Francia, con grato modo  
Al autor locuaz se acalla;  
En un sillón académico  
De cuarenta se le instala.

Así se duerme el buen hombre;  
 Ya prosa ni copla canta,  
 Que es para el vate la silla  
 Cual para amor nupcial cama.

En la esperanza sin duda de tenerlos despiertos, un día Luis XIV quitó á los académicos sus poltronas, y aun cuando por ello deba sufrir nuestra imaginación, habremos de resignarnos á ver sentados en sillones sencillos á los inmortales de hoy día. Tienen menos prestigio, pero así gana el Diccionario, ese famoso Diccionario de la lengua francesa, que vuelve á rehacerse apenas terminado, y que siempre queda incompleto por haberse tardado más de un siglo en componerle.

Los que le emprendieron en 1638, para no entregar la primera edición hasta 1694, cincuenta y seis años después, aparejaron desde luego la lista de los autores dignos de constituir autoridad y suministrar ejemplos, á saber: Vair, Margarita de Navarra, Montaigne, Amyot, Malherbe, Marot, Ronsard, Regnier. Hecha la lista, encargaron á Vaugelas que redactase el trabajo; pero quizá no estuvieron acertados en asignarle una

pensión de dos mil libras; le tomó gusto á la prebenda, quiso que durase el mayor tiempo posible, y se durmió en las primeras letras del Diccionario, como lo prueba este epigrama:

Seis meses en F trabajé.  
 ¡Cuán feliz á mi el Destino hiciera  
 Si hasta G vida larga me diera!

«¡Moriré de Diccionario! dice más tarde Andrieux. Y no faltaba motivo en verdad. A pesar de siete ediciones, la última apareció en 1878, llena todavía de muchas deficiones erróneas, ó al menos muy discutibles. Y ¿puede ser de otra manera? El académico que se ha tomado la molestia de formular su pequeña definición, la discute, la defiende, se agarra á ella, y acaba por imponerla á sus colegas, temerosos de que caiga enfermo. Se ha dado el caso de ver morir á ciertos individuos, cuyas definiciones han sido rechazadas. De esta suerte es como ha estado á pique de pasar la siguiente en el Diccionario: «CANGREJO, pescado pequeño, rojo, que anda hacia atrás.» La Corporación iba á aceptar esa redacción, cuando hubo

uno que se levantó y se atrevió á decir: «Permitan sus señorías que les haga observar que el cangrejo no es un pescado; que no anda hacia atrás, y que sólo se vuelve rojo después de cocido. Fuera de esto, la definición es exactísima.»

Esa anécdota, ¿es cierta? Lo dudo mucho. En todo caso, época hubo en que pudo ser verosímil. Hoy día no lo sería ya. Dumas, el químico, que es un sabio, y Pasteur, su colega, que ha estudiado hasta los microbios, conocen las costumbres de los cangrejos. Y luego, la vieja Asamblea se ha vivificado, se ha rejuvenecido de algunos años á esta parte, con hombres tales como Camilo Doncet, Cuvilier-Fleury, Enrique Martín, Boissier, Lemoine, Caro, Emilio Augier, Alejandro Dumas, Sardou, Labiche, Cherbutier, Máximo de Camp. Como en otros tiempos, siguen teniendo por colegas á algunos grandes señores: el duque de Aumale, el duque de Audiffret Pasquier, el duque de Broglie, el conde de Hansonville, el señor de Falloux, el conde de Champagni, pero son grandes señores de hoy día, letrados que no se parecen en nada á los del siglo pasado,

al duque de Richelieu, por ejemplo. En lo antiguo, hubo un director de la Academia Francesa, quien, á título de tal, estaba encargado de cumplimentar al rey. Rogóle á Voltaire que le compusiera su cumplido, y Voltaire le escribió; pero permitió maliciosamente que se sacasen copias de él, de tal manera, que mientras Richelieu pronunció cada frase, los cortesanos *sotto voce*, repitieron la siguiente que llevaban aprendida de memoria.

Sin embargo, el duque-mariscal se vió obligado á escribir él mismo su discurso de recepción, habiéndonos dejado como recuerdo de su ortografía faltas como estas: *que-ristiano*, por cristiano; *rey ino*, por reino; *quorte*, por corte; *han en torcha*, por antorcha.

A veces no había defecto de ortografía; pero faltaba claridad al estilo y la idea. Sedaine, que acababa de oír el discurso de uno de sus nuevos colegas, se echó á sus brazos diciéndole: «¡Ay! ¡mi señor! desde hace veinte años que escribo en galimatías, nunca me ha ocurrido nada como el suyo.»

Estos discursos académicos remontan á

1640. Las gracias que Oliverio Patru, recientemente nombrado, creyó deber dirigir á sus colegas, les agradaron en tal manera, que desde entónces esas gracias fueron un acto obligatorio para todos. Inmediatamente el discurso académico, como antes los sillones, como todo lo que concernía á la ilustre Asamblea, se hizo objeto de innumerables epigramas.

A Mesne le gustaba compararla á esas misas mayores en que el oficiante, después de haber incensado á los circunstantes, acaba por ser incensado él á su vez.

En sus cartas filosóficas refiere Voltaire, sobre poco más ó menos, una conversación que tuvo con un inglés. «Todo lo que percibo, me dijo, en esos bellos discursos, es que el recipiario, después de haber asegurado que su predecesor era un grande hombre, que el cardenal de Richelieu era muy grande hombre, que el canciller Seguier era harto grande hombre, oye en respuesta que él podría muy bien ser una especie de grande hombre. Sin embargo, la necesidad de hablar, el embarazo de no tener nada que decir, y el manifestar talento, son tres cosas

capaces de poner en ridículo á los más avisados. No pudiendo hallar nuevas ideas, se ha procurado inventar nuevos artificios para hablar sin ellas, como gentes que fingiesen comer, falleciendo de inanición.»

Pirón le daba otro sentido al discurso académico: «Si yo fuera elegido, decia, me levantaría, saludaría y pronunciaría estas palabras: «Señores, tengo mucho honor en darles gracias.» En seguida, otro individuo podría ponerse en pie para decirme: «Caballero, no hay de qué.» Y se levantaría la sesión.»

Pero ni todas esas críticas, ni esos epigramas, ni esos sarcasmos, impidieron á la gran Asamblea el atravesar con cierto esplendor los reinados de Luis XIV, Luis XV y Luis XVI. Suprimida en 1793 por una ley de la Convención, no tardó en reorganizarse bajo un plan más vasto. Aunque conservando su título, formó parte desde entonces del Instituto de Francia, dividido en cinco clases: la Academia Francesa, la Academia de Incripciones y Bellas Letras, la Academia de Bellas Artes, la Academia de Ciencias y la Academia de Ciencias morales y políticas.

Si hoy nos ha venido á las mientes el bosquejar á grandes rasgos esa historia y contar esas anécdotas, es porque hace algún tiempo nos amenazan con edificar una pequeña capilla en la gran iglesia. Quiero hablar de la nueva Academia soñada por Edmundo de Goncourt, y cuyos estatutos tiene ya arreglados. Se compondría únicamente de diez inmortales designados por él, á saber: Veuillot, Barbey de Aurevilly, Alfonso Daudet, Emilio Zola, Guido de Maupassant, Julio Vallés, Richepin, en cuanto á la parte literaria; respecto á la parte artística, el marqués de Chenevière y Pablo Burty, etc. El fundador dejaría en su testamento una pensión anual de seis mil francos á los candidatos de su elección, con la cláusula expresa de no formar nunca parte de la Academia Francesa.

Dejo á otros la tarea de apreciar ese proyecto. Yo por mí sólo quiero ver en él un pensamiento delicado, una manera ingeniosa de hacer un legado, de dejar un recuerdo á algunos hombres de verdadero talento, que han sido amigos de Goncourt y participado de sus ideas artísticas y literarias.

### Incendio de Viena.

Escribiendo para Viena, yo debería sin duda hablar sólo de París, para hacer olvidar á los habitantes su ciudad, tan dolorosamente herida, abrumada, siempre en duelo. Me falta valor para eso: mi pensamiento está todavía allí, cerca de ellos, con ellos, y además, desde la noticia de ese terrible incendio, de ese desastre, cuantos aquí me rodean participan de iguales impresiones. No se habla sino de semejante infortunio; nuestros periódicos están llenos de todos sus pormenores; en este momento París está en Viena.

Sin duda, tiempo há que allí se ha leído el mensaje enviado por la prensa parisién al

Si hoy nos ha venido á las mientes el bosquejar á grandes rasgos esa historia y contar esas anécdotas, es porque hace algún tiempo nos amenazan con edificar una pequeña capilla en la gran iglesia. Quiero hablar de la nueva Academia soñada por Edmundo de Goncourt, y cuyos estatutos tiene ya arreglados. Se compondría únicamente de diez inmortales designados por él, á saber: Veuillot, Barbey de Aurevilly, Alfonso Daudet, Emilio Zola, Guido de Maupassant, Julio Vallés, Richepin, en cuanto á la parte literaria; respecto á la parte artística, el marqués de Chenevière y Pablo Burty, etc. El fundador dejaría en su testamento una pensión anual de seis mil francos á los candidatos de su elección, con la cláusula expresa de no formar nunca parte de la Academia Francesa.

Dejo á otros la tarea de apreciar ese proyecto. Yo por mí sólo quiero ver en él un pensamiento delicado, una manera ingeniosa de hacer un legado, de dejar un recuerdo á algunos hombres de verdadero talento, que han sido amigos de Goncourt y participado de sus ideas artísticas y literarias.

### Incendio de Viena.

Escribiendo para Viena, yo debería sin duda hablar sólo de París, para hacer olvidar á los habitantes su ciudad, tan dolorosamente herida, abrumada, siempre en duelo. Me falta valor para eso: mi pensamiento está todavía allí, cerca de ellos, con ellos, y además, desde la noticia de ese terrible incendio, de ese desastre, cuantos aquí me rodean participan de iguales impresiones. No se habla sino de semejante infortunio; nuestros periódicos están llenos de todos sus pormenores; en este momento París está en Viena.

Sin duda, tiempo há que allí se ha leído el mensaje enviado por la prensa parisién al

burgomaestre de la ciudad; y sin duda también, allí se sabe que se redactó en casa de la señora de Adam; pero nadie ha dicho los pormenores de aquella reunión de hombres de letras y de directores de teatros. Tuvo lugar en el boulevard de Poisseinière, número 23, no en las grandes habitaciones ocupadas por la señora de Adam, donde ella da sus comidas y sus saraos, sino en el piso bajo; en el fondo de un patio, en las oficinas de la *Nueva Revista*. Apenas si había sitio para contener á la multitud que de todas partes había acudido; así, en cuanto la sala de la redacción estuvo llena, fué menester habilitar la pieza inmediata que sirve de vestíbulo.

La señora de Adam, graciosa como siempre, más joven que nunca, estaba sentada en el frente de la gran mesa de verde tapete tradicional, y tenía á su derecha á Bapts, del *Diario de los Debates*, y á su izquierda á Vuhrer, director de *El Sol*. Todos los periódicos estaban allí representados, desde los más acentuados hasta los de matiz más flojo. Aquello era un verdadero arco iris político. Las rivalidades, las animosidades, se borra-

ban para dar lugar á un sentimiento común; el de la simpatía por la desgracia.

A los directores de los periódicos pronto vinieron á unirseles el administrador de la Comedia Francesa, Perrín, Vaucorbeil, gran maestro de la Ópera, Carlos de la Rounat, director del Odeón, Pablo Cleves, de la Puerta San Martín, el director de Variedades, Bertrand, acompañado de Delcroix, del Palacio Real, Cautín, de los Bufos, Emilio Abraham, que representaba á Víctor Koning, director conjunto del Gimnasio y del Renacimiento. Todos se reunieron para ofrecer su teatro, sus artistas, caso de decidir el organizar alguna representación dramática, á fin de aliviar los infortunios de Viena.

Empieza la discusión, que muy pronto se anima y vuelve confusa, porque cada cual quiere concurrir á esa obra de beneficencia, y cada cual tiene su idea, presenta un proyecto. Mas poco á poco el asunto se aclara, el modo se fija, y queda decidido que se hará una gran fiesta, precedida de una representación dramática, en el teatro de la Ópera. No es arriesgado asegurar que será grandemente productiva; pero no es una

suma de dinero la que pretendemos enviar á Viena, sino un recuerdo, una señal de simpatía, el óbolo del artista.

Levantada que fué la sesión y la concurrencia menos numerosa, se formaron grupos en cada ángulo de la sala, y naturalmente la conversación recayó sobre incendios. No faltó quien recordase los diferentes desastres de los teatros de medio siglo á esta parte: el fuego asola sucesivamente el de la Puerta San Martín, en París, el Real de Londres, el de Colonia en 1849, el circo Rings de Berlín, en 1853. Después toca su turno de destrucción á los Estados-Unidos: la sala de espectáculo de Cincinnati, el teatro Francés de Nueva-Orleans, cesan de existir; y el fuego vuelve á Europa, y continúa su obra en Altona, Gratz, Augsburgo, Carlsruhe, Edimburgo, la Ópera de París y el teatro de Niza.

Este último desastre es el que más recuerda el de Viena: una explosión de gas fué la causa. Los espectadores de la tercera y cuarta galería perecieron en masa. ¡Qué cosas no se dijeron entonces! ¡qué de consejos no se dieron! ¡qué de medidas no se propusie-

ron para lo sucesivo! Contemos: supresión de ciertos asientos que impiden la circulación, faroles de aceite en los corredores para guiar á la multitud, si el gas se apaga súbitamente; nuevas puertas de salida á la calle; en la fachada delantera de los teatros, en los pisos altos, balcones ó abrigos exteriores que puedan servir de refugio á los espectadores; telón metálico para aislar más pronto y fácilmente la sala del escenario. ¿Se han tomado ya esas medidas? No. ¿A qué se aguarda? A un nuevo incendio sin duda.

Cada uno expresaba su idea.

—Siempre es en el escenario—observaba Wuhrer—donde se declara el incendio. ¿Por qué? Porque allí se acumulan materias inflamables, decoraciones de madera ligera, lienzos pintados, muebles frágiles. ¿No se podrían acaso barnizar esos objetos con alguna esencia que los hiciese inaccesibles al fuego, así como ciertas telas son impermeables?

—Pero ¿existe esa esencia preservadora? preguntó alguno.

—Sí, existe—le respondieron.—Sólo que

se hace uso de ella en pequeño, para casos particulares, en vez de emplearla para todo en grande. Así, por ejemplo, en un drama, si con arreglo á su papel debe un artista atravesar las llamas, arriesgando quemarse, se le unta con ciertas composiciones químicas que le hacen invulnerable. Extiéndase la aplicación de este sistema, llámese en su auxilio á la ciencia, pídale su concurso, sobre todo sin mirar al costo, olvídense la rutina, y las decoraciones, telones, trajes, estarán al abrigo del fuego, al menos durante algunos instantes, dando tiempo á desocupar la sala sin prisa, sin furia, sin aturdimiento.

—Verdad es eso—replicaba Vaucorbeit.— Pero, admitiendo que se adopten esos medios, ¿se persistirá en ellos? Al cabo de poco tiempo, olvidado el peligro, no faltarán mil razones para volver á las costumbres pasadas y descuidar toda precaución. Recuerdo que, después del terrible accidente ocurrido en la escena de la Ópera á Emma Livry, en cuyo traje prendió el fuego, causándole tan crueles quemaduras que murió de ellas, ordenó la Dirección del teatro, por

decreto del ministro, que en lo sucesivo las ropas de punto y cendales de las bailarinas estarían impregnadas de una sustancia ó esencia que resguardase de la acción de la llama. Durante seis meses, esas órdenes fueron cumplidas; luégo las bailarinas se quejaron de que sus calzones de punto carecían de flexibilidad elástica, hacían pesados sus movimientos, sus actitudes de danza, con perjuicio de su garbo y gracia, y poco á poco, una tras otra, volvieron á sus antiguas ropas. Cuando alguna nueva bailarina sea quemada, quizá vuelva á ponerse en vigor el reglamento... durante algunos días.

Nada más exacto: naturaleza nos hizo tales, que el tiempo borra el recuerdo de las mayores catástrofes. Se clama, se llora, todo es desolación y espanto, luégo el olvido. Nunca las desgracias del prójimo han servido de escarmiento. Cada cual espera que, en cuanto á él, no habrá contingencia de catástrofe.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

### El día de año nuevo.

A partir desde el 20 de Diciembre, esto es, el momento en que todos los almacenes de París empiezan á embellecerse, á iluminarse, á poner cara risueña á los paseantes, los boulevares de la Bastilla á la Magdalena pierden su habitual fisonomía, produciéndose cierta perturbación en la vida parisiense. Se va, se viene, se revolotea, se habla, se charla, pero sin pararse. Cada cual tiene sus ocupaciones, y á nadie le ocurre ocuparse de los negocios de otro. Hasta se muestra indiferencia por la anécdota, por el pequeño escándalo, que más tarde circularán esos indiferentes á toda prisa y con vivísimo pla-

cer. Empujones, codazos, pisotones, atropellos, y de esa suerte se avanza á la rastra. Y es tan apiñada la muchedumbre, que los carruajes renuncian á mantener el trote, viéndose obligados á marchar al paso y en fila seguida. Las tiendas cambian de aspecto y destino: el especiero se vuelve confite-ro, el almacén de modas vende juguetes de niño, la verdulera reemplaza sus legumbres con naranjas. Inútil es querer comprar un libro nuevo, la novela favorita; en las librerías sólo se ven libros de gran tamaño adornados de estampas, con los cortes dorados, alegría de los muchachos. Aquellas aceras laterales en que nos gusta pasearnos lentamente, el cigarro en los labios, se hallan ahora obstruidas con cajones-tiendas, donde se ostenta la industria del «artículo de París,» á todos precios, para todos gustos. Las mujeres, los chicos, los padres, invaden en montón esos bazares al viento, estorban la circulación y mezclan sus gritos con los gritos de los mercachifles.

«¡Vean! ¡vean! señoras y caballeros. La  
» vista no cuesta nada. Yo no vendo mi mer-  
» cancia, las doy regaladas. — ¡Tres sueldos!

» ¡tres sueldos! ¡todo el atalaje! ¡escojan  
» á discreción! — Veinticinco sueldos el co-  
» nejo que baila, es la novedad, el juguete  
» del día. — ¡Diez céntimos: la cuestión del  
» divorcio, con el retrato de Naquet; la cues-  
» tión de las mascotas, la cuestión del expe-  
» diente de Bokós! ¡Tomen! ¡tomen! ¡no se  
» vuelvan á casa con las manos vacías! ¡se-  
» ría una pendencia con las mujeres! ¡mal  
» fin de año casero!»

París no es ya una ciudad, se ha conver-  
tido en una inmensa feria en el campo.

Todos compran, todos dan, pero todos  
también se quejan. No se oye en las casas,  
lo mismo que en las calles, sino una sola  
exclamación: ¡Qué fastidio los tales aguina-  
ldos! ¡qué tormento los tales regalos de  
año nuevo!

¡Ea! ¡ea!, señores, no hay que lamen-  
tarse tanto, que su generosidad es mayor  
que las supuestas apariencias. No hay que  
suprimir la última fiesta hermosa que nos  
queda; la de las mujeres y los niños. La  
Pascua florida, Pentecostés, el día de Re-  
yes, hasta la Natividad, van olvidándose  
en Francia; ¡gracia, pues, en favor del pri-

mer día de año! Si deja vacíos algunos bolsillos que no estaban muy llenos, en cambio llena otros que no contenían nada. Esto ocasiona algún fastidio, convengo en ello, pero ofrece por otra parte muchas compensaciones; por ejemplo, la coyuntura que se presenta á las personas que después de haberse amado y querellado, vuelven á verse, á perdonarse, y amarse quizá otra vez aún.

En efecto, durante el corriente año suscitóse una querrela entre dos amigos. Por poco no se enviaron sus respectivos testigos: mas concluyeron por separarse y no volverse á saludar. Llegó fin de Diciembre. Una noche, al lado del fuego, sentado á la mesa de escritorio, los ojos fijos en el calendario pasado, se piensa en los días trascurridos, los disgustos, los placeres, las penas y alegrías que con ellos han ocurrido. Se piensa en lo que se ha hecho, y sobre todo, en lo que debería haberse hecho; se forma el balance entre el corazón y los recuerdos. Y entonces, va desfilando foco á poco la comitiva de los amores añejos, de las amistades apagadas; para algunos hay memoria, para otros hay sonrisa.

« El año pasado, en época semejante, allí estaba él, á mi lado, dice para sí el pensador. Conversábamos juntos; recordábamos unas mismas cosas á la vez. Hacíamos proyectos para este año que termina, sin imaginar en lo más mínimo que en él pudiéramos desunirnos. ¿Qué estará haciendo hoy? ¿qué se habrá hecho de él? De seguro se está en su casa como yo en la mía... Esta soledad debe pesarle en época semejante; no sé por qué, pero ahora es cuando se siente más que nunca la necesidad, la alegría de acercarse unos á otros, de estrecharse, de unirse... ¡Ah! ¡Por mi fe, tanto peor! La sinrazón está de su parte; pero soy débil para guardarle rencor. Que piense lo que quiera... voy á su casa.

Y el hombre parte, llega, llama, entra.

— Buenos días.

— ¡Calle! ¿es usted?

— Sí; he venido por casualidad á esta casa á dejar una tarjeta, y me ha ocurrido, al pasar por delante de la puerta, llamar y pedirle un papel que en otra ocasión olvidó usted devolverme.

— ¡Ah! ¿Y por eso sólo?

— Sin duda... ¿Qué otro motivo?

— ¡Vamos! No mientas, imbécil; has venido á estrecharme la mano, y ha sido buena inspiración, porque iba yo á tu casa.

Hí un mozo á quien no le queda más que una parienta, la hermana de su padre, vieja soltera, algo regañona, que, sin átomo de respeto por los grandes aires de caballero del sobrino, le pareció oportuno tres meses antes echarle un sermón de moral agri dulce. Él se enfadó, y no volvió á poner los pies en casa de su tía. En medio del torbellino de los placeres, apenas si se acuerda de ella. Pero llega el día de Año nuevo, y de uno á otro extremo de París, el mozalbete ha ido presentando sus cumplidos y felicitaciones.

Á las seis de la tarde, su tarea tiene fin. Ha llenado sus deberes mundanos y recogido las sonrisas y cariños que podía pretender. Hora es ya de comer, ¡eh! Sí, ¿pero con quién? Ve venir hacia él un amigo.

— ¡Hola! ¿Comerás conmigo?

— ¡Contigo! ¿Hoy? ¿Estás soñando? Cómo en casa de mi madre.

— ¡Ah! Distingo á la bella Palmera, que se acerca. Esta no me rehusará una buena comida. Buenos días, querida; ya que estamos á la puerta del café inglés, ¿quieres que entremos?

— ¡Qué chanzas tienes! ¿Y mi familia?

— ¡Cómo! ¿Tú tienes familia? ¿Y desde cuándo?

— Desde esta mañana hasta esta noche.

Rechazado entonces en toda la línea, decidido á no comer solo, piensa en su anciana tía, en la mesa á que tenía costumbre de sentarse todos los años en época semejante.

— Si no voy á verla en un día como este, ya no es una desazón, es una ruptura, ruptura definitiva. ¿Y tengo yo derecho de romper con la única parienta que me queda?

— Corre, entra y atraviesa por el comedor. ¡Pobre mujer! Estaba esperando al ingrato, pues había hecho poner su cubierto, y no se había atrevido, á pesar de la hora avanzada, á sentarse sola á la mesa.

.....  
Dos enamorados han reñido á principios de Octubre último. Mucho ha sufrido él, pues la amaba sinceramente, y aun la ama

todavía. No se ha atrevido, sin embargo, á volver á casa de ella, temeroso de ser mal recibido.

Pero en el día de hoy todo se enternece y adquiere bondad. Hay en el aire como un perfume de ternura. Quizá ella se sienta inclinada á olvidar lo que les ha desunido, para recordar las dichas que antes habían presidido á sus amores.

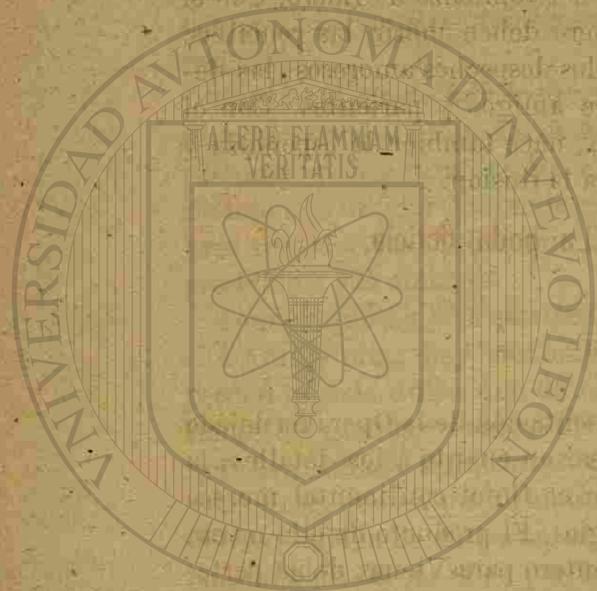
Toma la pluma y le escribe:

« Amiga mía, hay momentos en que el perdón es más dulce que de costumbre; es imposible guardar rencor á las personas que nos han amado durante el año. Confío á estas flores que en un tiempo le eran agradables, cuiden de despertar en usted un recuerdo á mi favor. Si su perfume impresiona todavía su corazón, entresaque de ellas un ramito de violetas, y envíemele bajo el sobre de una carta. Con esto, correré en seguida para ir á decirle cuánto la amo todavía. »

Y al despertar el día 1.º de Enero, recibe él el ramito de violetas.

Sí, en verdad, es preciso no maldecir de

Diciembre y del comienzo de Enero. Con el año que muere deben morir las rencillas, los enfados, los despechos amorosos, las desazones entre amigos y parientes. Con el año que nace, nace también la esperanza y su compañera la ilusión.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

### La boda ficticia.

Si la representación de la Opera ha dejado algo que desear en cuanto á los detalles, la fiesta dada en el Hôtel continental merece todos los elogios. El producto de ella no era con destino entero para Viena; debía pertenecer á medias á nuestros últimos naufragos. Los vieneses no podrán llevar á mal que hayamos confundido en un mismo pensamiento caritativo unas y otras desgracias, las víctimas del fuego y las víctimas del agua, esos dos elementos, fuego y agua, necesarios á nuestra existencia, pero que después de habernos dado la vida, nos dan la muerte.

Sí, los dramas que pasan en el mar, en las costas, en pleno Océano, son tan terribles como los del incendio. Toda una flotilla de pescadores sale de uno de nuestros puertos. Compónese de un centenar de grandes embarcaciones, manejadas por 500 ó 600 hombres. Las mujeres y los muchachos los acompañan hasta el extremo del arrecife. Gritan, agitan los pañuelos, se envían ósculos, se sigue con los ojos la flotilla, hasta que el último barco ha desaparecido en el horizonte. Todo promete un magnífico viaje; una pesca soberbia. El sol en su ocaso, ilumina de púrpura el velamen y cordaje; el cielo se colora con tintas violadas; el viento sopla muellemente, los marineros charlan entre sí, cantan una de esas largas cantilenas lamentosas de efecto poderoso, saludan con sus vivas la bella noche que se prepara, y se duermen confiados, después de haber fijado su postrer pensamiento en su mujer, sus hijos y Dios. Poco á poco cierra la noche; la oscuridad se extiende. Oscuridad completa: por uno de esos descuidos tan comunes en los marineros, han olvidado encender las linternas y faroles. Y hé aquí que, á cinco

ó seis leguas de tierra, un gran navío, marchando á bordadas, se arroja á velas desplegadas sobre la flotilla, sin haberle visto venir ésta, sin haberla distinguido aquél. Zozobran, vuelcan, se rompen la mitad de las embarcaciones. Álzase un gran grito, grito de muerte... después, nada. Cien hombres, doscientos sucesivamente, son sumergidos en el abismo.

Hablábamos de una fiesta, y hé aquí que me entretengo en contar fúnebres historias. Y á la verdad, la fiesta fué alegre, muy lucida y acomodada, gracias á los numerosos salones puestos á disposición del público; de suerte, que á pesar de la multitud, más de 5.000 personas, se podía conversar, mirar y aislarse. Público algún tanto mezclado, principalmente la parte femenina. Algunas grandes elegantes, pero en escaso número; muchas mujeres honradas que habían querido asociarse á una buena obra, pero también de las del medio tono y de las cuarteronas mundanas en cantidad. Las damas directoras, entre las cuales se notaba á las señoras de Adam, Charpentier, Daudet, se sentían á veces algún tanto incómodas en

medio de todas aquellas incalificables. Como mujeres discretas, no decían palabra, y sin mirar demasiado, sin querer profundizar, sonreían á todas... para los pobres.

Entre los bailarines me enseñaron á uno, héroe de una broma que le habían dado la víspera, y de que todo el mundo hablaba. La broma no fué de un gusto exquisito; el lector la censurará cual yo mismo la censuré. Sin embargo, como cronista fiel, debo contarla.

Uno de nuestros jóvenes parisienses á quienes gusta divertirse, y todo les divierte, hasta las cosas más respetables, tuvo la idea de casarse de una manera ficticia, asunto para reír, sin pasar por la Iglesia ni Casa-ayuntamiento, pero sin descuidar ninguno de los pormenores inherentes á una boda.

Este último jueves, á las once del día, el landó tradicional, con su cochero ostentando su ramito de flores en el ojal y sus caballos adornados de rosas, se presentó en el domicilio de la novia, una de nuestras incalificables de más fama, la linda de B... En traje clásico, con velo y falda blanca de

cola, toda cubierta de azahar, baja de su casa escoltada por Delfina L. y Alicia H..., dos bonitas mujeres, muy á la moda, aptas para todo empleo, en el teatro como en la villa, excepto el de señoritas de honor. El novio, con sus testigos, llegó presto en otro landó, y los dos carruajes, después de haber hecho el simulacro de pararse á la puerta del Ayuntamiento, se dirigieron á la fonda de Gillet, en la Puerta-Maillot, donde se había encargado el almuerzo de boda.

A las dos, todos los circunstantes, conformándose á los usos antiguos de las bodas de la clase media, subieron á sus carruajes para dar el paseo consagrado por el bosque de Boloña. Echaron pie á tierra frente al gran lago, dos á dos, los novios primero, los testigos y señoritas de honor luégo; y la comitiva avanzó gravemente. Pronto fueron á unírseles todos los locos y locas que en aquel momento se paseaban en el bosque; formaron con ellos fila; y la comitiva se aumentó con doscientas ó trescientas personas. Con un gran banquete la comida de boda terminó el día. No se escatimó nada, ni el Champaña, ni los cánticos de circunstancia,

ni los brindis á la felicidad de los esposos. Después se bailó, se bailó mucho; y, siempre, con arreglo á la tradición, el recién casado se aprestó á acompañar á su esposa al domicilio conyugal... Mas no pudo encontrarla; se había fugado con uno de los testigos.

Nuestro día de Año nuevo se ha pasado bien. Brillaba el sol con un tiempo soberbio, inesperado en esta estación. Ha sido una verdadera fiesta para los mercaderes. Todos han vendido por sumas dobles ó triples de las del año último. Hasta los pobres se han enriquecido, y muchos de ellos, cegados por la fortuna, han mostrado su arrogancia. Á uno de esos, á un cantor de callejuela, le daba un amigo nuestro una moneda de diez céntimos. El tal músico le miró de alto á bajo, y desdeñando la moneda de cobre, dijo:

— ¿Cree usted acaso que con eso podría yo pagar á mi arquitecto?

Peró ¡ay! existen otras miserias menos altivas y mucho más tristes. Un periódico nos ha referido unas palabras pronunciadas ocho días antes en las fiestas de Navidad, por un infeliz pequeñuelo:

— ¿El Niño Jesús, no te ha regalado algo esta noche? — le preguntaba una chicuela.

— ¡No! — dijo él, con llanto en los ojos.

— Es que no has sabido manejarte. Debías haber puesto tus zapatos en el borde de la chimenea.

— No me ha sido posible — respondió el muchacho — yo no tengo zapatos.

El pobre pequeñuelo se ha consolado quizá el día de Año nuevo, porque en la mayor parte de los colegios y casas de educación, se recogen en París, como en Viena, sin duda, lo que se llama el aguinaldo de los pobres. Cada escolar debe llevar el 31 de Diciembre un saco de juguetes para distribuirlos á las infelices criaturas del barrio. Así, todo el mundo se encuentra con su porción de dones, y en la casa del pobre, como en la del rico, los niños al menos pueden sonreír alegremente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

---

### Duelos para reír.

Quince días hace que París no ha combatido. Quiero decir con esto, que los periódicos no han registrado ningún duelo que merezca citarse. Sin duda en este tiempo de Cuaresma, las gentes son menos susceptibles, el humor es más bonachón; es un modo como otro cualquiera de hacer penitencia. Hasta los mismos periodistas usan epigramas menos acerbos; su pluma es más discreta. No arrancan tajadas; se contentan con pequeños rasguños de amor propio, que no necesitan hacerse ver las caras en el campo. Pues hay que notar que en nuestros días, los periodistas son los que más se de-

safían; los hombres de pluma se han convertido en gentes de espada.

Sin embargo, veo apuntar en el horizonte muchos incidentes que podrían tener un desenlace dramático, y para que el lector no se halle desprevenido, voy á narrarle algunas anécdotas que acaba de evocar mi memoria con esa intención. Si no las conoce, podrán interesarle un instante, y si las conoce ya, tendrá para conmigo la misma indulgencia de que dí yo infinitas pruebas con respecto á Villemessant. Gustábale, como á todos los que han visto mucho y vivido largo tiempo. Pero en sus últimos años, como hombre de ingenio que se siente envejecer y desconfía de sí mismo, ocurríanle escrúpulos. Parábase de repente en medio de su relato para preguntar: «¿No le he contado ya esto?» Entonces yo respondía invariablemente: «De ningún modo, ¡oh! no. Ni pizca conozco de esa historia. ¡Siga, siga! Grandemente satisfecho, proseguía Villemessant con su cuento sin parar, cuento que yo sabía de memoria, pero que simulaba escuchar con interés y recogimiento angelicales.

Alejandro Dumas, hijo, se mostraba á veces menos conciliador. Y esto se explica: Su padre, el admirable, pero eterno contador, le había referido todas las historias de la tierra, verdaderas y falsas, y no se sentía con ánimos de volverlas á oír de nuevo. Por eso cierto día en que Villemessant comenzaba la relación de cierta aventura, Dumas, hijo, se quitó el sombrero y saludó hasta tierra.

— ¿Qué hace usted? — le preguntó el director de *El Figaro*.

— Acabo de encontrarme con una antigua conocida, y la he saludado — respondió Dumas.

Yo me hallaba presente, y Villemessant refirió su cuento para mí. Las gentes que tienen una anécdota que contar son terribles.

Quizá yo sea también terrible; pero me consuela el pensar que mi lector está á trescientas leguas, y que si al paso saluda á mi historia, yo no veré las evoluciones del sombrero.

Trátase de dos jóvenes estudiantes ale-

manes que dan un paseo por Francia, después de haber terminado sus estudios en Heidelberg, célebre por sus desafíos y los sablazos que allí se distribuyen. Hace pocos días que llegaron á Paris; entran en un café, se sientan enfrente de un individuo de buena apariencia, joven todavía, de aire grave, que lee con gran atención un periódico, y se ponen á hablar entre sí.

— Si quieres, dice un estudiante al otro, iremos luego á visitar la catedral de Nuestra Señora, y subiremos á la torre.

No bien ha pronunciado estas palabras, cuando el vecino empieza á decir en mal alemán.

— Yo subo, tú subes, él ó ella sube, nosotros subimos, vosotros subís, ellos ó ellas suben.

Los dos jóvenes se miran asombrados; después siguen en su conversación.

— Al salir de Nuestra Señora — dice uno de ellos — si hace buen tiempo, podremos pasearnos en el bosque.

— Yo me paseo, tú te paseas, él ó ella se pasea — prorrumpe el individuo.

— ¡Ah! ¡Esto es ya demasiado! — exclama

ma uno de los estudiantes... — Caballero, ¿se burla usted de nosotros?

— Yo me burlo, tú te burlas, él ó ella se burla... — continúa el individuo, siempre tan grave, pero siempre tan incorrecto en su pronunciación alemana.

Los dos extranjeros no pueden ya contenerse; recuerdan sus costumbres pendencieras contraídas en Heidelberg, provocan á su vecino, le dan sus tarjetas, exigen la suya, y se van.

El día siguiente aparecen en el terreno. El de mayor edad de los dos alemanes, designado por la suerte para medirse con el desconocido, le dirige inmediatamente una estocada, gritándole: « ¡Pare usted esta! »

— Yo paro, tú paras, él pára... — responde el individuo, siempre con igual calma.

Y en efecto, pára con una habilidad, que denota ser un primer espadachin de fuerza.

Como no se le puede tocar, y él por su parte se niega á atacar, los testigos, después de dos acometidas, interrumpen el combate y declaran el honor satisfecho.

Los alemanes se acercan entonces á su adversario, y le dicen ambos á la vez.

— Pero en fin, ¿nos explicará usted?..

— Perfectamente, señores — les responde — es muy sencillo. Yo soy maestro de armas, y pienso fijarme en Viena para dar lecciones de esgrima. Antes de ponerme en camino, estudio la lengua alemana. Mi profesor me ha recomendado que conjugue el mayor número posible de verbos, siempre que la ocasión se presente. Ustedes vinieron á sentarse á mi lado, y yo me dije: He ahí la coyuntura; y me puse á conjugar todos los verbos de que se sirvieron ustedes.

Combatientes y testigos soltaron la carcajada, y no pudieron menos de darse un apretón de manos.

¿Conocía este lance el lector? — ¡Sí! ¡Pues bien! vuelva á saludarle, en tanto que refiero otro, al que quizá pueda saludar también.

Un novelista y un periodista deben batirse en duelo el siguiente día. Ambos están inquietos, pues uno y otro han oído decir que su adversario es hombre temible. Por eso, el novelista se decide á ir á casa de Grisier, el antiguo maestro de armas, para pedirle consejo.

— ¿No se ha ejercitado usted nunca en la esgrima? — le preguntó con gran interés Grisier.

— Nunca he tocado á un florete.

— ¡Diablo! ¿Y su adversario de usted?

— Dicen que es de gran fuerza... espada-chin furibundo.

— Entonces, es preciso ser muy prudente, muy circunspecto; limitarse á cubrirse y no atacar nunca.

— Bien, no atacaré... ¡Oh! no atacaré. Pero ¿cómo cubrirme?

— Extenderá usted el brazo... así... bien estirado, bien á lo largo, y esperará.

— Esperaré... ¿el qué?

— Á que su adversario se arroje sobre su espada y él mismo se atraviere.

— Tal quisiera yo. Pero ¿y si en vez de quedar atravesado, aparta mi espada y se me echa encima?

— Retrocede usted.

— ¿Y si es él quien retrocede?

— Usted no se menea.

— Doile á usted gracias, señor mío, y voime á hacer testamento. Siempre es bueno estar prevenido.

Apenas se ha despedido el novelista, hé aquí que llega el periodista.

— Mañana me bato en desafío — le dice á Grisier — con cierto hombre de letras, hombre temible, verdadero duelista, un espadachin en regla, y como nunca he maneado una espada, vengo á que me indique usted lo que debo hacer en el terreno.

— Es muy sencillo. Sostenga usted su brazo bien recto, bien á la larga... de esta manera... y esperará á su adversario.

— Pero ¿y si avanza?

— Recula usted.

— ¿Y si él recula?

— Usted no se mueve.

— ¿Y cree usted que así?...

— Así lo espero.

— Pues yo no tengo gran esperanza, por lo que voy á tomar mis últimas disposiciones.

Una vez al día siguiente, periodista y novelista se encuentran uno enfrente de otro en el bosque de Boloña; siguen en un todo los consejos de Grisier. Á consecuencia de una timidez, bien natural en momento semejante, ambos exageran las recomenda-

ciones del maestro; así que en cuanto se cruzan las espadas, cada combatiente se imagina ya que su adversario se adelanta, y recula por lo mismo; pero de tal manera, que ambos se hallan á diez pasos uno de otro, espada en mano, brazo extendido, firmes, arrogantes, con ojo de amenaza.

Los testigos, asombrados al pronto, se impacientan por fin, y les gritan: «¡Avancen ustedes, caballeros!» Pero ellos, fiados en los consejos del maestro, permanecen en su puesto, en la misma actitud expectante.

Nada pudo decidirlos á aproximarse uno á otro.

En la serie de duelos divertidos, los hay que han fracasado. Referiré algunos. Mas téngase entendido que no invento nada: sólo mi memoria hace un esfuerzo, y cuento á mi modo lo que otros han dicho antes que yo, y mejor que yo.

En el mes de Julio de 1865, la fecha es importante, dos estudiantes en Leyes y Medicina, hasta entonces muy buenos camaradas, tuvieron una querella vivísima... por supuesto, cuestion de mujer.

El estudiante de Jurisprudencia envía al de Medicina sus dos testigos, estudiantes como él, y que no tienen el hábito de esa clase de negocios.

— ¡Cómo, de veras! ¿Quiere batirse?

— Sí, absolutamente.

— ¡Qué susceptibilidad! Y yo que había olvidado todo eso... Sin embargo, él me dijo cosas más sensibles que las que yo le dirigí... El ofendido soy yo.

— Él sostiene que lo es él. Pero, poco importa. Le deja á usted la elección de armas.

— ¡Ah! Él me deja... dice usted.

— ¡Sí! ¿Qué arma escoge usted?

— Escojo... escojo... Me parece inútil decirselo á usted de antemano.

— Es la costumbre.

— ¡Estúpida costumbre! Si yo hago elección de pistola, mi adversario se ejercitará al tiro durante todo el día, y mañana me acertará como figurilla de yeso... Prefiero no manifestar mi decisión hasta dentro de veinticuatro horas.

— Sin embargo...

— No hay sin embargo... así es... Yo no

pretendo batirme... Él es quien lo quiere... Así, pues, que acepte mis condiciones ó que me deje en paz.

Vuelven los testigos á verse con su amigo para decirle esa respuesta, y le cuentan la conversación, con la esperanza de calmarle. Pero no lo consiguen: él insiste en su desafío, anunciado en todas partes, y con tal de que se verifique, y á fin de satisfacer al público espectador (generalmente es por los espectadores el batirse), suscribe á las condiciones de su adversario.

Él es quien llega el primero al sitio escogido para batirse. Saca de los cofres de su carruaje un par de espadas, una caja de pistolas, dos carabinas y dos sables. Así puede hacer frente á todas las eventualidades... á menos que su adversario no escoja el cañón ó la ametralladora. En este caso, tomará sus medidas, y todo induce á creer que esas armas terribles no le harán retroceder. Rabia animosa le posee.

No tarda en llegar el estudiante de Medicina, grave, de serio aspecto, como conviene á la situación. Apenas baja de su vehículo, da orden al cochero de colocar un

gran cesto sobre la verde hierba. Le abren, y sacan de él: dos langostas de mar, una ensalada de pepinos, cuatro docenas de manzanas verdes, algunos manojos de rabanillos, y varias garrafas de agua.

— ¿Qué burla es esa? — exclama el otro estudiante estupefacto. — No venimos aquí á almorzar... ¡Se trata de un duelo!

— ¡Un duelo, seguramente, y duelo á muerte! — responde el estudiante de Medicina, con fúnebre voz.

Después, designando la langosta y lo demás, añade:

— ¡Hé aquí mis armas!

— ¡Sus armas!

— Sin duda. He decidido batirme «al cólera.» En este momento ejerce sus estragos con violencia extrema, y después de un almuerzo tan indigesto como el que aquí presento, de seguro uno de los dos quedará en el sitio. Tenga usted la bondad, señor mío, de tomar posición, y ataquemos esta langosta. ¡Ea, en guardia!

Los cuatro testigos sueltan estrepitosa carcajada, y ésta se comunica á los dos adversarios. Muy luégo, reunidos todos, co-

gidos del brazo, se dirigen á la fonda más próxima, y allí consuman un almuerzo ménos colérico.

Los más furibundos duelistas de época antigua, Fayot, Choquarts, hasta ellos debieron renunciar á consecuencia de alguna chanza, á desafíos que esperaban mantener, con harto agrado suyo, largo tiempo había.

Choquarts, un día de mal humor, decidido á distraerse á todo trance, ve venir de lejos á un paseante de continente marcial; se acerca á él, y plantándose enfrente, le dice:

— Caballero, no puede usted imaginarse cuánto me carga su figura.

— ¿De veras, señor mío? ¿Desde cuándo? — responde el desconocido sin inmutarse.

— ¡Eh! Desde que le he visto, hace algunos minutos.

— ¡Sólo algunos minutos! ¡Dichoso usted, señor mío! Si fuera como yo... Desde que nací me causa horror mi figura, y nunca he podido desembarazarme de ella.

Y diciendo esto, prosigue su camino, dejando á Choquarts estupefacto.

Este Choquarts, una de las personalidades parisienses más prominentes en 1830, vivía de una módica pensión que le pasaba el conde de Chambord. Se encontraba siempre muy apurado, pidiendo á todos prestado, pero no carecía de cierta delicadeza. Hé aquí un ejemplo:

Hallábase cenando en compañía de Villemot (que es quien más tarde escribió el incidente), de Bouffé, el director del Vaudeville, de Armando Marrast; y de un hombre de negocios, llamado Mutón. Este último tuvo la imprudencia de hablar mal de Carlos X. En seguida se levanta Choquarts indignado, y exclama:

— He jurado abofetear á la primera persona que insultase á mi rey. Lo siento por ti, Mutón; pero mi palabra es palabra.

Y se abalanza sobre el pobre Mutón; pero párase repentinamente, y se le oye balbucear:

— ¡Ay, Dios! Le debo un duro, y no puedo abofetearle, sin haberle antes pagado.

Pasan algunos segundos, y se vuelve hacia el director del Vaudeville:

— Bouffé, mi querido Bouffé — le dice con tono suplicante — deme usted un duro, para que yo pueda sentarle los dedos á Mutón.

— Mi buen Choquarts — replica Bouffé — con sumo gusto le prestaré veinte francos al salir de aquí, pero no le daré ni siquiera medio para el uso que pretende.

— ¿Y tú, Villemot?

— Yo — dijo Villemot — no tengo un céntimo.

Choquarts estaba desconsolado. Tirábase de los pelos. Era la primera vez de su vida que, deseando dar un par de bofetones, no podía conseguirlo. En tanto que aun procuraba enternecer á alguno de sus amigos, Bouffé, como hombre prudente, había llevado á Mutón aparte, diciéndole:

— Amigo mío, no está usted aquí seguro. Un peso duro se encuentra fácilmente. Choquarts acabará por obtenerle, y entonces... ¡guárdese usted! No veo otro medio de librarse de ese apuro, sino prestándole otros cien francos. Como él no podrá nunca

devolvérselos, su propia delicadeza le obligará á respetarle á usted.

El hombre de negocios comprendió lo justo de su razonamiento. Así, terminada la cena, le ofreció los cinco luises de oro á Choquarts, quien al pronto se negó á tomarlos; pero acabó por aceptar, diciendo con gran dignidad y aires muy peculiares suyos:

— ¡Sea en buen hora! Acepto. Pero el día que cobre la pensión que me pasa S. M., te reembolsaré, y recibirás al propio tiempo mis bofetadas.

Por supuesto, que cuando cobró su pensión, se la comió, y olvidó á Mutón.

Fayot, el terrible Fayot de la Restauración, tuvo también muchos desafíos... fracasados.

Por el año de 1830, un joven de provincia — Roger de Bauvoir, en sus *Duelos y duelistas*, dice un normando — se hallaba hacía algunos días en París, y se lamentaba de ser allí desconocido, de sentirse perdido en medio de la multitud.

— ¡Si yo pudiera — pensaba él consigo mismo — tener algún desafío de que se ocu-

paran los periódicos, esto me pondría en evidencia, mi persona sería de moda!

De tal modo esta idea le atormenta, se impone sobre su raciocinio, que en seguida se da trazas para topar con algún mal negocio, como otros se ingenian para hallar uno bueno.

Estaba tomando su tacita de café, entre dos luces, á la puerta de Torton, cuando un hombrecillo flaco, bigotes retorcidos, vestido de moda rigurosa, con su lente en el ojo y aire arrogante, fué á sentarse junto al velador inmediato al suyo.

Al cabo de unos minutos, durante los cuales el normando ha examinado á su placer al recién llegado, se levanta, acérese á él, saludándole, y le dice:

— Caballero, ¿tendría usted la bondad de darme las señas de su sastre?

— ¿Para qué? ¡señor mío!

— Es porque me parece usted admirablemente apuesto de traje. Ese frac verde con botones de plata, le sienta á usted á la perfección.

— Si así es, caballero, hé aquí las señas que usted desea. Casualmente, mi sastre,

como recuerdo para que no le olvide, me ha dejado hoy una tarjeta de su establecimiento.

— ¡Cuánta amabilidad! ¿Acaso no tendría usted también la tarjeta de su zapatero?

— No; pero tendré sumo gusto en darle á usted sus señas por escrito.

Saca del bolsillo una elegante cartera, escribe un nombre y las señas, arranca luego la hoja, y pasándola al mozo provinciano, le dice con el tono más natural del mundo:

— ¿Le basta eso?

— No, no del todo, lo confieso.

— ¿Qué más le falta?

— Ese su sombrero de usted tiene una forma que me agrada infinito. ¡Si me atreviera á pedirle también las señas del sombrero!...

— ¡Ah! Siento mucho no acordarme de ellas en este instante. Pero, de seguro en casa las encontraré, y dos de mis amigos irán mañana temprano á llevárselas, si usted á su vez tiene á bien darme las suyas.

— Sí, por cierto, caballero, ¡qué menos! Hé aquí mi tarjeta.

— Hé aquí la mía.

Ambos se saludan muy graciosamente, y el provinciano, después de haber pagado su café, se aleja de Tortoni para dar una vuelta por los bulevares.

Había encontrado por fin el incidente que buscaba, y esto sin ruido, sin escándalo, de la manera más cortés del mundo.

Pero ¿cuál era el nombre de su adversario? Nada tan sencillo como el saberlo. Se pára delante del escaparate de un almacén iluminado con reverbero. Saca del bolsillo la tarjeta del desconocido, y lee estas dos palabras: «Marcial Fayot.»

¡Fayot! ¡El célebre Fayot, el gran duelista, el eterno espadachín, que se estrenó matando de un pistoletazo á un jovencuelo, San Marcelino, amigo de Fontanes, ilustre profesor de la Universidad! ¡Fayot, célebre por cien hazañas semejantes; Fayot, siempre triunfante, siempre impune; Fayot, el rey de los desafíos!

Á la verdad, para quien andaba buscando querella, nuestro normando había tenido acierto feliz. El negocio era de los más positivos, de los más claros: al día siguiente

recibiría una bala entre los dos ojos, punto de mira favorito de Marcial Fayot... Y no era eso solamente: iba á salir en un instante de su oscuridad, hacerse célebre en París, en Normandía, en Europa... Sí, pero él no estaría presente para disfrutar de tanta gloria... Esta idea le atormentaba: bien quería ser un héroe, pero no un héroe póstumo.

Al volver á casa, su alma estaba en un trance; durmió con sueño agitado.

Al despertar, otras preocupaciones vinieron á asaltarle. Á nadie conocía en París, absolutamente á nadie. ¿Qué testigos iba él á oponer á los de su adversario?

Á fuerza de pensar en ello, se llevó la mano maquinalmente al bolsillo, y se encontró con la tarjeta y señas que le había dado Fayot: «Staub, el sastre, y Sakosky el zapatero, dos artistas afamados, dos celebridades de la época.

— ¡Calle! ¡calle! — dijo para sí el normando; y el regocijo asomó á su rostro.

Pocos minutos después escribía á Staub y Sakosky, rogándoles se presentasen inmediatamente en la fonda que habitaba.

Llegaron á un tiempo, y recibieron en cargos de importancia en ropa y calzado. Iban ya á retirarse, muy satisfechos de su nuevo parroquiano, cuando éste les dijo:

— Deseo saber el precio de mis encargos, para pagar en seguida.

— ¡Oh! Caballero, no corre prisa.

— No digo que no, pero yo por mí la tengo. Dentro de una hora, me bato en desafío con el Sr. Fayot, y á pesar de mi destreza, de mi gran costumbre en las armas, con semejante individuo no se puede asegurar nada.

— ¡Se bate usted con el Sr. Fayot! — repetía Sakosky aterrado.

— ¡Entonces es usted hombre muerto! — acabó la frase exclamatoria Staub, cuando pudo hablar.

— Ya ven ustedes si tengo razón para querer poner mis negocios en orden. Así, pues, tomen este dinero. Si sobra algo, arreglarán cuentas con mis herederos.

— Pero ¿y la ropa encargada?

— ¿Y las botas?

— También las entregarán á mis herederos, en recuerdo mío.

Los dos artistas estaban aturdidos. ¡Perder tan buen parroquiano, que de un solo golpe se mandaba hacer un guardarropa completo y doce pares de botas!... Luégo le miraban, les parecía joven, buen mozo, robusto. Recordaban que les había dicho ser diestro y práctico en el manejo de las armas. ¡Si por acaso fuera él quien matase á Fayot, su antiguo parroquiano, su deudor de setenta y dos fraques, cincuenta pantalones, ochenta y siete chalecos y trescientos cuarenta pares de botas!

— Caballero — dijo por fin Sakosky — ¿podré tener la honra de que me diga usted el nombre de sus padrinos?... Los padrinos son de gran importancia en un duelo, y...

— Aun no los tengo todavía — respondió el joven interrumpiendo. — Cuento con dirigirme á los militares que encuentre, al primer venido. ¡Qué remedio! No conozco á nadie en París.

Staub y Sakosky se consultaron un momento; después, dirigiéndose á su parroquiano, le dijo Staub:

— Caballero, en la casa que habito hay una sala de armas muy concurrida, donde

diariamente veo hacer sus ejercicios á Charlemagne y Godaut, que son maestros afamados, á Bondy, gran tirador, y al mismo Fayot. Por eso, no soy del todo extraño en materia de esgrima, y si me atreviera...

— ¿A qué pues?

— A ofrecerme como testigo suyo en compañía del Sr. Sakosky.

— ¿De veras?... En rigor, ¿por qué no? Ustedes son muy conocidos y estimados en París, artistas de primer orden... Acepto.

Y aceptaba con tanto mayor gusto, cuanto que eran ellos mismos quienes proponían lo que deseaba él.

A medio día, ambos adversarios y sus respectivos padrinos se hallaban en el bosque de Boloña.

Fayot, estupefacto al ver su sastre y zapatero que se le acercaban, exclamó:

— ¡Cómo! ¿Hasta aquí vienen ustedes á perseguirme? ¡Qué tiranía! Denme sus cuentas y concluyamos de una vez.

— ¡Ah! Sr. Fayot, ¿cómo puede usted pensar? — prorrumpió Staub. — En este momento no somos vulgares artesanos, nos presentamos en calidad de testigos.

— ¡Hein! ¿Qué dice usted? ¿Ustedes han sido designados como padrinos?

— Sí, señor. Usted le ha dado á su adversario nuestros nombres y señas, y él no conocía á otro ninguno en París, y...

El terrible duelista, casualmente en vena de buen humor, se echó á reír. Staub y Sakosky entonces se apoderaron de su persona como si fuesen á tomarle medida, y ambos le dijeron á un tiempo:

— ¡Por Dios! Sr. Fayot, no vaya usted á matar á tan buen parroquiano, que no regatea y paga por adelantado, y cuya figura es tal que dará honra al arte. Mírele usted, ¡qué talle, qué pies! Cuando le hayamos vestido y calzado como á usted, estará soberbio... ¡Qué mejor muestra para nuestras tiendas!... Los tiempos son difíciles... No todos los parroquianos pagan...

— No me importunen — dijo Fayot echándolos á un lado con gesto expresivo.

Se dirigió en derechura á su adversario y díjole con brusco tono:

— ¡Es usted muy ladino con malicia!

— ¿Por qué lo dice?

— Porque sin aparentarlo y sin compro-

meterse demasiado se ha librado de un mal paso... Pero ¿qué le indujo ayer tarde á buscar querella?

— Quería hacerme célebre — respondió francamente el mozo.

— ¡Ah! ¿De veras? — prorrumpió el duelista — ¿le atormenta esa manía? Yo también la tuve... á su edad... Afortunadamente para usted, usted librará mejor que yo — añadió, recordando la muerte del joven San Marcelino... — Suba usted en mi cabriolé. Voy á conducirle á París y á pasearle por los bulevares. Yo le aseguro que no tardará en ser señalado con el dedo, y que todos dirán al verle: «Es el primer individuo que se ha encontrado frente á Fayot en el terreno, y á quien Fayot no ha dado muerte.» ¡Vamos, despáchese, no cambie yo de ideal!

Hizo una seña, y avanzó el cabriolé tan conocido de Fayot, con su lacayito microscópico, su caballo bayo, sus arneses blancos... un cabriolé legendario, como lo fué posteriormente el del duque de Brunswich.

Pero no todos los duelos, sobre todo en aquella época, terminaban tan alegremente. Como prueba, ahí va la historia que sigue.



### Un manojo de azucenas.

Las guerras del primer Imperio le habían matado, uno tras otro, á su marido y tres hijos. Desesperada, loca, la señora de Lefevre se dió á aborrecer á Napoleón, tanto como le había amado con entusiasmo en otro tiempo. Concibió un odio feroz contra aquel conquistador, aquel devorador de hombres, como ella le llamaba, aquel asesino de hijos de familia. Hizo votos por su caída, y cuando cayó dió gracias al cielo.

Y no le aborrecía sólo á causa del pasado, sino que con él temía el porvenir. Ella ratiocinaba: «Si continúa reinando, hará la guerra, siempre la guerra. Tendrá necesi-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1926 MONTERREY, MEXICO

dad de nuevos soldados para reemplazar á los muertos. No respetará ni á los hijos de viuda, ni á los sostenes de familia; vendrá á tomarme, á arrancarme el último hijo que me queda para enviarle á morir como los otros.»

Quedábale, en efecto, un hijo, á quien adoraba, primero porque era su hijo, y luégo porque le recordaba todos los demás, que tanto había amado, perdido y llorado. Se los recordaba, no por su estatura—era pequeño y consumido, á pesar de sus veinte años, mientras los otros habían sido altos y fuertes—no por las facciones del rostro—se parecía á una mujer—sino por su bondad, su ternura: como los otros era afectuoso, tierno... y como ellos también, valiente.

¡Valiente, sí! Tiempo hacía que ella lo había percibido, y temblaba por ello. Sin embargo, nunca había tenido querella ni batídose en duelo; pero cuando se hablaba delante de él de batallas, hechos de armas, muerte heroica, cuando se citaba un rasgo de valor, veíase asomar el carmín en su blanca tez, brillar su dulce mirada, estremercse todo su sér. Escuchaba febril, an-

siosamente; parecía acrecer su vida con lo que le contaban. De su madre tenía la fragilidad y la gracia; de su padre la firmeza y la audacia. Con el exterior femenino de la una, el alma viril del otro.

Pero ya ¿qué tenía ella que temer? Nada por el momento. La Europa, fatigada, diezmada, no quería más guerras; los pueblos todos se reposaban, ¡al fin! Al subir Luis XVIII al trono había prometido la paz, y de uno á otro extremo del país las madres repetían: «Se concluyó ya, no más batallas; ahora podremos retener á nuestros hijos, criarlos, y que se hagan viejos á nuestro lado. Se ha restablecido el orden natural; ellos serán los que nos verán morir.» Ella pensaba como las otras madres; creía en la paz eterna, universal, en tanto que el rey viviera, en tanto que los Borbones ocupasen el trono; y se había vuelto realista ardiente, con la esperanza de conservar á su hijo.

A medida que él iba creciendo en edad é inteligencia, quiso ella hacerle partícipe de sus ideas, lo que por error llamaba sus opiniones. En su respeto filial la dejaba hablar sin contradicción; pero por lo bajo, muy

bajo, su conciencia murmuraba: «Si mi padre, si mis tres hermanos murieron por el emperador, es que le amaban y admiraban; yo debo también como ellos amarle y admirarle.» Y luego leía á hurtadillas la historia de los años que acababan de transcurrir. Esa historia le parecía grandiosa, soberbia. Y de esa suerte, poco á poco, recordando á los suyos y admirando á su jefe, se volvía imperialista, al lado de una madre convertida en realista por desesperación, por temor.

Empero, ella nada sabía; él no le hablaba nunca sino de lo mucho que la amaba.

Amábala tanto cuanto era amado. Habíase dicho que pretendía reemplazar él solo todos los muertos queridos. Rodeábala de mil cariñosos cuidados, mimábala, prodigábala ternezas sin fin. No era un hijo; era más bien una hija afectuosa y tierna.

¡Y cuál le devolvía ella todas esas ternezas, todos esos mimos! ¡Qué solicitud, nunca disminuída! Ella no vivía sino por él, para él. Habíase entregado toda entera á su último hijo, su único amor, su sola alegría.

Sin embargo, en aquella época, si la

Francia vivía en paz con las naciones vecinas, los franceses entre sí se querellaban harto, y se batían sin tregua. Jamás el duelo, siempre floreciente entre franceses, estalló con mayor violencia, con tanta rabia, como en los primeros años de la Restauración. Era una fiebre, una epidemia, una locura. En provincias se batían como en París, por un codazo, por una mirada, por un nada... sobre todo por nada, en el campo, en el bosque y durante la noche, algunas veces hasta en las calles, bajo un farol, con ó sin testigos. ¿Qué importaba? ¡Había tanta prisa por matarse! La verdad era que después de veinte años de luchas, de cadalsos y de cañón, después de cien batallas, la Francia no había tenido tiempo aun de apaciguarse, y respiraba todavía el olor de la pólvora y sangre derramada.

Los guardias de corps, que representaban el nuevo régimen, y los oficiales en situación de reemplazo, que representaban el pasado, eran los más encarnizados para darse de euchilladas. Si por acaso no lograban tener un desafío unos con otros, la emprendían no importa con quién, por no importa

qué, á fin de entretener el puño y aumentar la lista de sus hazañas.

¡Ay! ¡En aquella época no convenía hacer parada de sus opiniones! Quien estimaba su vida debía abstenerse de decir: « Amo al rey ó he amado al emperador. » Un antiguo oficial de Napoleón, ó un joven realista le habría pedido inmediatamente razón de sus afecciones ó de sus recuerdos. Era sobre todo arriesgado llevar ó revestirse de ciertos objetos que pasaban por emblemas. Nadie tenía ya derecho á mostrar su afición por ciertas flores: la azucena era la causa realista triunfante; la violeta era el Imperio vencido, pero insumiso aun, preparando el porvenir.

Cuando todos esos rumores de duelos, todas esas historias batalladoras, tan frecuentes entonces en París, llegaban á oídos de la señora de Lefèvre, la esposa del antiguo jefe de escuadrón, embargábala congojoso miedo. ¡Ay! si alguno de esos duelistas, de esos camorristas, de esos furibundos, ¡tuviese la fatal ocurrencia de buscar querrela á su hijo, de matarle, como habían matado á los otros!

Pero, después de mirarle, se serenaba, congratulándose de haber engendrado á su querido Roberto pequeño, rubio, sonrosado, con pies y manos de niño. ¿Quién sería tan cobarde que pretendiera batirse con él? ¿Quién podría tener la gloria por antojo de matar á aquella criatura inofensiva y buena?

Además, ¿dónde podría ofrecerse ocasión para tropezar con aquellos hombres peligrosos, aquellos seres malignos? Él no vivía en la atmósfera en que ellos vivían, no iba á cafés, teatros, jardines públicos, donde se suscitaban las querellas, donde los duelistas de profesión buscaban adversarios para sacrificarlos como víctimas.

¡Salía él tan poco de casa! De ser rica, no le habría dejado salir jamás sin acompañarle. No siéndolo, le había sido forzoso permitirle que tomara un empleo, que entrase en la oficina de un librero de la calle de Dauphine, para llevar las cuentas y la correspondencia. Todas la mañanas, descendía él de la colina de los Molinos, donde madre é hijo habitaban, seguía por los muelles, el Puente-Nuevo, llegaba á su oficina,

y hasta la tarde ó noche, á las siete, no salía para regresar por el mismo camino á casa. Esperábale ella para cenar; poníanse á la mesa, hablaban de las noticias del día, se decían entremedias mil ternezas, enviándose mutuos besos con la punta de los dedos por cima de los platos. Á veces, algunos amigos llegaban á los postres, y se formaba tertulia, que duraba hasta la once. Este era su único exceso.

Así vivían dichosos, á su propio gusto: él, sin deseos, sin ambición, inconsciente de su edad, de su juventud en pleno desarrollo; ella, reposándose en esa vida tranquila de todas sus agitaciones antiguas, procurando olvidar el pasado para mejor gozar de la dicha presente.

Cierto día, á las seis de la tarde, el principal de Roberto le dijo: «Puede usted irse; hoy cierro más pronto que de costumbre. Es menester prepararse para la fiesta de mañana.»

Era la víspera del 25 de Agosto, del día de San Luis, santo del rey.

Entróse Roberto por la calle de Dauphine, asombrado de verse libre á aquella hora.

Como su madre no le estaría esperando todavía, ocurrióle, para llegar á casa, tomar el camino más largo, hacer un poco el haragán.

Emprendió por los muelles, por el Sena, río abajo, marchando hacia el ocaso, hacia el sol que se ocultaba por detrás de los Campos Elíseos. El tiempo era magnífico, tibio el ambiente, de púrpura el horizonte; en la superficie del río los reflejos lumináres parecían ondas de oro.

«¡Mire por dónde va, torpe!»

Una ramilletera era quien le dirigía estas palabras, porque había tropezado con su cesta de flores.

Paróse, y todo ruborizado, le pidió mil perdones.

La ramilletera, linda muchacha, mirábale, y pareciéndole interesante en medio de su confusión vergonzosa, con sus vivos colores y sus grandes ojos azules asustados, díjole con voz más suave:

—¿No me comprará usted algo? Aquí tengo magníficas azucenas para la fiesta de mañana. No se las venderé caras. ¡Tiene usted una cara tan amable!

Algo turbado todavía, vacilaba. Las azucenas no le seducían; no era la flor que él prefería.

La florera adivinó sin duda su pensamiento, pues, inclinándose á su oído, le dijo por lo bajo:

— Ya conoce usted, tengo según la opinión de cada uno. Si quiere buscaré en el fondo de la cesta; acaso encuentre algunas violetas.

— ¿Violetas? — repitió él, y se animó su mirada.

Deslizó ella la mano hasta el fondo, y sacó un ramito de violetas que le presentó, después de haber mirado recelosa en su alrededor, pues bien sabía que la violeta no tenía olor de santidad.

Tomó el ramo, le respiró lentamente, y le escondió bajo la pechera de su camisa. Iba á pagar, cuando hizo esta reflexión: «Si á mí me gustan las violetas, mi madre da la preferencia á las azucenas. Precisamente quería ella comprar un ramo para mañana. ¿Por qué, pues, no ha de tener también su parte de placer?»

Y escogió un manojito de tres hermosas

azucenas, reunidos y atados sus largos tallos con un hilo, ajustó el precio detenidamente, alejándose por fin, mientras la ramilletera le veía partir, dejando escapar un suspiro.

Con su manojito de azucenas en la mano, la sonrisa en los labios, el pie ligero, atravesó la plaza de Luis XV, con intención de echar una ojeada por los Campos Elíseos, que, en aquella época, tenían todavía un aire ficticio de campo. Paseó por algunos instantes, aspirando el aire que, comparado con el de su reclusión en la calle de Dauphine y en la colina de los Molinos, le parecía verdaderamente el aire de los campos. Algún tanto embriagado por el ramito de violetas, prisionero en su pechera, á cuyo calor exhalaba sus perfumes, el mozo pensaba, á pesar suyo, en la linda muchacha que le había vendido las flores. Su imaginación se la presentaba con su papalina de tul apenas prendida al negro cabello, su nariz arremangada, y blanca dentadura por entre rojizos labios. Un ligero estremecimiento, hasta entonces desconocido, cruzaba por su cuerpo; espaciábanse sus narices;

la sangre afluíá á las mejillas; latía su corazón bajo el ramo de violetas. Para producir esa explosión de juventud y virilidad había bastado tan sólo una tarde calurosa de Agosto, un ocaso radiante del sol y la mirada de una linda muchacha.

Segunda vez su vago andar fué interrumpido por estas brutales palabras:

— ¡Eh! ¡eh! chicuelo, párate y atiende á la orden.

Sin obedecer, volvió la cabeza, buscando á ver, entre la oscuridad del anochecer, la persona á quien se dirigían aquellas palabras, pues no suponía que pudieran hablarle así á él. Distinguió entonces, apoyados contra el tronco de un árbol, á dos hombres que le miraban. Aun cuando vestían de paisano, su ademán, sus modales, el corte de sus levitas, los bastones que tenían bajo el brazo, al instante revelaban lo que eran: militares, oficiales sin duda en situación de reemplazo. En aquella época, un parisiense acostumbrado á ver sus figuras, en todos sitios, en todos los paseos, los reconocía fácilmente.

— ¿No has oído? ¿No te he dicho que te

pares, gandul? — repuso el más viejo de los dos personajes.

Con esa salida, Roberto se paró; mas se estiró de hombros, y con su vocecilla dulce, pero vibrante, exclamó:

— ¡Gandul! ¿Y por qué me llama usted gandul?

— Porque es una gandulería estarse paseando todo un cuarto de hora, de arriba abajo, delante de antiguos soldados del Imperio, con esas flores malditas en la mano.

Y, en seguida, tocando con la punta de su bastón las azucenas del mozo, añadió en tono de mando:

— ¡Ea! ¡Arroja eso!

— ¡No tal! ¡No quiero!

— ¡De veras! ¿No quieres! Un chicuelo pretende resistirme, ¡á mí!... ¡Ea! digo, arroja esas flores ó te arranco las orejas.

Roberto Lefèvre entonces hizo un nuevo esfuerzo instintivo para hacerse grande, y pálido, y con enérgica mirada, exclamó más fuerte:

— ¡Señor mío, no es á mí á quien se arrancan las orejas!

— ¿Te parece así?... Vamos á verlo.

Y así diciendo, se adelantó hacia el joven. Pero, como éste no reculaba, y seguía mirándole, embarazado con su manojo de azucenas, que defendía con las manos, pues no quería desprenderse de él, el oficial pudo á su sabor tirarle bruscamente de una oreja, hasta hacer saltar la sangre.

Roberto lanzó un grito de dolor y rabia, dejó caer su manojo, y súbitamente, saltando sobre el oficial, le aplicó un bofetón en plena mejilla.

Y luego, permaneciendo en el mismo sitio, con los brazos cruzados, derecho como su adversario, á quien la sorpresa y la cólera ahogaban, haciéndole vacilar, le dijo con breve voz:

— No es un chicuelo, ni un gandul, el que le ha abofeteado, señor mío... Á pesar de mi pequeña estatura, tengo veintiun años... Soy mayor... Soy hombre... Me llamo Roberto Lefèvre... Vivo calle de los Molinos, núm. 14... Cuando quiera y guste estoy dispuesto á darle satisfacción.

— ¡ Ah! Con ella cuento — replicó el oficial, que por fin pudo hablar. ¡ No eres un chico, eres un hombre... y me has abofe-

teado, á mí, á mí!... Vamos á batirnos inmediatamente, ¿entiendes?... No se guarda así un bofetón... ¡Vamos! ¡Ven conmigo!... No lejos de aquí, á cien pasos, á un lugar á propósito, donde nadie nos estorbará... ¡ Ah! ¡ El chicuelo del realista! Yo te juro que no festejarás mañana el santo de tu rey.

¡ Realista él! Pero desdeñando reclamar contra tamaña injusticia, se contentó con decir:

— Le he hecho agravio, y estoy, pues, á sus órdenes. No tengo inconveniente en batirme en seguida, pero no veo dónde están las armas.

— Ahora lo verás. En nuestros bastones están, y ¡magníficas por cierto! Toma tú la mía, y yo tomaré la de mi compañero... ¡Vamos, vamos! ¿Vacilas? ¿Tienes miedo?

— ¡Miedo! No; — dijo sencillamente Roberto. — Dirija, ya le sigo.

El oficial echó á andar arrastrando á su amigo, quien procuraba disuadirle calmándole y diciéndole que era preferible batirse al día siguiente, acompañados de testigos. Hacia resaltar también la edad del adversario, su corta estatura, su aspecto femenil.

— ¡Qué importa, puesto que tiene más de veinte años! A su edad había asistido yo ya á muchas campañas... Me ha sacudido la cara, nada más veo, y no quiero demorar mi venganza.

Al volverse de repente, no distinguió ya á su enemigo.

— ¡Ah! ¡Cobarde! — exclamó. — ¡Ha huído!

Volvieron hacia atrás, y pronto le divisaron. Se había parado á recoger sus flores y á soplar el polvo que habían cogido en el suelo.

— Ya he concluido, caballeros, estoy á sus órdenes — les dijo sonriendo.

Y echó á andar detrás de ellos, á tres pasos distante, algo triste, porque pensaba en su madre; pero la cabeza levantada, recordando á su padre y sus tres hermanos.

Llegaron. El sitio era excelente, desierto, aún se veía claro.

En seguida, el oficial echó á un lado su sombrero, se quitó la levita, é invitó á Roberto á hacer otro tanto.

Así lo hizo tranquilamente, y hasta dobló su traje con esmero, puso encima el sombrero, y las flores dentro.

Mientras tanto, el más joven de los dos individuos había tocado el resorte de los bastones y sacado de su vaina los floretes.

Al entregarle á Roberto Lefèvre el que le correspondía, díjole:

— Es algo más ligero que una espada ordinaria; pero tanto mejor para usted.

Y decía esto tristemente. Aunque hombre que se había batido tantas veces, y que había visto tan terribles campos de batalla, se sentía todo conmovido, todo tembloroso.

El hombrecillo no temblaba. Antes por el contrario, con mano firme cogió el florete por su puño de bambú.

— En guardia, señores — dijo el único testigo.

No tuvo tiempo el oficial de darse cuenta de la inexperiencia de su adversario, ó mejor dicho, de su ignorancia absoluta, lo cual le habría inspirado alguna lástima. Cegado por su resentimiento, siempre bajo la impresión de la bofetada recibida, apenas se puso en guardia, sin esperar nada, dirigió recta una estocada con tal viveza, que alcanzó en pleno el pecho de Roberto.

Doblóse el herido sobre sí, y acudiendo

el oficial testigo á sostenerle, le murmuró débilmente:

— Yo no soy realista... Amo al emperador como ustedes le aman... Sobre mi corazón verán un ramo de violetas... Las azucenas eran para mi madre... ¡Pobre madre, adiós!

Le ahogaba la sangre: no volvió á decir más palabra.

Un momento despues espiraba en brazos de los dos oficiales, que lloraban.

.....  
Y durante ese tiempo, ella, la buena madre, le esperaba para sonreirle, para abrazarle.

.....  
La señora de Lefèvre no murió. La muerte, que le había arrebatado uno después de otro al esposo y á los hijos, no quiso llevarse á la madre. Vivió largo tiempo, largo tiempo, el talle derecho, los cabellos blancos, muy pálida y siempre tiritando. El dolor la había helado.

### Las dos duquesas.

París se halla dividido en dos campos. En el uno se da la palma á Julia Valentina de Contades, duquesa de Chevruse; en el otro, se prefiere á la duquesa de Chaulnes, Galtzin por su familia. Esta última no puede negarse, tiene más numerosos partidarios. Nuestros periodistas caballerescos quieren mejor seguir la bandera de una dama joven, lindísima, graciosa y hechicera, á quien la leyenda convierte en mujer perseguida, que servir á una matrona de cincuenta años pasados, algun tanto despótica, según dicen, y cuya austeridad los espanta. Quizá haya razones para adoptar esta opinión; pero al

el oficial testigo á sostenerle, le murmuró débilmente:

— Yo no soy realista... Amo al emperador como ustedes le aman... Sobre mi corazón verán un ramo de violetas... Las azucenas eran para mi madre... ¡Pobre madre, adiós!

Le ahogaba la sangre: no volvió á decir más palabra.

Un momento despues espiraba en brazos de los dos oficiales, que lloraban.

.....  
Y durante ese tiempo, ella, la buena madre, le esperaba para sonreirle, para abrazarle.

.....  
La señora de Lefèvre no murió. La muerte, que le había arrebatado uno después de otro al esposo y á los hijos, no quiso llevarse á la madre. Vivió largo tiempo, largo tiempo, el talle derecho, los cabellos blancos, muy pálida y siempre tiritando. El dolor la había helado.

### Las dos duquesas.

París se halla dividido en dos campos. En el uno se da la palma á Julia Valentina de Contades, duquesa de Chevruse; en el otro, se prefiere á la duquesa de Chaulnes, Galtzin por su familia. Esta última no puede negarse, tiene más numerosos partidarios. Nuestros periodistas caballerescos quieren mejor seguir la bandera de una dama joven, lindísima, graciosa y hechicera, á quien la leyenda convierte en mujer perseguida, que servir á una matrona de cincuenta años pasados, algun tanto despótica, según dicen, y cuya austeridad los espanta. Quizá haya razones para adoptar esta opinión; pero al

mismo tiempo es preciso no olvidar que la duquesa de Chevruse se ha hecho notar siempre por su conducta irreprochable, y que su vida retirada, claustral, sus exageraciones religiosas, son fáciles de explicar en una mujer que ha visto morir sucesivamente á su marido, á su primogénito, el duque de Luines, muerto en la batalla de Patay, y su último hijo, el duque de Chaulnes, que murió hace poco.

Por lo demás, dos procesos van á entablarse muy pronto ante el tribunal civil del Sena y el de los Asises en el departamento del Sartha. Ellos nos dirán de qué lado está el derecho legítimo, á menos, sin embargo, que la cuestión no se embrolle más, lo cual sucede con frecuencia cuando muchos abogados franceses han hablado. Acaso ocurra lo mismo con los abogados de Viena.

Hé aquí el asunto en litigio. Muerto el duque de Chaulnes, su mujer, ó sea la joven duquesa, como la llaman para distinguirla de su madre política, quiso tener sus hijos consigo, que se hallaban en casa de ésta, en la posesión de Sablé, á cinco horas de París. La duquesa de Chevruse se opuso á

ello, y obtuvo desde luego el asentimiento de un consejo de familia y la autorización del tribunal de la Flecha después, para retener en su poder á sus nietos. Consejo y tribunal se apoyan «en la voluntad expresa del marido de quitar á su mujer el derecho de guarda y tutela, voluntad grandemente justificada por la conducta escandalosa de la duquesa de Chaulnes, tanto en Francia como en Italia; escándalos tales que se habían manifestado fuera del círculo de la familia y de la sociedad en que vivía.»

En apoyo además de esas razones, se aducían dos testimonios, de la propia duquesa, dirigidos á su marido, en cuyos escritos «se declaraba ella esposa culpable y madre indigna de ver á sus hijos.»

Por su lado la duquesa de Chaulnes contesta la validez de esos testimonios, que su marido, dice ella, le arrancó con amenazas y pistola en mano. Un periodista ha recogido de su boca la narración de esas escenas de violencia. Dejemos hablar á nuestro colega, ó más bien á la joven duquesa: «Una noche, estando con mi madre política, me

» dijo ésta de repente: «Usted tiene un  
 » amante, y yo sé que se halla en la casa.»  
 » Y diciendo esto se abalanzó como una fu-  
 » ria á la escalera, llamando á las gentes de  
 » casa. Al propio tiempo entró mi marido  
 » con un revólver, buscando por todos los  
 » escondrijos de mi habitación. En seguida,  
 » amenazándome con su arma, me dirigió  
 » estas palabras: «Voy á presentar queja de  
 » adulterio; las gentes serán testigos de este  
 » escándalo, y se la apartará á usted de sus  
 » hijos. Yo tengo el derecho de matarla, y  
 » si usted se niega á pedirme perdón públi-  
 » camente, la mataré.» Vista la violencia  
 » que se me hacía, por evitar otra mayor,  
 » consentí en presentarme en la capilla, y  
 » ante la servidumbre supliqué á mi marido  
 » que olvidase lo pasado, y que no promo-  
 » viese querrela fuera de casa, porque yo no  
 » podía conformarme con una separación  
 » pública, cuyo escándalo recaería sobre  
 » nuestros propios hijos. Creí que con esto  
 » me dejarían vivir en paz. Pero todo fué  
 » inútil; cuanto yo más cedía, tanto más  
 » exigían de mí. Lo que querían era mi  
 » muerte, mis bienes, mis hijos, y por eso,

» á causa de ellos, tuve la flaqueza de ceder  
 » á mayores y nuevas amenazas. Por con-  
 » servarles una madre, y madre de reputa-  
 » ción intacta, he firmado los papeles que  
 » me presentaron, humillándome ante mi  
 » esposo y madre política.»

Tal es la causa civil que va á entablarse en el tribunal del Sena, entre ambas duquesas, la joven y... la otra, y sobre todo entre los dos abogados, Durier por la primera, Betolod por la segunda.

No es posible escribir este nombre de Betolod sin concebir cierto temor con respecto á la señora de Chaulnes. Ese mozo, de alta estatura, flaco, ascético, muy rico, muy independiente por su fortuna, amigo de todos los magistrados, y que, segun una expresión francesa, «es oído en la corte,» es, por cierto, terrible adversario. Es más bien un fiscal acusador que abogado defensor. Olvida la causa de sus clientes para mejor atacar á los enemigos. He tenido ocasión de verle actuar en un asunto de la misma índole que el año pasado conmovió á todo París, y en el que se mostró brutal y cruel al exceso hacia una madre que reivindicaba

la guarda de sus hijos. Aquella era morena, y es probable que tratará de igual manera á la rubia duquesa, afirmando así que él no observa preferencias ni por rubias ni por morenas, y que las más lindas cabezas del mundo no son para él sino cabezas de palo, sobre las cuales golpea á puño cerrado. ¡Y qué puño!

El otro proceso, en el tribunal de los Asises, en el cual la señora de Chaulnes aparecerá sin duda como testigo, se refiere á la tentativa hecha de apoderarse de los niños, en la posesión de Sablé.

El mes pasado, á la hora en que de ordinario la duquesa de Chevruse se dirige á la iglesia, tres enmascarados penetraron en el parque de la quinta de Sablé, con intención de poner la mano sobre las criaturas. Pero había un traidor entre ellos, Enrique, el lacayo de la Duquesa. Mediante una suma de 1.000 francos, había vendido el secreto del complot á su ama, quien tomó sus precauciones. En vez de los párvulos que ellos esperaban encontrar en el parque, Brekmeister, un belga, jefe de la banda, y Guyot, su cómplice, se encontraron frente á

frente de un grupo numeroso de domésticos, dispuestos é echarles el guante. Brekmeister logró escapar, pero Guyot fué cogido y está en la cárcel. Él es quien aparecerá ante los Asises.

Lo probable es, aunque faltan pruebas materiales, que la señora de Chaulnes ha sido la instigadora de ese rapto abortado. ¿Quién podrá censurar á una madre á quien le quitan sus hijos, que trate de recobrarlos?

La duquesa de Chaulnes descende de ilustre raza. Pertenece á la noble familia de los príncipes de Galitzin, que se señalaron durante el siglo xvi en la diplomacia, el ejército y las bellas artes. Boris Galitzin administró el gobierno de Rusia durante los viajes de Pedro el Grande; Miguel Galitzin el feldmariscal, corrió á la muerte al grito: « ¡Por Dios y por el czar! » absolutamente como Miguel Strogoff; Nicolás Galitzin fué un músico de talento, á quien Bethoven dedicó sus últimas obras; en fin, Jorge Galitzin, que vivió largo tiempo, en Alemania, estableció en su casa una escuela musical, de la cual salieron los mejores coristas de Europa. Él dirigía por sí mismo los concier-

tos y bajo su propio nombre, y compuso varios métodos de canto y muchas óperas. El arte no le impedía atender á sus deberes militares; fué gran chambelan del emperador de Rusia, y concurrió á la guerra de Crimea.

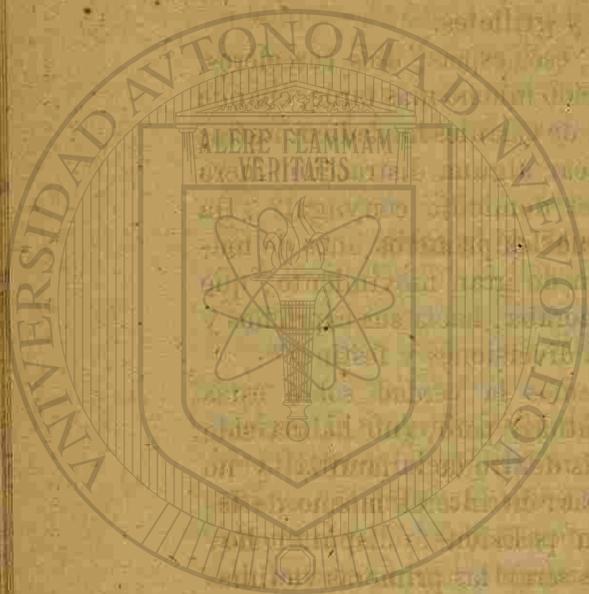
Bien vale esta nobleza la nobleza de los Chevruse, y como ellos pretenden, no hicieron tanto honor á la señorita de Galitzin con aliarse á ella. El honor era recíproco, los títulos, con escasisima diferencia, iguales. La riqueza, sin embargo, no era igual. Los Galitzin eran relativamente pobres; los Chevruse poderosamente ricos. La Duquesa no se fijó demasiado en esa cuestión de dinero, con tal de tener lindos sucesores. La añeja sangre de los Rohan se había ido empobreciendo de generación en generación; era preciso renovarla: y ¿quién podía convenir mejor para alcanzar ese resultado que la bella princesa de Galitzin, esta rubia pálida, admirable de formas, este tipo soberbio de la hermosura slava? La escogieron, pues, más por hacer de ella una madre que una esposa, y la arrastraron á la posesión señorial de Sablé, que debía ser su prisión,

y donde la rodearon, como dice ella, de carceleros, espías y grilletes.

Esos grillos, esos espías, esos carecleros, ¿no han aparecido mucho más tarde, cuando la linda señora de Chaules ha dado muestras de querer buscar alguna distracción fuera del recinto del domicilio conyugal? ¿Ha olvidado ella que los primeros años de matrimonio fueron de gran movimiento, que su marido la adoraba, hacía sus caprichos y no le escaseaba diversiones y festines?

Pronto sabremos la verdad sobre estas acusaciones mutuas; pero, ¿no habría sido mejor ahogarlas dentro de la familia, y no hacerlas públicas, en interés mismo de las criaturas, cuya posesión se disputan hoy día? ¡Ay! Ellas serán las primeras víctimas del proceso que va á incoarse? ¿Por qué no consultarlas, por qué no hablar á sus pequeños corazones infantiles, por qué no decirles lo que pasa? Quizá á fuerza de caricias y de lágrimas, ellas habrían reconciliado á las dos duquesas, á su abuela y á su madre.

Los pequeñuelos hacen á veces milagros.



Después de la carta.

¿Quién no la ha visto, durante el invierno, en medio de un frío glacial, envuelta en pieles, correr en revista los almacenes, subir á pie los Campos Elíseos, ó dar la vuelta al lago en su carrujito negro, con su diminuto escudo de armas pintado? Muchos la habrán dirigido sus gemelos á su palco en la Opera los viernes; en la Comedia francesa los martes. Á otros se les habrá aparecido el verano en las playas de Dieppe ó de Trouville, vestida con buen gusto, sin ostentación, rodeada de hombres distinguidos en el gran mundo, y de mujeres de mundo muy respetadas, muy puestas en evidencia.

En fin, como todos la conocen tan bien, yo me guardaré por prudencia de bosquejar su retrato.

Bien puede el lector imaginársela alta ó baja, rubia ó morena, suponer que sus ojos no tienen color marcado ó que es variable, que su rostro es pálido como el de una criolla, ó rubicundo como el de una holandesa, que tiene la boca de la señora X... ó los labios de la señora Z... Mi discreción me prohíbe dar señas ningunas.

¿Y por qué, pues, tanta reserva en unos tiempos en que los periódicos no se recatan de hablar de las mujeres mundanas y penetrar á veces en su intimidad? ¿Acaso la señora de X... tiene algún pecado gordo sobre su conciencia, algo grave que exige extremada prudencia? Eso justamente. Se la reputa la más honrada de las mujeres, y no lo es, en el sentido absoluto de la palabra; es casada, y desde hace largo tiempo, tiene, sin revelarlo, una conexión secreta, pero que pudiera producir gran ruido. Me propongo decir por qué y cómo es que ella se ha recatado de todo ruido.

Por de pronto, bueno es saber qué clase

de persona es. No conviene equivocarse acerca de su carácter. Si he creído no deber trazar el retrato físico de la señora de X..., no temo diseñarla moralmente. Es una mujer adorable, que habría sido la más tierna de las esposas, la más fiel... si hubiera tenido otro marido.

¿Qué le reprochan á este marido? ¿Es hombre mal criado, arrebatado, brutal? ¡Quiá! Es el más cumplido, el más bondadoso de los nacidos. ¿La engaña acaso? No. Nunca ha pensado en semejante cosa: no tiene tiempo para ello. ¿Tal vez no la ama? Sí, á su manera, esto es... de lejos. ¿Ella es sin duda la que no acierta á amarle? ¿Es viejo quizá? No: cuarenta años no más. ¿Entonces es desgarbado, contrahecho, harto feo de figura hasta para un hombre? Todo lo contrario; no hay quien no le encuentre agraciado... Entonces, ¿qué es?

¡Lo que es! Un jugador por todos los poros de su alma, por temperamento jugador apasionado. Ama el juego por el juego, por los goces que procura, y no por los beneficios que reporta. Alguien le preguntó: — «¿Cuál es para usted el mayor placer del

mundo? — Ganar al juego, respondió. — ¿Y después? — ¡Perder!»

En efecto, nada ve sino el juego, sólo vive para el juego y morirá del juego. Diez veces se ha arruinado ya, y otras tantas ha reparado su fortuna, que volverá á perder diez veces todavía. Mas sólo arriesga su fortuna personal; se casó bajo el régimen dotal, á fin de que su mujer no se viese expuesta á las contingencias de una serie de bancas desgraciadas, de bacará, largo tiempo recalcitrantes.

Para que una madre le haya dado su hija, ¿acaso no jugaría antes de su casamiento? Sería calumniarle el creerlo. En el colegio jugaba sus libros, sus postres de la mesa; en la escuela había empezado por jugar botones y alfileres. Es muy posible que antes de salir de nodriza jugase ya: ¡era tan precoz! ¿De suerte, que ignoraban su fatal pasión? No por cierto. Pero su prometida, huérfana, privada de consejo, inexperta y muy enamorada, juzgó que ella le corregiría. Á los veinte años todo se cree: una joven doncella dispuesta á cualquier sacrificio, imagina que también se sacrificarán por ella.

No le hicieron ninguno, y el señor de X... se corrigió tan poco, que al siguiente día de la boda, tallaba en un casino abierto á todo el mundo, y cuya banca llamaron sus amigos la banca de tornaboda. Desde entonces no ha pasado un solo día: si no talla como banquero, pone como punto; si deja el bacará, es por el *pocker*, un juego de nueva invención que él habría arreglado si los americanos no le hubieran introducido entre nosotros.

Sin embargo, no puede decirse que esté exento de remordimientos, que no tenga conciencia de sus deberes. Todos los días á eso de las siete, ya en el salón de la *Prensa*, ya en el del *Coronel*, pues él pertenece á todos los casinos y reuniones donde se juega fuerte, les dice á los que están á su lado: «Me voy. Tomen ustedes mi puesto. Sigán la *mano*. Hoy cómo en casa. Me espera mi mujer.» Se levanta en efecto, pide su coche, arregla la cestilla de sus fichas, y se dirige hacia la puerta. Pero en el momento de salir, oye estas palabras pronunciadas por el banquero: «¡Señores, la banca en puja!» Párase entonces, se acerca, y muy pronto

responde á la oferta: «¡Cien luises! ¡doscientos luises!... ¡quinientos luises!» Y le es adjudicada la banca; se sienta, se pone á tallar, y continúa hasta las ocho, hasta que no queda ya ninguno que apunte... y cuando entra en su casa, su mujer ha comido ya, como de costumbre.

Pero ¿el resto de la noche? ¡Oh! Se le consagra con plena voluntad. Ella puede disponer de él: no saldrá de casa. ¡Salir! ¡Qué disparate! ¡Cuando se encuentra tan bien allí, al calor de la chimenea, al lado de su esposa! Y ambos se sientan en compañía. Para que él no eche nada de menos, ella echa el resto en ingenio, gracia, ternura, y tanto, que á él le parece hechicera, y echa también el resto, hace brillar su persona, coquetea igualmente, se inflama, y la inflama.

Con todo, suenan las diez. Es la hora en que el bacará en la *Prensa* comienza á animarse. Hasta entonces no sale de una regular apatía. Habíanle dicho al señor de X...: «No se haga usted esperar; hoy lo fuerte empezará temprano; no hay función de primera en ningún teatro.» Estas pala-

bras susurran con creciente zumbido en sus oídos, y le impiden escuchar ya más las lindas cosas que salen de unos labios rojos de emoción. Y al mismo tiempo pasan por su fantasía visiones extrañas: toda una baraja hace evoluciones varias: los naipes forman remolinos, bailan, se paran delante de él. Los ochos y nueves se apartan de sus compañeros, se acercan, le miran sonriendo, y le hacen promesas talmente seductoras, que por ellas olvida todas las otras: las suyas de hace un momento, y las que podían leerse fácilmente en los ojos y labios de su esposa.

Ya no puede más, y con pretexto de tomar el aire, toma la puerta y se va al casino.

¿A qué hora volverá? ¿Lo sabe alguien? Al amanecer, á veces cerca de medio día, fatigado, quebrantado, sólo pensando en dormir, sin acordarse de los proyectos formados, de las esperanzas despertadas la víspera.

Amábale ella tanto que, en un principio, soportó, sin quejarse demasiado, aquella existencia excéntrica, aquella semiviudez. Cuando sus amigos le hacían la observación

caritativa de que era una pobre abandonada, ella les respondía: «Verdad es; pero cuando mi marido está ausente, sé al menos dónde podré encontrarle, si me ocurre la fantasía. Todas las mujeres casadas no podrían asegurar otro tanto.»

Poco á poco se ha ido haciendo menos filósofa. Ha suspirado, ha bostezado, como bosteza una mujer linda, una boca discreta. Ha sentido hormigueos en la planta de los pies, inquietudes en las piernas, ansias de llorar sin motivo, desvanecimientos, vértigos repentinos, en fin, toda la serie de achaques nerviosos causados por una vida harto sedentaria, harto inactiva, con decepciones asaz frecuentes. Un amigo del marido, el conde de C..., que á veces le hacía á ella compañía, vió apuntar la enfermedad, contó los bostezos, los suspiros, y para distraerla, de lástima, se convirtió en amigo asiduo de la mujer.

Todos conocen al conde de C..., como asimismo á la señora de X..., y tanto son ambos conocidos, que una noche, en el círculo del *Flautin*, el artista Clerin tuvo la ocurrencia de hacer el croquis de él. Le

representó en figura de Cupido, con aletas en la espalda y una flecha en la mano. La semejanza era tan notable y tan á propósito, que todos los circunstantes pronunciaron su nombre, porque el conde de C... sólo vive para amar, como su amigo sólo vive para jugar. Apenas tenía dieciseis años y amaba ya; á cuarenta ama todavía; á sesenta seguirá amando. Es el enamorado eterno.

¡Enamorado, en buen hora! Mas como se acostumbra en París en cierto círculo social, á cierta edad, sin demasiada candidez, con alguna experiencia. Nuestro enamorado conoce á las mujeres, y sabe cómo tratarlas. Otro cualquiera, en un principio, al ver á la señora de X... consumirse de fastidio, irritarse contra la existencia que llevaba cada vez más insufrible, habría ofrecido, afanoso, cuidados, servicios, consuelos. Guardóse muy bien de hacerlo: ella se hubiera asustado, y todo habría sido perdido. Se mantuvo en su papel de amigo, de amigo tierno que suspira discretamente y no pide nada, no pretende nada. Así, poco á poco, como ella le veía todos los días, y no veía

más que á él, no acertó ya á pasarse sin él, y llegó á amarle, sin haberse apercibido de cómo naciera y creciera su amor.

Y cuando se apercibió de ello, luchó largo tiempo. Cobijóse y asió con todas sus fuerzas en la virtud de su propio fastidio; pero no sin sublevarse, sin aspirar bruscamente á otra existencia más animada, para retornar luégo á nueva resignación. Por fin llegó un día en que su conciencia la obligó á confesarse vencida y quebrantada; cansada de luchar lealmente, dispuesta á concluir de una vez, lo dejó así comprender.

Muy conmovido el Conde, porque á pesar de su reserva calculada, esperaba impacientemente la hora de la crisis, creyó poder aprovecharse de su triunfo. Pero en el instante de tender los brazos hacia el ídolo pronto á caer desde lo alto de su pedestal, el ídolo, retardando su caída, le dijo estas palabras:

— Me causa horror la mentira, el artificio. No quiero engañar á nadie, ni á las gentes, ni á mi marido... Si cometo una falta, la cometeré sin falsedad, sin hipocresía... ¿Está usted dispuesto á sacrificármelo

todo, como yo lo estoy á sacrificarlo igualmente?

— ¡Si estoy dispuesto! ¿Puede usted dudarle?—exclamó él convencido, pero algún tanto inquieto ya.

— ¡Pues bien!—repuso ella toda palpitante—dejemos esta casa... No quiero permanecer aquí ni un momento más... Voy á escribir á mi marido, á decirle la verdad, á darle parte de mis resoluciones.

Como acontece á la mayoría de las mujeres, despues de haber estado por largo tiempo indecisa, crecía su energía á la hora de la acción.

Escribió largamente, febrilmente. Pasó en revista á largos trazos toda su vida desde su matrimonio: sus decepciones, su aislamiento, su abandono, luégo sus esfuerzos por combatir el fastidio que la consumía, por luchar contra la pasión de su marido y conquistarle, guardarle, ser amada como ella le amaba. ¡Tentativas inútiles! Sus fuerzas se habían quebrantado contra lo imposible... Era aún harto joven para resignarse á esa existencia de mujer casada... honoraria, y puesto que, desde el siguiente

día de su casamiento, había él tomado su libertad, ella al fin recobraba también la suya; estaba en su derecho.

El Conde, mientras ella escribía, reflexionaba. A pesar de su costumbre, de su experiencia de las mujeres, no había previsto aquella contingencia: había ideado una de esas conexiones mundanas, tan fáciles, tan cómodas, cuando el marido no está aquejado de celos y tiene sus ocupaciones personales. Se alquila una habitación en un barrio apartado, discreto. Se amuebla graciosamente, se la perfuma, se la adorna de frescas flores, y se la convierte en un pequeño templo de amor. Muy luego penetra en él la diosa á quien está consagrado, tímida en un principio, más atrevida después, y adquiere el hábito de pasar allí algunas horas diariamente al pie del ara. El templo es silencioso; en cuanto la diosa y el gran sacerdote salen de él, guardan ambos tan discreta reserva, parecen talmente extraños el uno para el otro, que nadie se imagina su intimidad religiosa. Esos paganos, que en la sombra sacrifican á los falsos dioses, pasan por buenos católicos, que el mundo

rodea de profundo respeto. Así trascurren muchos años, tranquilos, deliciosos. Se posee á la mujer sin el matrimonio, que lo echa todo á perder, es decir, la flor y sus perfumes, sin espinas, flor que no marchitan jamás las desazones de la vida común, del contacto perpetuo.

Pero ¡desplegar sus relaciones á toda la luz del día, causar ruido, provocar el escándalo, fugarse, robar el bien ajeno, sin discreción á mano armada, con fractura y escalamiento! ¡Dejar así sus hábitos parisienses, su domicilio, su casino, viajar en pleno invierno, correr las posadas y los ferrocarriles... qué monótona existencia! ¿Qué dirían en el *Flautin*, en el *Jockey*, en los *Bobalicones*, y, sobre todo, en el círculo de la *Unión*, que la echa de grave y puntilloso?

No obstante, el Conde es harto fino, harto bien criado para dejar conocer su emoción: cuando la señora de X..., concluida su carta, alza hacia él sus ojos, le encuentra radiante, embelesado. Hasta prorrumpe con viveza: «¡Qué vida tan dichosa vamos á pasar!»

Y ese entusiasmo, que ella cree sincero, la exalta más y más. Llama, entrega á un criado la carta, previniéndole que la coloque en el aposento de su amo, bien á la vista, sobre la repisa de la chimenea, para que la distinga apenas éntre. Después, á fin de salvar las apariencias, al menos para las gentes de casa, anuncia que va á pasar veinticuatro horas al lado de su hermana enferma, que la manda llamar.

Alejado el doméstico, discute un plan de fuga inmediata con el conde de C..., le da cita en la estación del ferrocarril de Lyon, y le dice adiós para hacer sus preparativos, y que él tenga tiempo de disponer los suyos.

Llega el momento y parten. Él, muy tapado y abrigado, porque tiene frío — es en el rigor del invierno — y no quisiera que alguno le reconociera; ella, tiritando, helada, á pesar de sus pieles, pálida como una difunta bajo su triple velo.

En un principio, habían decidido que irían sin detenerse hasta Marsella directamente; pero estando ya en camino, hizo observar el Conde que, con la precipitación,

habían tomado un tren-ómnibus, y que el trayecto sería largo y penoso para ella con temperatura semejante. ¿No valdría mejor bajar en una de las primeras estaciones, en Fontainebleau, por ejemplo, y tomar al otro día el expreso?... Ella escuchó, oyó también hasta lo que él no había dicho, y se dejó persuadir. La mujer hasta entonces honrada, que con el corazón ó pensamiento enloquecidos se ha decidido al sacrificio, no busca ya subterfugios para retardar la hora última. Entrégase francamente, sin restricciones. Es noble hasta en su misma caída. Sólo las mujeres de virtud estrecha son las que su experiencia aconseja el hacerse largo tiempo desear, y responder: mañana.

Una vez en Fontainebleau se dirigen á la fonda más inmediata al parque. El Conde, por delicadeza, ha pedido dos cuartos. Pero la casualidad hace que, al siguiente día, se encuentren reunidos en uno solo, sentados ante la misma chimenea y calentándose al mismo fuego.

De tiempo en tiempo, furtivamente, dirígenle miradas tiernas, que dejan perci-

bir mutua correspondencia. Y sin embargo, ambos se hallan pensativos. ¿En qué piensan?

En el parque, que se divisa á través de la ventana, aparecen las ramas negras de los grandes árboles, que se chocan entre sí con un ruido seco, mientras que las hojas amarillentas forman remolinos y se amontonan en medio de las avenidas. Del bosque vecino, sacudido, removido por el viento, salen sonidos plañideros que se prolongan á lo lejos. ¡Tiempo sombrío, frío, triste!

¿En qué piensan? El, en aquella habitación de fonda, desnuda, fea, fúnebre, expuesta á todas las corrientes de aire, ante aquella chimenea que rebota el humo, piensa en su aposento de soltero, alfombrado, elegante, con mil baratijas curiosas por largo tiempo acariciadas. ¿Ha abandonado para siempre aquel hogar querido y su París tan amado? ¿Va á pasar su vida corriendo de fonda en fonda, de pueblo en pueblo? ¿Está destinado á ser un enamorado errante? De repente, su retrato burlesco, trazado por Clerin, se le aparece, y se le figura ver realmente alas en sus espaldas, volando á tra-

vés de los espacios, de mundo en mundo, con una mujer al brazo.

Ella, por su lado, piensa en todo lo que acaba de dejar: menos material que él — al fin mujer — no lamenta las comodidades de su casa, pero no puede desechar la idea que le trae á la memoria sus relaciones ahora perdidas, sus amigas — estas y aquellas — de quienes se ve por siempre separada... Luégo, á pesar de sus esfuerzos para alejar otro pensamiento, ve también á su marido, al compañero con quien acaba de vivir, mal seguramente, pero largo tiempo... Aquella madrugada, al entrar en casa, ha encontrado la carta que le era dirigida. La ha leído con asombro, con estupor, porque ella le conoce: es un hombre inconsciente de sus faltas... ¡Cuánto sufre, infeliz!... ¿Merecía semejante castigo? Ella no podía amarle ya, tenía derecho para amar á otro; pero ¿no habría valido más dejarle en su ignorancia, en su quietud, engañarle, como todas las mujeres saben engañar, y, lejos de causar alboroto, procurar silencio?

Cuando ambos han estado por largo tiempo reflexionando se hablan, y poco á poco,

después de muchas vacilaciones, de infinitas reticencias, todo temblorosos, ella de contrariarle, él de mortificarla, llegan á confiarse sus impresiones; se aman siempre, se aman aún más que se amaban ayer; pero, ¿no podrían amarse lo mismo en París que en Fontainebleau, lo mismo en su casa que en el extranjero?

— Sí; así es tal vez — murmuró ella con tenue vez. — Pero ya no es tiempo de lamentarse... Mi carta ha sido leída.

Entonces, el Conde se levanta, saca una cartera del bolsillo, la abre y dice:

— Hé aquí la carta.

— ¡Mi carta! — exclama la señora de X... estupefacta. — ¿Cómo ha venido á parar?...

Y él, en tono grave, solemne, cual lo requiere la situación, pero sonriendo, emblesado en su interior, se apresura á responder:

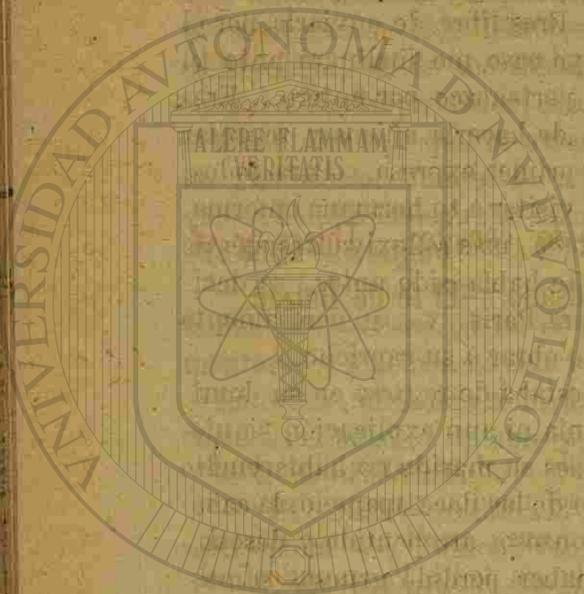
— Dije para mí que cartas de esa índole no debían enviarse precipitadamente... que era preciso darse tiempo de reflexionar después de haberlas escrito... que muchas veces se siente uno pesaroso de ello... Así, anoche, al salir de tu habitación, entré en la

de tu marido, y recogí la misiva. Ahora te la devuelvo... Eres libre de enviarla por el correo, en cuyo caso me inclinaré ante tu voluntad; te pertenezco por entero... Eres libre también de hacerla añicos y regresar á París por el primer expreso... Para todos, sólo has ido á visitar á tu hermana enferma.

Menos exaltada, más reflexiva, después de la carta, que lo había sido antes, se decidió á partir para París, y... generosamente él la ha dejado obrar á su capricho.

A las once estaba de regreso en su domicilio, y no tenía ni aun explicación siquiera que dar, pues su marido no había vuelto todavía. A eso de las doce apareció, la cabeza baja, vergonzoso, arrepentido y desconsolado... de haber perdido gruesas sumas. Y hallando á su mujer más pensativa que de costumbre, se imaginó que había llegado á tenerle aversión por su vida desarreglada, y una vez más le juró no volver á jugar ni dejarla abandonada.

Si hubiese cumplido su juramento, en semejante ocasión habría podido ser para ella un estorbo. Pero la señora de X... no se inquietó: bien sabía lo que su jurar valía.



Las comidas de convite. — Thiers y el bacalao guisado. — El té de Balzac.

Desde principio de Cuaresma, las comidas de convite se suceden unas á otras con más fervor que nunca en el mundo oficial, y generalmente en todos los mundos, el grande como el pequeño, el grave como el ligero, el antiguo mundo del viejo París aristocrático ó burgés, el nuevo mundo de París moderno, financiero, artista y entremezclado.

Pero no se vaya á creer que todos esos que así festejan la mesa de comer, es por protestar á su modo contra la Cuaresma, obrando como verdaderos libre-pensadores. Sería

calumniarlos. Ellos no han escogido la época; son sólo las circunstancias las que se la imponen. La gran mayoría, durante el invierno, ha estado recibiendo mil atenciones de obsequiosa política que debe todavía y es menester devolver. La primavera se ha echado encima; el estío se acerca; al siguiente día del premio grande en las carreras, los parisienses se despedirán unos de otros para ir á correr los campos, ó más bien las playas; preciso es, pues, reunirlos antes que emprendan su vuelo. Por eso, toda dueña de casa en retardo, consulta su librito de memorias, extiende sus listas, y pronto, pronto, lanza á través de la villa número sin fin de esquelas de convite, que le permitirán pagar las deudas contraídas. Si la deuda es demasiado pesada, los convidados, asaz numerosos, se añaden suplementos á las mesas, se estrecha á este contra aquella, se estruja á este hombrecillo entre esas dos señoronas gordas, se obliga á cada cual á comer de perfil ó el codo en la boca del vecino, ¿Qué importa? Lo esencial es desembarazarse de todo el mundo, de un solo golpe, para no tener que comenzar de nuevo.

Por lo que hace á la especie de platos que se sirven en estos convites forzados, prescritos por las obligaciones mundanales, no varían nunca. Siempre es el clásico rodaballo ó el salmón de ordenanza, los timbales de macarrones más ó menos á la milanesa, las pollas trufadas, los pasteles de hígado de pato, los guisantes y quesitos helados, acompañados de Madera, Burdeos y Champaña.

—¿No consulta usted la lista de platos?— le dije yo recientemente en un gran convite á mi vecino de la derecha.

—¿Para qué? La sé de memoria.

Y me la recitó desde el principio al fin, sin equivocarse.

—¿Quizá es usted íntimo de la casa?— le pregunté. —¿Y usted es quien ha insinuado el género de los platos?

— Nada de eso. Sólo que recordando una comida de ayer en otra casa, me persuadí que esta sería en un todo semejante.

¿Es decir eso acaso que el festín de convidados, tan grandemente en honor entre nosotros, tan fuertemente apreciado de nuestros antepasados, va perdiendo de su importancia y reputación? Tal vez. Se hace vul-

gar, se generaliza demasiado. Al mismo tiempo, la vida está hartamente ocupada, el día asaz atareado, la indiferencia por demás grande, para que nadie se tome la molestia de hacer una recepción bien cumplida. Un gran convite era antiguamente negocio de mucho interés. Se hacían los preparativos dos, tres semanas de antemano. El ama de casa no fiaba á nadie, sino á sí misma, el cuidado de disponerlo todo. Hacía venir directamente los pasteles de alondras de Amiens, las perdices de la Turena, las trufas de Perigord, las uvas de Fontainebleau. El día del festín no se desdeñaba de acompañar al mercado á su cocinero ó guisandera, y escoger con ellos los mejores pescados y las más raras primicias. El marido la ayudaba cuanto podía. Vigilaba con esmero los vinos añejos que reposaban de tiempo antiguo en la bodega. Desde muy temprano hacía subir con mil precauciones el Chamber-tin, el Clos-Vougeot, venido de Borgoña, ó algún otro gran tipo de las cepas de Burdeos. Hoy día, nada de todo eso. Los señores de casa tratan á tanto por cubierto con un empresario de comidas, con un Chevet

cualquiera que sustituya al célebre, al genuino fondista Chevet.

— Tengo — dicen los convidantes — tantas personas á comer tal día. Quiero gastar uno, dos ó tres lises por cabeza. Se me ha de suministrar también la vajilla de plata y porcelana, los vinos y el café. Yo no me he de ocupar en nada.

Y el día señalado, el empresario se apodera de la cocina y comedor, enciende las hornillas, extiende mesa y cubiertos, se instala y da sus órdenes.

A las siete y media, ocho menos cuarto, un maestresala, también por cuenta del empresario, abre de par en par las hojas de la puerta del salón, y dice á la señora: « ¡ La mesa está servida! » Muchas veces sucede que los mismos dueños de casa no saben cuál es la lista de los platos. Son, como los otros, simples convidados.

Apenas si se han ocupado de situar debidamente á sus huéspedes con arreglo á sus méritos, sus gustos y preferencias; tanto, que no es raro ver que se hallan colocadas, al lado una de otra, dos personas que, notoriamente, no pueden sentirse juntas, y

que pierden por completo el apetito en cuanto se hablan ó se tocan.

¿No sería más sencillo dejar á cada uno que se sentase según sus preferencias, después de haberse convenido mutuamente entre sí? «Nos pondremos allí, al otro extremo de la mesa. ¡Cuánto vamos á reir! ¿Qué le parece? — Iba á decirle lo mismo,» se dicen dos amigos antes de empezar la comida.

¡En buen hora! Hé ahí individuos que van á divertirse comiendo, y que serán indulgentes con el servicio de mesa. ¿Con qué derecho separarlos, y darles, durante dos largas horas, un vecino ó vecina con frecuencia antipáticos?

Una señora de casa tuvo una buena idea la otra noche; pero no todo el mundo puede permitirse lo que ella se permitió. Es preciso ser muy gran dama, en muy alta posición, de una reputación sin tacha, para atreverse á semejantes excentricidades.

Había convidado á dieciseis personas nada más, cinco matrimonios, tres viudas y tres solteros. Conociáanse algo, si bien no demasiado, y se agradaban asaz mutuamente.

Todos eran jóvenes, ó jóvenes todavía; las mujeres eran graciosas. Bastaría apuntar sus nombres, y nadie diría lo contrario.

Entre siete y siete y media entran en el gran salón de la señora de X... sus convidados: ellos, de frac y corbata blanca, ellas, ostentando sus hombros desnudos. Unos y otros se saludan, se miran, cambian algunas frases de cumplido.

De repente el salón, iluminado por lámparas de gas, queda sumido en la más profunda oscuridad. Cada cual muestra su asombro, pregunta qué ocurre, y óyese la voz del ama de casa, que dice:

— Señoras y caballeros; ahora que no hay luz, escojan sus vecinos de mesa. Si luégo les parece estar mal colocados, échense la culpa á sí mismos, á su falta de tacto y penetración. Pero si por haber acertado á medida del deseo se origina alguna susceptibilidad, algunos celos, respondan ustedes: «¡No es culpa mía; no se veía claro!»

Resonó una gran carcajada, y luégo, á tientas, como quien juega á la gallinita ciega, cada cual trató de adivinar.

Cinco minutos después abriéronse brus-

camente las puertas del comedor, y las luces, que allí brillaban á profusión, alumbraron á las ocho parejas. ¿Se debió el resultado á pura casualidad? ¿fué sólo el instinto el que guió? O bien, ¿se reconocieron unos y otros por el tacto, por la voz? Lo que hay de cierto es que los maridos no estaban al lado de sus mujeres; cada uno de ellos daba el brazo á la esposa de otro. Había cadena cruzada. En cuanto á los solteros, se dividían con las casadas y viudas.

Comida así empezada, de manera tan original, debía ser alegre, y fuélo en efecto. A todos pareció exquisita, y á los postres se brindó á la salud del cocinero, recordando la canción de Desaugiers:

Quando cómo, un cocinero  
Parece cosa divina,  
Que de dentro su cocina  
Él gobierna al mundo entero.  
En la tierra le contemplo  
Cual ministro celestial,  
Pues la cocina es un templo  
Con hornillas por altar.

Sí, en verdad; en otros tiempos se cantaba en las comidas de tono, y todos, hasta

los mismos filósofos, sabían lucirse con honor. Fontenelle tenía su asiento señalado, cada día de la semana, en la mesa de una familia amiga. El día que murió, Pirón, que desde su ventana estaba viendo pasar el entierro, dijo á los que le rodeaban: «Hé ahí la vez primera que Fontenelle sale de su casa para no ir á comer á la del prójimo.»

Sin remontarnos al siglo XVIII, en nuestros días hemos tenido algunos buenos comedores: el doctor Verón, Carlos Monselet, Alejandro Dumas (padre), Balzac, Thiers. ¡Sí, el mismo Thiers! ¡Oh! ¡Si le hubiesen oído elogiar los platos de la Provenza, su país! Mery, su amigo, ha publicado sus discursos culinarios, que no valen menos que los discursos políticos. Hé aquí cómo se expresaba el gran historiador:

«Sí, soy loco apasionado del *quiché*. Sabido es que el *quiché* es una gran rebanada de pan con toda la miga, sobre la cual se extienden muchas anchoas; se la embebe de aceite después, apretando con cortecitas de pan, y se tuesta poco á poco al fuego, que da un color de oro á esa exqui-

» sita rebanada, improvisando así un delicioso pastel del pobre.

» Y no dejó en olvido la *bullabasa*, la « *burrido* que el poeta Germain ha cantado en lindos versos provenzales, la salsa de « *caracoles*, que inventó la ciudad de Arlés, « esa salsa de la cual se desprende un olor « penetrante de tomillo y romero; como no « olvido tampoco las *clovisas*, conchas deliciosas que, al entreabrirse, exhalan un « perfume de alga marina; ni las almejas « de Santo Tomás, pescadas no lejos del « puente Flaviano que, en su noble arquitectura, lleva el emblema del pueblo-rey; « ni la *putarga*, ese caviar á que los Martingas deben su ilustrado nombre. La humilde « *reita*, especie de marinesca marsellesa, « aparece también tímidamente sobre el « mantel de mi mesa, con su salsa, en la « que una mano ejercitada ha distribuido « las cebolletas y *tapenas* (alcaparras); también tenemos especial afición á las anchoas « de Frejús, esas anchoas pequeñitas, minúsculas y tan delicadas que, aderezadas « con el excelente aceite de Aix, aguzan el « apetito.»

Y al discurrir así, Thiers se animaba, sus ojos brillaban detrás de los espejuelos, sus mejillas se coloreaban, su gesto era soberbio; parecía cual si estuviese pronunciando un discurso en la Cámara.

Tenía sobre todo una pasión ciega por el *bacalao guisado*. «Es la obra maestra del espíritu humano,» decía él.

Por largo tiempo satisfizo su gusto; durante medio siglo fué el plato favorito de su mesa. Pero al cabo, un cierto día, los médicos se apercibieron de que era guiso demasiado fuerte para un anciano, y se lo prohibieron. Thiers se quejó, protestó, quiso enviar á paseo á la Facultad.

Pero su señora y la señorita de Dosne estaban á la mira. Previnieron al cocinero, bajo pena severa, que el bacalao guisado quedaba proscrito. Thiers se desconsolaba, hasta que un compatriota suyo de Marsella, su colega en la Academia, Mignet, tuvo lástima de él. Dos veces por semana se le veía llegar á la espléndida casa de la calle de San Jorge, con un paquete bajo el brazo.

— ¡Todavía más documentos históricos! — exclamaba la señorita de Dosne. — Mignet

acabará por agotar los archivos nacionales. ¡Ea! Ya se encierran en el despacho. Los dos amigos van á trabajar sobre esos papeletes preciosos.

Los dos historiadores se encerraban en efecto. Pero una vez solos, abrían el paquete, y en vez de documentos históricos, salía de él... una gran lata que contenía un guiso delicioso de bacalao, preparado con especial esmero por los «Hermanos provenzales,» célebres fondistas establecidos en las arcadas del Palacio Real. Los dos compatriotas se sentaban uno enfrente de otro, y ambos saboreaban su plato favorito.

Al cabo de una hora, Thiers entraba en la sala de braceró con Mignet, y, los ojos aun brillantes de apetito afanoso, le iba diciendo con su vocecilla agria, tan conocida:

— Sí, amigo mío, es la obra maestra del espíritu humano.

— Bien decía yo — repetía cándidamente la señorita de Dosne, — Mignet traía algún documento precioso.

Al fin, cierto día se descubrió el artificio, y los dos glotones recibieron una terrible

reprimenda. Largo tiempo se acordó Mignet de ella, así que, cuando luégo volvía de visita á la casa, se apresuraba á mostrar desde lejos que no había malicia, gritando:

— «¡Ya lo ven, señoras: vacías las manos, vacíos los bolsillos, ningún documento histórico!»

En cuanto á Balzac, mostraba una sobriedad ejemplar, mientras componía cada una de sus admirables novelas. Pero terminada su tarea, daba rienda suelta á su formidable apetito. Por eso, decía de él León Goztán:

«Entonces estaba soberbio: la corbata quitada, la camisa abierta, el cuchillo en la mano, riendo, comiendo, bien quisiera añadir hablando, pero Balzac hablaba poco en la mesa; dejaba que otros hablasen, él reía de tiempo en tiempo en silencio, ó bien soltaba la carejada si alguna frase le hacía gracia, pero era menester que la frase fuera bien picante, y nunca le parecía serlo demasiado; entonces su pecho se inflaba, sus hombros danzaban bajo su plácida barba.»

También, como Thiers, tenía su predilección especial. El gran novelista ponía al té por cima de todo; pretendía tener para su uso un té privilegiado, único, y que él revestía de una leyenda particular, cuando decía:

— Esta planta no la hace madurar el sol sino para el emperador de la China y para mí. Los mandarines de primera clase la han regado y cuidado en rama; jóvenes doncellas la han cosechado.

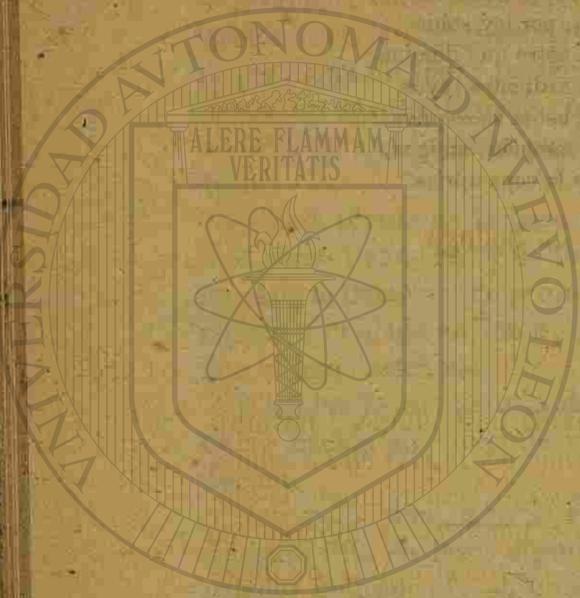
Y hablando así, parecía dar fe á esa fábula, nacida sin duda de su fértil imaginación.

Buscando bien, aun se encontrarían en nuestros días en París algunos catadores de paladar delicado, y algunos alegres bebedores que se reúnen una ó dos veces al mes para saborear los manjares de una buena mesa, los buenos vinos, y tenedor y vaso en mano entonan esta canción:

La tierra bebe amorosa  
 Agua que la nube envía,  
 Bebe el árbol de la tierra,  
 Y sus hojas fructifican.  
 El sol bebe de los mares,

El mar bebe de las rías,  
 Y la luna, por ley sabia,  
 Del gran astro que ilumina  
 Bebe sus ardientes rayos.  
 Nadie de beber se esquivaba.  
 Bebamos también, amigos,  
 Llenemos la copa aprisa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 No. 1626 MONTERREY, MEXICO



### La bodega.

La canción citada nos conduce, naturalmente, vaso en mano y la risa en los labios, á hablar de *La bodega*, esa reunión de alegres camaradas y hombres de ingenio, de ese conservatorio de nuestro antiguo ingenio galo, de esa academia, no de inmortales, como la otra, la grande, sino de mortales que cantan gozosamente la vida, hasta la muerte.

Justamente, para poder hablar con certidumbre y verdad, tengo á la vista un libro bueno y bello (bueno en cuanto al fondo, bello por la forma), *Relación histórica de la bodega*, del que mi amigo Dentú es á la

vez editor y autor. Hale escrito con cariño, é impreso con gusto exquisito, adornándole de retratos y viñetas con la firma de *El Enano*, que son pequeñas obras maestras de arte.

¡Ah! Dentú no emplea tanta pasión para publicar nuestros libros. Pero ¿cómo reprochar á hombre tan amable, á ese literato sin pretensiones, á ese artista escondido bajo la capa de librero, que dé la preferencia á las canciones, á la risa, á las comidas alegres, á su querida *bodega*, en fin, sobre narraciones dramáticas? Nuestras novelas han contribuido á enriquecerle, y nuestro producto se le gasta él en ingenio y obras de arte. De seguro, bien podría gastarnos en cosas peores; yo le doy gracias por su delicadeza.

La *Correspondencia secreta* (tomo VIII), se expresa así sobre el origen de *La bodega*: «Es el nombre que tiene un café muy á la moda, situado en un pequeño subterráneo, arreglado con buen gusto en un ángulo del jardín del palacio Real. Le sostiene un tal llamado Dubuisón. Los ociosos agradables, los parroquianos de la Ópera, y sobre todo,

los aficionados á buenos sorbetes, de que se hace un consumo prodigioso, concurren á él á diferentes horas del día. Algunos hombres de letras van á hacer allí su digestión más ó menos laboriosa. Es un tribunal del que puede apelarse al del buen sentido, pero cuyas decisiones producen siempre una impresión momentánea.»

Esos algunos hombres de letras, de que habla la *Correspondencia secreta*, se llamaban entonces: Pirón, Collé, Panard, Gresset, autor de *Vert-Vert*, y más tarde Crebillón el trágico, Crebillón hijo, Gentil-Bernard, autor del *Arte de mar*.

Después que empezaron á reunirse en el Palacio Real, determinaron celebrar á escote una comida semanal, para la cual trataron con un fondista llamado Landelle. Á la hora del café, cada comensal leía su última obra, á fin de aprovecharse de los consejos de sus colegas, que los daban con toda franqueza.

Para ser admitido ó conservado en esa sociedad literaria, no bastaban el ingenio ó el talento: era menester tener también una reputación sin tacha, y comportarse de

manera que no se expusiese á perderla. La menor acción indigna era causa de exclusión perpetua. Uno de los asociados sufrió la triste prueba. Convencido de haber prestado á usura, recibió una esquila concebida en estos términos: «Se ruega al señor \*\*\* que vaya á comer los domingos á cualquier sitio que no sea La bodega.» Crebillón hijo, fué el inventor de esa singular invitación.

Pero aquella primera *Bodega* desapareció hacia 1740; hé aquí de qué manera:

«Algunos señores de la corte, queriendo divertirse, se dieron cita un día, y entraron formando grupo en el café, justamente en el momento que los literatos empezaban su comida. La sociedad les invitó á tomar asiento, pero rehusaron con altivez, guardando una actitud y ademán que parecía decir: «¡Ea, comiencen; diviértannos!» Su desdén fué castigado con el silencio más absoluto, y se vieron obligados á retirarse, sin haber disfrutado de la satisfacción que se prometían. Hubieran debido pensar, sin embargo, que cada miembro de *La bodega* estaba hecho para reír de los necios y no para hacerlos reír á ellos. Aquella ocurrencia les

desagradó en tal manera, que la sociedad cesó de reunirse.

En 1762 se reconstituyó bajo la presidencia de Crebillón hijo, quien tuvo por colegas entonces á Favart, Lemièrre, Laplace, Goldini, autor del *Mal humorado bienhechor*, los poetas Delille, Dorat Parny, el presbítero Vosenon, el famoso jugador de ajedrez Filidor, el cardenal de Bernís, el pintor José Vernet, etc.

La Revolución interrumpió las sesiones de *La bodega*. Tratóse de hacerlas revivir en 1793. Inútilmente: la risa no era de moda entónces.

Apaciguada la Francia, calmadas las pasiones políticas, bajo el nuevo título de *Comidas de Vaudeville*, renació la vieja *Bodega* de sus cenizas, y dejó oír otra vez su ingenua risa. Entre los risueños vemos esta vez al académico Laujón, á Armando Gouffé, á Filipom de la Magdalena, y á un célebre bailarín, Despraux, que se casó con la Guimard, y fué luégo director de la Ópera. Á las *Comidas de Vaudeville* suceden los almuerzos de los *Mozos de buen humor*, con Desangiers, Etienne y Martinville.

Pero hé ahora la verdadera *Bodega* moderna, donde se agitan los cascabeles, y la risa estalla, en 1806, en la *Roca de Cancale*, calle de Montorgueit. Dentú, por amor de la exactitud, y quizá por espíritu de confraternidad, se esfuerza en probar que esa nueva transformación fué debida al librero Capelle, editor de la *Llave de la bodega*. Llegó á ser el gerente y anfitrión de la sociedad, en el sentido de que era él quien pagaba la comida mensual, á condición que todos los socios le darían el derecho de publicar sus canciones; no era muy mal negocio, y ya se darían por muy contentos los libreros de hoy día de poder tratar á tan buena cuenta.

Entre los fundadores de *La bodega* regenerada, se ve á Besangiers, Jouy, Dupaty, al poeta Millevoye, Deschamps, secretario de órdenes de la emperatriz Josefina, al conde de Segur, senador del Imperio y gran maestro de ceremonias (cuyo hermano, para distinguirse de él, firmaba Segur, sin ceremonia), autor de la canción que tan popular llegó á ser:

.....  
 Los malvados son que beben agua.  
 De ello el diluvio fué prueba clara.  
 .....

Estas comidas de *La bodega* atraían á la *Roca de Cancale* el 20 de cada mes una multitud de visitantes: Brillat-Savarin, Parny, Buflers, Melnet, el pintor Isabey, el célebre doctor Gall, los generales Duroc, Junot y muchos otros. En los pasillos de la fonda, en los gabinetes contiguos, en la calle misma (la calle inmediata de Mandar), se agolpaba la gente para oír las canciones.

Á pesar de esta boga, *La bodega* estuvo soñolienta en los primeros tiempos de la Restauración, y no salió de su letargo hasta 1825, con este título: *El Despertar de la bodega*, reuniéndose esta vez la sociedad en la hostería de Lemardeley. En esa época apareció Beranger, quien escribió estas apreciaciones: «Á pesar de mi prevención contra las asociaciones más ó menos literarias, quedé vivamente impresionado de la benevolencia y aplausos con que fuí acogido en *La bodega*; desde aquel día, mi

» reputacion de cancionero se extendió por  
» París y toda la Francia.»

Sin embargo, dos años después de su recepción, se renovaron en él sus prevenciones, porque se separó de la sociedad.

Nuevo interregno de la canción hasta 1834, en que recobra su imperio en la plaza de la Bolsa, fonda de Champaux, y promulga un decreto, del que véanse algunos pasajes:

« Considerando:

- » Que la canción es de origen celeste;
- » Que los ángeles cantan sin cesar cánticos á la faz del Eterno;
- » Que Tirteo inflamaba el valor de sus conciudadanos con estas palabras:

Avancemos, hijos de la patria;  
El día de la gloria ha llegado.

- » Que Noé, que no fué quien inventó la pólvora, pero sí quien plantó la vid, lo cual es infinitamente más meritorio, entonaba sin cesar, catando el jugo divino:

¡Bueno, bueno, bueno, bueno,  
Siempre bueno el vino fué!  
No hay en beber exceso;

- » Que Homero al quedarse ciego, rasguñaba de lo lindo en su viola las más lindas coplas de su época, tales por ejemplo como:

Andrajosos, andrajosos,  
Siempre son ellos dichosos...

» Ó bien:

El que á morir llega,  
Es por larga fecha.

- » Que Simónides, Horacio, Terencio, Catulo, Propercio, el sensible Tibulo y muchos otros, han cantado á su vez el amor, el vino y la amistad;
- » Nosotros, sus discípulos, ó más bien sus hijos modestos, hemos decretado y decretamos lo que sigue:

» Á partir de este día, 4 de Abril de 1834, queda instalada una sociedad de buenos vividores y alegres cancionistas, con el título de *Los Hijos de la bodega.* »

En 1837, el Comité directivo decidió que en lo sucesivo se volviese al antiguo nombre, al título primitivo de *La bodega*, y

desde entonces la sociedad ha seguido funcionando sin interrupción hasta nuestros días; pero cambiando con frecuencia de domicilio. Pasó al café del *Banquete de Anacreón*; después al de Griñón, en el pasaje de Vivienne; luego al de Pestet, en la calle de San Honorato, y por último, al café de Coraza, en el Palacio Real, donde celebra todavía sus comidas el primer viernes de cada mes.

Lo que más sorprende la atención de los que visitan *La bodega*, dice Dentú, es el espíritu de tolerancia que reina en esa sociedad. Cada cual expresa allí su opinión, como él la entiende, con tal que sea en forma alegre. Por el artículo IX de sus estatutos está prohibido hablar de política en *La bodega*. Como es natural, esto suscita frecuente oposición, porque los reglamentos en Francia, como las constituciones, son hechos para ser violados. En la Bodega, sin embargo, aun en medio de las más fuertes crisis políticas, las cosas terminan alegremente, y si Beranger y Desangiers pudieron estar picados por un instante, en cambio Clairville y Vicente se dijeron las frases

más vivas, sin cesar por eso de ser amigos; véase una muestra:

Estamos en Marzo de 1874; Clairville exclama: Lo que sería menester es poder

Del suelo francés los realistas  
Desterrarlos, sin dejar uno,  
Y los republicanos junto;  
Menos Vicente por insignia.

Y al siguiente mes, Vicente respondió:

Lejos de querer yo en Francia,  
Príncipes, ni reyes, ni otros,  
Que sean desterrados todos,  
Los quiero á todos en casa,  
Junto con Clairville hermanos,  
Que así soy republicano.

Este Vicente es el Presidente actual de *La bodega*, y ciertamente ese honor le era debido: sus canciones publicadas por Dentú, á continuación del excelente estudio de donde hemos sacado gran parte de estos detalles, son de primer orden. Hay canciones que valen tanto como poemas, y buenos poemas.

Asistido del autor dramático de talento,

Grangé, el más agradable de los cancionistas, Vicente, se sienta todos los primeros viernes de cada mes en la silla destinada al Presidente. Viste de frac negro y corbata blanca, el reglamento lo exige, pero sus colegas pueden llevar el traje que gusten. Delante de él está el vaso de Panard y el cascabel de Collé, que agita, después de servida la primera entrada, para reclamar silencio y *brindar á la canción*.

Después de este brindis, se come, se conversa, se interpela tuteándose, esto es de rigor entre socios. Sólo á la hora del café es cuando se comienza á oír á los cancionistas. Éstos son numerosos, y con frecuencia, á las doce de la noche, la mayor parte de los comensales, permanecen aún sentados á la mesa, escuchando y aplaudiendo un estribillo. Otros hay que, en un ángulo de la sala, repiten por lo bajo los últimos versos de un brindis de su presidente:

Affligido el corazón,  
La mente sin esperanza,  
Y con ánimo más frío  
Que de los polos el agua,

Con el vino se renace,  
Que es la sangre de la Francia.  
Por eso, pues, mis amigos,  
¡A la canción brindis vaya!

Algunos hay, también, que ruegan á Lasalle, el gran artista de la Opera, que entone algunas coplas de la *canción francesa*, y él los complace con su potente voz:

Hoy quiero cantaros  
Mi bella querida,  
La que me sonríe  
Cuando en mí el sol brilla,  
Y como mujer  
El alma domina;  
Con fuego y ternura  
Mis votos realiza;  
Sus besos son llama  
Que al pecho electriza.  
Tú, canción francesa,  
Que mi amor admira,  
A mis brazos ven,  
Y besos te imprima  
Mi labio ardoroso  
En fresca mejilla.

.....  
.....  
Canción de esperanza,  
De amor y de vino,

Cuando todo es llanto  
 O triste quejido,  
 A tí, cual mi patria,  
 Inspiración pido.  
 Esperar sepamos,  
 Ya que el enemigo  
 El oro nos lleva  
 Y algo más... consigo.  
 Tendrá que volverlo  
 Cuando suene el juicio.  
 Si por fuerza rara,  
 Por arte maligno  
 O traición malvada,  
 Prisioneros hizo  
 A miles soldados,  
 La canción, yo digo,  
 ¿Nos podrá él robar,  
 Ni extraño nacido?  
 A mis brazos ven;  
 Tu labio pulido,  
 Francesa canción,  
 Besar necesito.

### La Ruleta.

Cierta día, en medio de la continua niebla, sentí la necesidad invencible de ver la luz clara, y partí para Niza, la patria del sol. Ahora que me hallo de vuelta en París, y encuentro un cielo anubarrado, amenazando lluvia, quiero revivir un instante con mis recuerdos en el bello país por donde he pasado.

Recordemos antes el camino: se toma á las siete de la tarde el tren rápido, y al día siguiente, á las diez de la mañana, se está ya en Marsella.

Se almuerza, se vuelve á partir, y en

Cuando todo es llanto  
 O triste quejido,  
 A tí, cual mi patria,  
 Inspiración pido.  
 Esperar sepamos,  
 Ya que el enemigo  
 El oro nos lleva  
 Y algo más... consigo.  
 Tendrá que volverlo  
 Cuando suene el juicio.  
 Si por fuerza rara,  
 Por arte maligno  
 O traición malvada,  
 Prisioneros hizo  
 A miles soldados,  
 La canción, yo digo,  
 ¿Nos podrá él robar,  
 Ni extraño nacido?  
 A mis brazos ven;  
 Tu labio pulido,  
 Francesa canción,  
 Besar necesito.

### La Ruleta.

Cierta día, en medio de la continua niebla, sentí la necesidad invencible de ver la luz clara, y partí para Niza, la patria del sol. Ahora que me hallo de vuelta en París, y encuentro un cielo anubarrado, amenazando lluvia, quiero revivir un instante con mis recuerdos en el bello país por donde he pasado.

Recordemos antes el camino: se toma á las siete de la tarde el tren rápido, y al día siguiente, á las diez de la mañana, se está ya en Marsella.

Se almuerza, se vuelve á partir, y en

pleno sol, en pleno calor, en marcha vertiginosa, por entre la mar, los olivares, los naranjos y los montes á lo lejos, van desfilando sucesivamente: Frejús, Hyeres y las islas de Oro, Canas, Paraíso Cosmopolita, Antibes, donde el autor Denery se ha hecho construir un palacio, y en fin, Niza, Niza la bella, como la llaman los italianos, y que va siendo la metrópoli del Mediodía. Bajemos del tren.

¿Por qué esos gritos, ese ruido, esa multitud, esos carruajes que desaparecen bajo las flores, esas trompas, esos cuernos de caza, esos trajes extraños, todo ese alocamiento? Es que es el lunes de Carnaval, el cual si ha muerto en París, en Niza no ha vivido nunca mejor y tan bien.

Allí reina el Carnaval como soberano, allí hace furor. La harina, los confites que caen sobre los paseantes, los gritos que resuenan, ciegan y aturden. En las calles se corre, se brinca, se danza, se destornillan las piernas, En el Corso, en la calle de Juan Bautista, en la plaza de la Prefectura, en los tablados al aire libre, en las ventanas todas, se apiña la gente. Unos á otros se interpelan, se

apostrofan, se envían besos, se arrojan á la cabeza anises y flores. Luégo, de repente, las mujeres se inclinan afuera de los balcones, los hombres en la calle se estrechan contra la pared: es el desfile de las carrozas que comienza. Carrozas alegóricas en la mayor parte: la tía Miguet y su gato, el caballero Sol, la dama Luna, las señoritas Estrellas y los cometas, todos soberbios con sus vestiduras resplandecientes de oro, y la gran carroza de la Ruleta con sus treinta y seis números, representados por diez y ocho mancebos disfrazados de genios locos, negros y rojos, llevando cada uno, en el pecho y espalda, dos números.

Esta vista despierta los malos instintos, la fatal pasión de un amigo que me acompaña, el cual me dice:

— ¡ Si fuéramos á Monte-Carlo á ver la ruleta verdadera !

— ¡ Cómo ! ¿ Ya ?

— Sin duda. ¿ No está usted ya cansado de todo este ruido ? Allí nos reposaremos.

¡ Él llama á eso reposar, infeliz ! ¡ Sentarse delante de una mesa y jugar once horas por día !

Preciso es obedecerle, y muy luégo, un carruaje, pagado á gran precio, se digna conducirnos á Monte-Carlo por el camino nuevo.

¡Qué paseo tan delicioso á orillas del mar! Villafranca y su rada, Bauliú, San Juan, todos como dentro de un nido de naranjos, las ruinas de Esa, Turbia del Mar, á los pies de los muros de la antigua Turbia, después Mónaco con su palacio, sus jardines, sus casas tan pintorescas, empinadas sobre la plataforma de su peñón.

Durante esta carrera de dos horas, mi amigo me distrae con el relato de sus esperanzas, diciéndome:

— El año pasado viajaba yo con un prudente como usted. Mi filósofo llega á Monte-Carlo con intención de no detenerse sino una hora apenas. Entra en los salones, se acerca á la ruleta, saca un luis del bolsillo, y jura que, si le pierde, será lo último, lo último para siempre.

— ¿Y bien?

— ¡Bien! Que perdió su luis, y queriendo recobrarle se instaló en el país, y hace un año que sigue jugando sin parar. Conozco

su sitio de costumbre; yo se le mostraré á usted.

Ya hemos llegado. A pesar de la corta distancia que media, ¡qué poco se parecen Niza y Monte-Carlo! Allí, el ruido, el movimiento, la muchedumbre; aquí, el silencio, el vacío, casi el recogimiento. Sí, el vacío en la plaza, en los jardines, en el admirable terrado que domina el mar. Sí, el recogimiento del jugador: con mano temblorosa tienta sus billetes de Banco, remueve su oro, se pregunta si va á sonreírle la fortuna ó perseguirle la mala suerte, si dentro de poco será rico ó pobre, en ruina ó á salvo. El recogimiento del que lo ha perdido todo; ya nada tiene en sus faltriqueras, nada en su domicilio, y no sabe cómo hará aquel día para comer, y al siguiente para retornar á su país. El recogimiento también del jugador ganancioso: palpa en el fondo de su bolsillo sus luses y sus billetes, sin atreverse á mostrarlos, temeroso de que le pidan prestado, maravillado de su triunfo, buscando en su mente cómo emplear aquella fortuna inesperada y forjando en el vacío frágiles quimeras.

A veces resuena en la plaza un movimiento precipitado. Ya es un landó, á gran galope, que va á dejar delante del Casino, á habitantes de Mentón, de Niza ó Vintimilia. Ya es un ómnibus cargado de equipajes, que deja nuevos viajeros en la fonda de París. Ya es la berlina del anciano príncipe de Mónaco recorriendo sus Estados. Ya es también un gran coche amarillo tirado por cuatro caballos, y en cuyo flanco se lee: *Empleados de la Administración*, es decir, banqueros, talladores de treinta y cuarenta, los que arrojan la bolilla en el cilindro y los que recogen el dinero.

Delante del café, construcción informe destinada sin duda á ocultar los jardines más bellos y la vista más bella del mundo, se observa mayor animación: un perdidoso, reflexivo, agitado, nervioso, anda en busca del prestamista sobre prendas ó sobre su firma, del usurero ó semibanquero, que pueda darle subsidios con que atacar de nuevo la banca. Busca dentro, busca fuera, en las salas de billar, por los bancos de la plaza, en tanto que el otro que desconfía y quiere evitarle, se oculta en el fondo de la tienda

del peluquero ó en el kiosko de los periódicos.

Unas veinte personas están sentadas bajo la toldilla del café; mutuamente se cuentan sus infortunios ó se confían sus esperanzas. Cualquiera puede acercarse sin temor de ser indiscreto. Todas las conversaciones se parecen en Monte-Carlo. No se habla sino del rojo, del negro, del cero, del rehecho, de la intermitencia, de la serie, de la martingala, de los números llenos, de los números á caballo, de los números atrasados, de los vecinos, de las docenas, de los cuadrados, de la transversal, del sistema americano, de la sociedad de italianos fundada para luchar contra la banca; en fin, de porción de cosas, que no tienen curso sino en aquel pequeño rincón del mundo, y que sólo pueden ser comprendidas en él.

En cuanto á la política, á las artes, al amor, á las causas célebres, á las comedias nuevas, á las catástrofes, á las gacetillas, á los últimos escándalos, todos se burlan de ello. No es negocio para aquellas gentes. Se murmura, se murmura mucho en Monte-Carlo; es una población cual una pequeña

aldea de campesinos, pero se murmura de la administración de los juegos, del Gobierno, del principado, de los inspectores, de los empleados; diríase que el mundo entero se compone de cuatro villas ó caseríos: los Molinos, la Condamina, Mónaco y Monte-Carlo. Allí se encierran, allí se concentran, allí el espíritu se estrecha, la inteligencia se entumece, el sentido moral se oblitera. No se juzga á los hombres y á las cosas bajo el mismo aspecto que en otra parte cualquiera. Allí los maridos olvidan á sus mujeres que se quedaron en París, las mujeres casadas olvidan su hogar de familia, las cortesanas olvidan su oficio. Si se les habla de «amor» responden: «juego.» Hasta las mismas madres olvidan á sus hijos. Yo he visto, un día, sí, yo he visto á una niña que su madre dejó en el guardarropa. «Espérame ahí, que vuelvo dentro de cinco minutos:» hé ahí lo que le dijo, y se entró en la sala de juego. Sentóse á una mesa y la criatura hacía siete horas que estaba esperando. Todo ese mundo está alocado, ebrio. Su vista es turbia. Vive al revés, los pies en el aire, la cabeza abajo, el corazón en la espalda. Ese delicioso rin-

cón de tierra, ese paraíso terrenal llamado Monte-Carlo es un asilo de dementes.

— ¡Vamos! ¡vamos! — me dice mi amigo. — ¡Me abraso por tentar la suerte!

Y me arrastra al Casino.

El atrio es lo primero, un gran vestíbulo revestido de mármol donde se pasean los jugadores felices que se preparan á la lucha, ó los que no pueden ya combatir, los empleados de descanso, los prudentes llevados allí únicamente por el atractivo del concierto ó del teatro.

Abrese una puerta. La vista se ofusca. Todo deslumbra. ¡La multitud, el murmullo de las voces, el retintín del oro, el resplandor de las arañas! Es un gran salón brillante con sus mil luces y ornamentos dorados; después viene la galería morisca, con sus cuatro mesas de ruleta, siempre en movimiento, rodeadas de jugadores de ambos sexos. En el fondo hay otro salón inmenso, donde se ostentan dos largas mesas reservadas al treinta y cuarenta.

Acerquémonos á las mesas de ruleta; son las más curiosas. Veinte personas están sentadas en derredor de cada una de ellas; de-

trás hay otras ciento, que las estrechan, atropellan, para avanzar un billete de banco, un luis de oro ó una pieza de cinco francos, sobre el negro ó el rojo; pasa ó falta, pares ó nones, ó sobre un número. ¡Qué extraña mezcla de todos los rangos, de todas las nacionalidades, de todas las posiciones sociales! Aquella italiana de ardientes miradas, de negro cabello, fogosa en el juego, fogosa en las aventuras, al lado de aquella linda inglesa, rubia, de ojos azules; echando en su derredor espantadas miradas, avanzando una mano tímida sobre el tapete verde. Aquí una duquesa célebre, una princesa de las más auténticas, una mujer de la sociedad más distinguida, separadas entre dos damiselas galantes.

¡Y los hombres! Un antiguo ministro, un lord, un miembro del Jokey-Club de París ó Viena, codeando á un degradado, á una víctima de la ruleta y de la vida. Aquel tomador del dos, al lado de un hombre honrado; ese banquero que siempre pone el máximo á cada mano, al lado de ese petate que se abotona la raída levita hasta la barba, á fin de ocultar que no tiene ya camisa.

¡Y qué tipos! El viejo banquero del juego, antiguo empleado de Blanc en Baden y en Homburgo. Treinta años hace que no tiene otra ocupación que la de lanzar, todos los días, desde medio día hasta las once de la noche, la bolilla en el cilindro. Para él el mundo comienza y acaba con esa bolilla. No mira sino á ella, no se ocupa sino de ella, y no le asombra ninguno de sus caprichos. Doscientas veces seguidas caería en la misma casilla, que no por eso movería él sus pestañas. Testigo ha sido de cómo un número recalcitrante ha permanecido sin salir; ¡todo un año! En otro tiempo se asombraba de que hubiese gentes tan bestias que jugasen; ahora no se asombra ya; se limita sólo á despreciar á los jugadores. Nacido en la banca del juego, en la banca morirá diciendo por última vez con la adormecida voz del último sueño: «Hagan juego, señores. ¿Nadie pone más? 36, encarnado, par y pasa.»

Enfrente del cilindro está el joven banquero con sus blancos puños de camisa, bigote atusado, pelo rizado, oloroso, amable, listo á pagar á las jóvenes bonitas, sordo á la voz de las viejas y feas. En vano éstas le

gritan: «¡Cinco francos á la negra! él no responde, no ve, no coloca sus monedas, tiene los ojos fijos en la vecina de ellas, y su juego es el que le interesa, y por ella hace votos, y se apresura á pagarla cuando gana, recoge con pesar su dinero cuando pierde, y deja escapar un suspiro. Hay quien afirma que, á veces, la bella jugadora se deja enternecer por el banquero de las damas.

Al rededor de la mesa, el *profesor* de ruleta explica á los recién llegados, á los ignorantes, las figuras del tapete, la manera de *poner* el dinero; el *picador* pica una cartulina, inscribe el número que acaba de salir, toma nota en el treinta y cuarenta de *la índole de la talla*; el *jugador al tanto*, sentado en una misma silla de la mañana á la noche, guarda el asiento á sus parroquianos, y juega por cuenta de ellos mediante una retribución ó un interés; la *cuca vieja*, refunfuñando sin cesar, gritando, reclamando, confundiendo su puesta con la de los otros, apoyada sobre el tapete, cubriéndolo todo, insoportable; el *jugador sistemático*, rodeado de lapiceros, tarjetas, alfileres, cuadernitos, silencioso, reflexivo, sumido en

sus cálculos, persuadido que son infalibles; el *paulista*, cuya industria consiste en recoger los *huérfanos*, levantar los *muertos*, es decir, las puestas olvidadas sobre la mesa, el dinero ganado por una jugadora tímida que no se atreve á avanzar la mano.

Por entre las mesas, en los salones, circulan curiosos y curiosas, los inspectores grandes y pequeños; las mujeres en busca de quien las convide á comer; los hombres á quienes no gusta comer solos, los domésticos en gran librea: el jugador calenturiento, alocado, corriendo de una á otra mesa; los tomadores á préstamo, y sobre todo las tomadoras. Más allá, sentadas en un ángulo, encogidas, algo avergonzadas de estar allí, pero ávidas de ver, la duquesa de Manchester hablando con un príncipe del Indostán, la princesa de Sagán, la princesa Alejandra Trubetzkoï, la agradable condesa de Rechevet, una húngara cruzada de parisiense.

¿Qué pasa en el salón del fondo, en el treinta y cuarenta? se agitan, cuchichean, señalan á alguno con el dedo. Es un banquero muy conocido, que acaba de ganar 200.000 francos, y se apresura á partir con

su botín. ¿Es seria esa fuga? El vencedor de hoy ¿no volverá á dejarse batir mañana? ¿No es Gambetta aquel que veo allí, parado delante de un cilindro? Sí, él es, que se dirige á Génova y antes ha tenido curiosidad de ver, pasando por Monte-Carlo. Pero, los concurrentes se apiñan en su derredor, le atosigan, y él entonces se aleja, diciendo de paso con mucha gracia al administrador de los juegos que le acompaña:

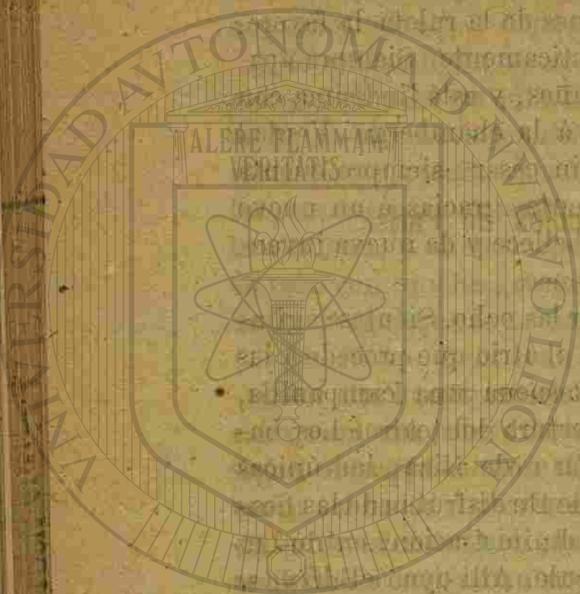
« Me retiro. Aquí estorba mi presencia. »

¿Por qué la animación es mayor al rededor de esa otra mesa? Unos á otros se rodean, todos se empujan á ver. El azar, allí soberano, acaba de reunir á diversas personalidades parisienses, que pertenecen á las artes y al medio tono: Daubray y Celina Chaumont, que pierden y se lamentan, pero con cómica gracia; la morenita del Vaudeville, Clery, enloquecida por el juego hace más de un mes, olvidando ante la ruleta su teatro, su director y sus numerosos amadores; la bella Eluini, en gran traje de salón, cubierta de collares y brazaletes, que dícese valen más de un millón; María Detaunay, la más fiel de las concurrentes á Monte-

Carlo y la que quizá ha dejado allí más dinero. Las emociones de la ruleta la favorecen al menos plásticamente. Siempre aparece tener veinte años, y está lindísima con su gran sombrero á la chamberga. Verdad es que, si pierde sin cesar, siempre cuenta ganar al día siguiente, gracias á un nuevo sistema. Nada embellece y da nueva juventud como las ilusiones.

Acaban de sonar las ocho. Siéntese agitado movimiento en el atrio que precede á las salas de juego. Resuena una campanilla, que anuncia la apertura del teatro. Los habitantes de Mentón ó de Niza, las únicas personas que realmente disfrutan de las fiestas dadas por la Administración, entran en la sala de espectáculo. Allí oyen el *Miñón*, el *Rigoletto*, *Fausto*, *La Favorita*, ó *Hamlet*, ejecutados por artistas tales como la Patti, Albani, Scalchi, Faure, Mauret, Gayerre. Y, mientras esos prudentes ó sabios se regocijan y aplauden, en la gran sala de la ruleta síguese oyendo la ronca voz de los banqueros: «Hagan juego, señores... ¿Nadie pone más?... Cero.»

Cero, la palabra final en Monte-Carlo.



### Los círculos de París.

En esta temporada del año, París no tiene su aspecto acostumbrado, sus huéspedes habituales. Se hallan en los baños de Dieppe, de Trouville, de Etretat; beben las aguas de Vichy, de Royat, de Cauterets y de Luchón; se dirigen en excursión á Suiza, se pasean en las campiñas del alrededor. En todas partes se los ve, excepto en su casa.

De esa ausencia vamos á aprovecharnos para echar una ojeada sobre los *clubs* ó casinos, sobre los círculos, esas grandes casas comunes, donde se pasa la vida parisiense masculina. Por sus grandes ventanas abiertas, espero poder sorprender más de un secreto.

Sabido es que desde algunos años á esta parte, los círculos se multiplican, no sólo en Francia, sino en Europa. Son innumerables en Londres, y así debía ser, puesto que el primer club es de origen inglés. Data de fines del siglo xvi, se llamaba *La Sirena*, y tuvo por presidente á William Shakspeare. A *La Sirena* sucedieron: el *club del Biftek*, cuyos miembros llevaban al cuello unas parrillas de oro suspendidas de una cinta verde; el *club de los desgraciados*, del que sólo podrán formar parte los *fallecidos y quebrados*; el *club de las tristes figuras*, de los *hombres crasos*, de los *hombres flacos*, de los *gigantes*, de los *enanos*, de los *arañachavos*, que se estaban en una sala oscura á fin de economizar el aceite y la candela.

No tardó Londres en erigir otros clubs más serios, políticos y literarios: el *club de los torys*, cuyo edificio se halla hoy día situado en la calle de San James; el *club de Carlton*; el *club de la Reforma* en Pall-Mall, con su soberbia biblioteca de diez mil volúmenes; el *club del ejército y de la armada*; el *Ateneo*, que tuvo la honra de contar á Walter Scott entre sus socios; el *club*

de *Gárrick*, fundado en recuerdo del gran comediante. Y aun hay otros muchos y muy principales.

En Francia, nuestros primeros clubs fueron sólo políticos. Llamábanse: el *club Breton*, el *club de los Jacobinos*, el *club de los Fuldenses*, el *club de Montrouge*, del que formaban parte el duque de Orleans, Mirabeau, Sieyes; el *club de los rabiosos*, que dirigieron Santerre y Henriot. Posteriormente, bajo la Restauración, Carlos Nodier fundó el *círculo de los papamoscas*, y algún tiempo después, establecióse el *club de los asnos*. Pero, pronto el club deja de ser un sitio donde se reúnen para discutir, ocuparse de política, querellarse; se convierte en un salón, en una casa elegante, donde los hombres de la mejor sociedad viven en común. Mientras que en Viena se crean el *Jockey-Club*, el *Adels-Casino*, la *Concordia*, el *Kaufmaennischer-Verein*, la *Unión*, se establecen en París tan numerosos casinos, y son tantos los que hoy existen, que para bien distinguirlos hay que clasificarlos en muchas categorías.

Colocaré en la primera los círculos que se

recomiendan por su antigüedad y la consideración de que disfrutaban. Desde luégo la *Unión*, en el bulevar de la Magdalena, donde se reúnen los nombres de mayor rango de la aristocracia francesa, y donde no es fácil ingresar á menos de pertenecer á una nobleza bien acreditada. La conversación, algunas discusiones en voz baja, la lectura de periódicos y revistas, el whist por accidente, á precios moderados, la mesa que es exquisita y muy concurrida, son los únicos placeres de ese círculo exclusivo y algo soñoliento. Vense errar por allí, como sombras, al duque de Broglie, al duque de Blancás, y uno de los Jumilac, descendiente del último duque de Richelieu.

Viene en seguida el *Jockey-Club*, si no es que va á la par. También se hace gran caso allí de la nobleza, la que es buscada, pero con menos absolutismo. A consecuencia de su origen, de su segundo título: *Sociedad para el fomento de la cría caballar*, el club, cuando se trata de recibir á algunos propietarios de grandes yegadas, no examina muy de cerca los pergaminos. Y, sin embargo, á pesar de esta semitolerancia, este

club tan celebrado, tan conocido del mundo entero, no tiene ya su esplendor de tiempos antiguos, ha perdido gran parte de su animación y alegría. El conde de Darú y Blount no están ya allí para despertarle, darle vida, para decir y hacer locuras. Únicamente Alés-C... á quien apellidan el amigo del príncipe de Gales, prueba algunas veces, con sus ocurrencias, á sacar al club de su letargo, de tallar una banca de bacará, á media noche, después del teatro. Rara vez lo consigue. El bacará agoniza en el *Jockey* desde hace muchos años. Ahora se contentan con jugar á la básiga, sin exceder de cinco francos el punto, antes de comer, de las cinco á las siete. El barón Gustavo de Rost... es el jugador habitual de esta partida, y, cuando pierde, recomienda sonriendo con mucha gracia que no digan nada á su hermano mayor Alfonso.

Colocaremos en tercera fila el *círculo de los Campos Elíseos*, antiguamente Circo imperial. Ya no se ve en él ninguna escarapela política, y su carácter hoy día es sobre todo financiero. Concurren allí: Enrique Chevrau, antiguo ministro, el conde de Soubeirán, el

banquero Joubert, los dos Stern, Durieu, Brolemán, del Crédito lyonés, Pinatet, que pasa por tener el más hermoso tiro de todo París, y gana frecuentemente la cinta del concurso hípico; los tres condes de Camondo; Abraham padre, Isaac y Nesin. Este último acaba de restaurar el famoso pabellón de Luciennes en Marly, con tal esmero, con tal cariño, que ha hecho revivir á la Dubarry en persona. Sí, buscábala él, hacía largo tiempo, y encontróla un día bajo las facciones de la señora de L..., en las salas de la Casa-Dorada, adonde iba ella á comer habitualmente, sola, grave, distinguida, hechicera, correctísima en su traje y apostura, en busca no de una buena fortuna, sino de una bella fortuna. Al verla, dijo él para sí: «¡ Es la misma Dubarry, menos su negrito! » Y ella á su vez pensó: «¡ Es Luis XV imitado! » Halláronse: ella tenía ingenio y exquisito gusto; él tenía dinero y ganas de emplearlo bien. Pusieronlo todo en común, y así es cómo, al final del siglo XIX, hemos visto renacer de repente á Luciennes y sus huéspedes de otro tiempo, aproximadamente.

A seguida de esos tres grandes círculos, es preciso citar:

El *círculo de la calle Real*, donde domina el elemento aristocrático, pero joven todavía, lo que le ha valido los epítetos de *Pequeño círculo*, *Jokey-Junior* y *círculo de los rapazuelos*.

El *círculo agrícola*, apellidado las *Pata-tas*, en el bulevar de San Germán, en una magnífica casa, muy cerrada y silenciosa como los clubs de Londres. Sus miembros son por la mayor parte grandes propietarios rurales, hombres políticos salidos del movimiento. Conversan algunas veces, dormitan las más, honran con su asistencia la excelente mesa, y por casualidad se permiten, los días de jolgorio, un whist modesto.

La *Unión artística* ó el *Flautín*, en la plaza de Vendome. En las salas de su bello edificio (antiguo palacio de Aguado), se ve á los más altos personajes y las mayores personalidades. Nobleza de nacimiento y nobleza adquirida por el talento se dan allí la mano y sólo forman una misma aristocracia amalgamada: creo, pues, poder mezclar los nombres:

El emperador del Brasil, Meissonnier, Bonnat, Gerome, Cabanel, marqués de Vogué, presidente desde la muerte del conde de Gramont, San Marcelo, Franceschi, escultores; Meilhac, Pablo Ferrier, el conde de Aguila, Gastón Jolivet, Poirsón, Delavigne, marqués de Massa, Normand, Verconsin, conde y marqués de Osmond, Clairin, Detaille, el duque de Chartres, Carolus Durán, Gustavo Doré, Parant, Borda, Cartier, Cretet, Alberto Oudet, Plummer, Arachequesne, Randuin, Coppens, Julio Galoppe, Eduardo André, Rolle, Raimbaux, personalidades parisienses; barón de Legoux, Lefebvre de Vieville, magistrado, hombre de mundo; conde de Cossé-Brissac, marqués de Montalembert, conde de Fitz-James, Boulanger, Neuville, Aguado, Gide, San Geniés, Regnier, Japy, barón de Pagés, Saintin, príncipe de Polignac, Protais, príncipe de Troubetzkoi, Alfonso Baroche, Bartholoni, Samede, conde de Potocki, conde de Pourtalés, Jorge Rodríguez, los cinco Rothschilds, Stevens, Stern, Perrín, Worms, príncipe de Metternich, Francés, Leo Delibes, príncipe de Radzisvill, marqués de Barthe-

lemy, Julio Corté, doctor Menière, el príncipe de Gales.

Esta mescolanza de grandes nombres, de bellos nombres y de queridos nombres me ha parecido curiosa: da bien la idea de ese círculo, en que se ha querido reunir á todas las inteligencias y á todas las ilustraciones.

Como se ve, la mayoría de nuestros grandes pintores forman parte de él; por eso su exposición de pintura y escultura es de las más concurridas, y el *salón* de la plaza de Vandome rivaliza con el *salón* de los Campos Elíseos. Pero, no le basta esta gloria al *Flautín*, da también, todos los lunes, excelentes conciertos de música clásica, y, en invierno, dos ó tres grandes fiestas, á las que son admitidas las madres, esposas y hermanas de los socios del círculo. Se representan algunas piezas, de las que muchas, sobre todo la última, la *Revista cooperativa*, han obtenido un éxito magnífico. El autor y los artistas, por el lado masculino, deben pertenecer al club, es una regla absoluta, pero los papeles femeninos se distribuyen á las actrices más lindas de París. Ellas prestan su concurso muy graciosa-

mente, dichosas de tener por actores, directores, camaradas, apuntadores, maquinistas, mozos de escena, camareras de vestir, en caso necesario, á caballeros del mejor tono y de una cortesía perfecta.

Después de esos clubs, estrellas de primer orden, deben citarse algunos muy estimados:

El *Gran Circulo*. Data de 1833 y se fusionó en 1867 con el círculo general del Comercio, situado en el número 2 de la calle de Lepeletier.

Los *Dos Mundos*, antiguo círculo también, con menos luz de pocos años á esta parte, estrella todavía, pero estrella volante.

El *Yacht-Club* (encima del café Napolitano), presidido largo tiempo por el almirante Ronciere Noury, y muy apetecido, muy bien compuesto.

Los *Exploradores*, en la calle de la Paz, (bazar de viaje), después de haber explorado mucho, no explora ya. La causa de ello es honrosa: este círculo se ha mostrado siempre severísimo respecto á exploraciones nuevas.

Los *Bobalicones*, en el bulevar de Montmartre, astro antiguo que poco á poco se va apagando.

El *círculo de los Ferrocarriles*, largo tiempo célebre por las bancas que en él tallaban Luis André y Castellón, por las partidas divertidas de piquet de Pablo Darú, las agudezas de Roqueplán, á quien Enrique Mirault, el amigo de Alejandro Dumas, hijo, y del Gimnasio, le respondía con otras no menos graciosas.

El *Sporting*, bulevar de las Capuchinas y plaza de la Opera, presidido por el duque de Fitz-James. Después de haber sido el refugio de los *sportmen*, candidatos de ingreso en el *Jockey-Club*, pero no admitidos por el gran número de bolas negras en la urna, ó desistiendo ellos mismos, temerosos del rigor del escrutinio, este club se ha hecho hoy día de acceso difícilísimo.

Sus socios, grandes propietarios, muchos de ellos en el Anjou (conde de Crozé, barón de Vezin, Vangugón, etc.), viven entre sí muy íntimamente, y han llegado á convertir un club vulgar en un círculo de amigos.

Cuando en el *Sporting* llega á hacerse sentir la necesidad del bacará, y que los banqueros se muestran recalcitrantes, se

ponen en comunicación, gracias al teléfono, con un círculo situado al otro lado de la plaza de la Opera, el *Washington*, llamado también el *Coronel*. «¿Va bien ahí la partida? preguntan. — Sí, banca abierta, responden. — Bien, allá vamos.» E inmediatamente, una docena de miembros del *Sporting* se trasladan al *Coronel*.

El *círculo de San Huberto*, en la calzada de Antín, antiquísimo círculo.

El *Stanley-Club*, en el hotel Continental, círculo intermitente, fundado en honor del viajero Stanley y presidido por Ryan, el de más edad, sin dejar de ser el más joven, de los redactores del *Flerald* de Nueva York.

El *círculo de Volney* (antiguo San Arnó) apellidado la *Lechería* ó *Piés con cazarrías*, numerosa, divertidísima reunión de artistas, de gente de mundo y de hombres de chispa, que, en su grande y magnífico edificio, hacen exposiciones de cuadros y dan muy lindas funciones, á ejemplo del *Flautín*. Este club, joven todavía, goza de pleno favor y merece su rápida fortuna.

He dejado en reserva, para hablar de él con más espacio, el *círculo de la Prensa*.

Sito hasta ahora en la calle de Lepeletier, acaba de instalarse magníficamente, número 6 del bulevar de las Capuchinas, en el edificio ocupado antiguamente por el *círculo de Francia internacional*.

Nacido hace siete años, cuenta hoy día doscientos socios. En medio de los grandes nombres, tan numerosos en el anuario del círculo, se notan los de los príncipes Leopoldo de Sajonia [Cobourgo Gotha, Alberto de Sajonia-Altemburgo, Mauricio de Hanau, el duque Constantino de Oldemburgo, los marqueses de Montalemborg, Pomereu, Vallombrosa, los príncipes de Ardore, Melisano, Furstemberg, Galitzin, los condes de Ornano, Bearn, Gontant-Birón, La Chappelle, los barones de Saint-Clair, Sonis, el embajador Nazar-Agá, etc.

En cuanto á las celebridades de todo género en artes, ciencias, política, teatro, periodismo, alta banca, alto comercio, remitimos al catálogo, verdadero *Libro de oro*.

Por largo tiempo se ha estado en la creencia de que la *Prensa* era sobre todo un círculo de jugadores. Esa reputación le ha venido de algunos *desbancados*, rencorosos, ó

personas que ella no ha podido convidar á sus fiestas, conciertos, representaciones dramáticas, tan solicitadas por todo París, y ciertamente únicas. Verdad es que se juega, pero aún, más que jugar, se ocupa el tiempo en leer, trabajar y divertirse. Por lo demás, el bacará es menos peligroso en este círculo que en todos los otros, por la sencilla razón que en él no existe la deuda de juego. En efecto, así no puede exponerse sino la suma que cada cual lleva consigo, ó el dinero prestado por uno de los gerentes del círculo, su banquero Carlos L... Este hace sus préstamos, bajo su completa responsabilidad; sólo acepta, como es de justicia, un interés por su dinero, sin pedirle jamás, sufriendo la pérdida sin quejarse, cuando ha colocado mal su confianza. De ese modo se evita el juego sobre palabra tan funesto, la deuda de honor, que tan frecuentemente ha causado desastres, y la temible vergüenza pública. Asimismo, preserva de ser *atrappado*, porque Carlos L... mide con gran tae-to el crédito de cada cual: «Este puede perder cien mil francos, aquel cien luises, este otro apenas cincos luises.» Un verdadero cír-

culo de jugadores tendría que ser administrado por tales jugadores, y, en el comité de la *Prensa*, apenas hay dos discípulos del bacará, y aun de ellos el segundo no cuenta, porque es simplemente un *punto* pequeño, *sin buche*, que juega por deber profesional, para mejor retratar á los jugadores. Los demás nunca han tocado una carta en su vida, y son: el presidente Augusto Vitú, que es á quien el círculo debe el rango que ocupa, quien le ha impreso su sello artístico, alma de la *Prensa* y sus colegas de comité: Dautzón, antiguo prefecto, Emilio Blavet, el conde de Lepic, Julio Billaut, Salvayre Gailhard, de la Opera, el senador Camparán, Luis Enault, Gabriel Morris, Perivier, del *Figaro*, y el ocultor Falguiere, miembro del Instituto.

Y, sin embargo, ¡qué hermoso salón de juego! Virtud se necesita para no fijarse en él. Una sala de estilo del Renacimiento, de diez y nueve metros de largo, por ocho de ancho, y diez metros de altura, chimenea monumental de la época de Enrique II, reproducida por el escultor Lauve, entablamento de talla notable, cinco grandes ven-

tanas de frente con vidrieras, tapicería soberbia de los Gobelinos de fecha 1650; en fin, sala única en París y quizá en Europa.

Verdad es también que los enemigos del bacará tienen otros magníficos salones, para leer, trabajar, descansar, dormir ó conversar. Se conversa mucho en la *Prensa*, bien y amistosamente. En los primeros tiempos, unos á otros apenas se saludaban y ahora se estrechan las manos, y á las primeras relaciones vulgares suceden poco á poco verdaderos compañerismos, francas amistades: la vida del club tiene su lado bueno.

Hé aquí otros círculos, menos en evidencia, pero de ellos varios son muy estimados:

El *círculo de las Bellas Artes*, en la plaza de la Ópera, por cima del *Coronel*. Podría brillar, hacer hablar de él, tener un edificio propio, gracias á su buena caja de reserva. Pero, prefiere permanecer modesto, tranquilo, casi de familia... y tiene mucha razón.

Los *Franco-Conteses*, calzada de Antín.

El *círculo artístico del Sena*, presidido por Lepère, antiguo ministro, y donde se encuentra á Cadol, á Bourdón, del ministe-

rio de Bellas Artes, Ernesto Blum, Chaprón, del periódico *El Acontecimiento*, los dos Coquelin, Pablo Derulede, los pintores Duez, Feyin-Perrin, Lefebvre, Stevens, Armando Silvestre, Henequín, Mercier el escultor, el general Pitié, jefe de la casa militar del presidente de la república y autor de un libro en verso, muy apreciado: *La novela á veinte años*. Se recomienda este círculo sobre todo por sus exposiciones de pintura y escultura, casi permanentes.

El *Hunting-Club* (encima de la peluquería de Lespés), su director Leclerq.

Las *Artes industriales*, calle de Halevy.

El *círculo de París*, núm. 1, en la calle de Lepeletier, el edificio donde está el café de Riche, círculo serio, donde se reúnen algunos hombres políticos.

Las *Artes liberales*, á la entrada de la calle de Vivienne, dirigido por Vriés. Es de notar en la gran sala de los juegos, por tanto tiempo célebre á causa de sus bailes y conciertos, una mesa de bacará, destinada á los jugadores en pequeña escala, y á la cual se ha apellidado *Escuela de los puntos*, (ó los que apuntan).

También en la calle de Vivienne, un poco más arriba, se halla el *círculo republicano*.

*París-Club*, avenida de la Ópera, en el edificio de Bignón.

*Círculo oriental*, avenida de la Ópera.

*Círculo de Chuny*, bulevar de San Germán.

El *círculo de los artistas dramáticos*, número 34 de la calle de Provenza. El simpático comediante Dieudonné es quien ha tenido la idea de ofrecer á sus camaradas un sitio de reunión y al propio tiempo un pequeño escenario para los ensayos y representaciones íntimas.

*Círculo central*, en el foburgo de Poissonière, antiguo círculo comercial, industrial y colonial, que fué fundado, si no padezo equivocación, por Hatton, muerto en presidio.

El *círculo del Louvre*, en la plaza de San Germán de Auxerre, bolsín de comercio más bien que círculo; la reunión de los *harineros*, como la llaman.

El *círculo de Okolowitz*, del nombre de su gerente y fundador, encima de Frontín, en el bulevar de Buena-Nueva.

El *Galo*, bulevar de las Capuchinas.

¿Se quiere más todavía? ¿No es bastante? ¿Creía nadie que hubiese tantos círculos en París? Y sin embargo, no los he citado todos, aún sin contar los garitos, de los que, por delicadeza, sólo diré los epítetos con que se los designa:

El Asilo de los filósofos,

La Nueva Atenas,

El Pequeño Marathón,

Numea,

La Isla de los Pinos,

Los Libertados,

Los Gorros verdes.

Y con esto termina nuestro paseo. Este estudio es asaz imperfecto; no conozco; sin embargo, otro más completo sobre los círculos de París.



### El lecho.

I

Para ser rubia, ella no había hecho uso de ninguna de las veinte y seis recetas que Leonardo Fiozavanti daba antiguamente á las damas de Venecia. De esas recetas, entre las menos complicadas, puede juzgarse por la siguiente:

«Tómese salitre, alumbre de roca, vitriolo  
» y azufre, en junto una libra; cuatro onzas  
» de acibar, una de azafrán y dos de calabaza;  
» mézclese y muélase; introdúzcase todo en  
» una retorta bien cerrada con su recipiente;  
» colóquese sobre un hornillo y destílese.  
» Añádase en seguida cuatro litros de vino

» blanco dulce y cuatro onzas de miel común.  
 » Póngase bien tapado dentro de un frasco  
 » de vidrio; expóngase al sol. Mojando el  
 » cabello con esta mixtura, resultará un  
 » color rubio bellissimo.»

Ella no había seguido tampoco los consejos de Juan Marinello:

«El cabello se volverá rubio con esta  
 » composición: Hágase hervir en agua clara  
 » cenizas de sarmiento, con paja de cebada,  
 » bonetero, palo de regaliz despojado de su  
 » primera corteza y machacado junto con un  
 » limón. Tamícese la lejía que resulta á tra-  
 » vés de un lienzo. Lavando la cabeza con  
 » ella, dejando secar luego el cabello por sí  
 » solo y renovando á menudo igual operación,  
 » el cabello se vuelve rubio como el oro.»

Igualmente, le eran desconocidos los *Secretos* y *recetas* de la gran Catalina Sforza, dama de Forlì: hé aquí una muestra:

«Tómese sangre de drago, azafrán y  
 » azufre, destílese por alambique, empápe-  
 » se la cabeza con esa mixtura, pasando y  
 » repasando el peine, déjese secar el cabello  
 » al sol, y se obtendrá un matiz rubio que  
 » competirá con el oro.»

Nunca había oído ella mentar siquiera los títulos de estos libros: *Secretos notables del arte de perfumería; Resumen de los secretos racionales; Ornamentos; Cómo se vuelve el cabello rubio á la napolitana, cómo á la veneciana; Afeites; Arte de volver amarillo* y el *Recetario* (sobre el tocador secreto de las mujeres), conservado este último en los archivos de Venecia, procedente de los cofres particulares de una bella veneciana, la condesa de Nani.

Jamás le había ocurrido echar mano de los polvos de oro, ni de la cáscara verde de nueces, ni de la mezcla de heces de vinagre y aceite de lentisco, que vuelve rubio el cabello en una sola noche.

No llevaba ni trenzas postizas, ni moño prendido, ni peluca de «color tierno.»

Desdeñaba todos esos subterfugios, porque era ella rubia natural, «maravilla de la naturaleza,» como lo habían sido las diosas antiguas cantadas por Hesiodo, Homero, Virgilio, Dante y el Tasso.

Como Inés Loret, Diana de Poitiers, María Estuardo, y aquella bella Paula de Tolosa, que hacía furor en el siglo xvi: «Cuando

ésta aparecía en público, la turba de admiradores se agolpaba como la muchedumbre en una sedición. Era necesaria nada menos que la intervención de los capitolinos, para librarla de las importunidades de aquellos idólatras. Pero esos sabios magistrados conocían harto bien el corazón humano para no solicitar, y obtener, en compensación, la condescendencia del ídolo, de dejarse ver en público dos veces por semana, dulce violencia sin duda alguna.»

Rubia, como lo fueron la reina María Teresa, Isabel de Francia, la gran señorita y la condesa de Fiesch, de cenicienta cabellera y negros ojos brillantes; la bella María Loredan, «ese bello tesoro, cuya infinita belleza es tan grande que su Venecia con ella parece embellecida;» Laura Grimani, Lucrecia Petsaro, «cisnes blancos, vírgenes con alas que serían bellas en el mismo Paraíso;» Catalina Secca y Violante Provana, «de cuyos cabellos esplendentes saca el oro su más brillante matiz;» la condesa de Sala, cantada por el Tasso: «Lleva una corona de cabellos de oro; ornato el más divino que pueda engalanar una frente.»

Como la duquesa de Longueville, rubia plateada con ojos de celeste azul; las condesas de Griñán, de Lafayette, la marquesa de Sevigné, la ilustre Ninón de Leuclós, la suave violeta La Valière, la altiva Montespán, la bella Fontanges, tan cruelmente «herida en el servicio,» que todas ellas reunían los matices que más gustaban, y la duquesa de Chevreuse y madama Enriqueta de Inglaterra, duquesa de Orleans, y madama de Hautefort que tenía á medida del deseo una cabellera de ámbar la más bella del mundo, y tantas otras más modernas, hoy día vivientes, harto vivientes para que se las pueda nombrar: su modestia se espantaría.

Así, pues, decimos que Clarisa era rubia natural, de un rubio leonado, tirando hacia el rubio ardiente (*rutilus, rutila, pellis*).

Esta circunstancia, bastante rara en estos tiempos, le ha valido su magnífico palacio, los cuadros, los objetos de arte que profusamente le adornan, rentas muy sólidas é ingresos eventuales, el día al día, ó más bien la noche á la noche. Creemos que sólo haya contribuido, haciendo resaltar mejor su per-

fil de virgen, sus ojos azules de inocencia sin par, su talle de niña y sus gustos artísticos. Sí, artísticos, no se extrañe: bien que, no saliendo de su esfera de mujer de placer, se ha hecho apreciar de un modo y otro, á saltos como mujer de letras, y hábil en pintura y escultura.

Hasta en arquitectura también, ejerciendo el arte de tapicería en momentos perdidos. Con arreglo á sus planos se ha construído su palacio, y ella misma ha ornamentado su mueblaje, poco á poco, lentamente, para mayor perfección, tan lentamente que el año pasado dormía aún en una cama provisional, verdadera cama de colegiala. No era por espíritu de penitencia, ni por volver á sus primeros amores; quería un lecho á lo Luis XV, de estilo sin mezcla, y no podía encontrarlo de venta en ninguno de los almacenes de más fama.

Sabe un día que el lecho que ella desea, «ese asilo de las gracias,» ese templo de los amores, como se decía en el siglo XVIII, existe en casa de Recapé. Presto, presto, sube en carruaje, y llega al almacén del reputado mercader, el artista en muebles antiguos.

— Me han dicho que tiene usted un lecho de la época de Luis XV. ¿Es así?

— Sí, señora. Acabo de comprarle en la venta del duque de Hamilton.

— ¿Es auténtico?

— Auténtico é histórico; perteneció á María Leczinska, esposa de Luis XV.

— ¡Ah! ¡De veras! Vamos á verle.

Pocos momentos después, Recapé le mostraba el lecho de Luis XV á Clarisa:

— Vea Vd., señora—le decía.—Como todos los catres de aquella época, es casi cuadrado. Lo mismo puede uno acostarse á lo largo que á lo ancho... Repare Vd. la gracia de los cuatro pies de ciervo que sirven de sostén, y esos escudos de bronce cincelados por Gouthiere... Está completo, no falta ningún adorno.. Vea en el testero esa luna veneciana, cuyas molduras son de Lucas de Nehén... Admire esa pintura en el centro del dosel, ese cielo de amorcillos batiendo sus alas. Se atribuye esa obra al pintor Druais.

— Todo bello, bellissimo en efecto; pero ¿qué precio?

— Veinte y cinco mil francos.

— ¡Oh!

— Bien los vale.

— No digo que no; pero, ¡veinte y cinco mil francos por una cama!

— No es precisamente una cama, es un recuerdo histórico.

— Sí... María Leczinska, ya sé — dice concluyendo su frase Clarisa, y quedando pensativa.

Examina largo tiempo; como verdadera conoedora, se da cuenta de todos los detalles, pasa con cariño los dedos por los cincelados de bronce, los pies de ciervo; después dice que lo pensará, y vuelve á tomar su coche.

Había en efecto materia para pensar: Clarisa no es de esas mujeres que gastan el dinero á troche y moche; hartó sabe lo que cuesta. Ella había calculado procurarse un lecho por algunos miles de francos, de cinco á diez, y, como mujer de orden, tenía ahorrada esa suma. Pero, ¡veinte y cinco mil francos! ¡Era exorbitante!

Sin embargo, la luna con su hermoso marco, el cielo de Druais, los bronceos, los pies de ciervo (un emblema), vuelven sin

cesar á su mente. La artista, como ella es, y también la mujer de imaginación viva, como la suya es, se entusiasman con el recuerdo. Ve á María Leczinska bajo aquel dosel, en aquel gran lecho, y la idea de acostarse, de extenderse, de arrellanarse, en el mismo sitio que una reina de Francia, hace circular por todo su cuerpo estremecimientos de deseo.

En 1871, durante la Comuna, hallándose en Bélgica una de las más hermosas mujeres de nuestra época, artista de talento, fué presentada á una alteza real. En seguida, comprendió que había causado sensación (y no se equivocaba, pues la sensación dura todavía), é inmediatamente, para agradar á la alteza, para conocer bien su presente como su pasado, acude á algunos parisienses refugiados como ella en Bélgica, hombres de letras, y les pide le procuren la historia de la casa de Condé. La rubia Clarisa tuvo igual pensamiento bellissimo, lleno de delicadeza: antes de entrar en el lecho de María Leczinska, si de hecho se decidía á entrar en él, quiso conocer la vida de esta reina de Francia. Compró algunos

libros de historia, y por ellos aprendió que la esposa de Luis XV había tenido diez hijos, y héchose notable por sus virtudes regias y domésticas, en una época en que todas las virtudes holgaban.

Y por lo mismo, concibió un deseo aun más inmoderado de hacerse propietaria del mueble, tan largo tiempo habitado por una mujer honrada. La virtud ejerce un gran prestigio en el corazón de aquellas para quien es extranjera. Cuanto menos se la practica, mas se la admira, y, con arreglo á eso, Clarisa debía admirarla mucho.

Pero el mueble venerado, la reliquia, ¡costaba veinte y cinco mil francos!

Bah! Con la posición que había llegado á formarse, rica, brillando en primera línea, fácilmente encontraría esa suma. Quince años antes, en todo el desarrollo de su juventud, fresca, adorable, casi virgen, teniendo necesidad urgente de cinco luises, se los rehusaron. Pero, hoy día, que no necesita nada, y que juventud, frescura, inocencia, habían perdido sus tempranos primores, nadie le rehusaba nada, todos se complacían en satisfacer sus más costosos

caprichos. El parisiense, y sobre todo el extranjero, son seres originales: prefieren las conservas á las primicias, con tal que les sirvan las conservas en espléndida vajilla, en fonda afamada y muy concurrida.

Acordóse Clarisa que cierto banquero, muy generoso, gran corredor de mujeres en moda, á caza de estrellas (ha construído un telescopio para divisarlas mejor), le había dicho: «Me parece Vd. muy luminosa, desearía observarla de cerca; cuando tenga tiempo para dejarse estudiar, hágame una seña, que yo acudiré al punto.»

Y ella hizo la seña. Y él acudió, y estudió no solo la estrella, sino su atmósfera, cuanto la rodeaba; echó de ver la cama de colegiala, le pareció ciertamente muy estrecha, y ofreció el lecho de Luis XV.

## II

Inmediatamente Clarisa voló al almacén de Recapé. Estaba toda rozagante, risueña, casi orgullosa de haberse prestado á las observaciones de un astrónomo, á fin de po-

seer un recuerdo de María Leczinska. En otro tiempo, Enrique IV había dicho: «Bien vale París una misa.» Ella á su vez decía: «Bien vale el lecho de una reina de Francia una noche de estudio.»

— ¡Mi catre! — prorrumpió al entrar. — Me decido á tomarle.

— ¿Qué catre, señora?

— Ya sabe Vd., el gran lecho de Luis XV.

— No le tengo ya.

— ¿Cómo? Me prometió Vd. que me esperaría.

— Dos días he esperado. Y, viendo que no volvía Vd., ni recibiendo siquiera una esquela...

— ¡Le ha vendido Vd!

— Ayer noche.

— ¿Y es una venta definitiva?

— Esta mañana he hecho entrega de él, y me han pagado al contado.

— ¡Ah!... ¡Qué contrariedad para mí!... ¿Quién compra tan fácilmente y paga tan pronto camas de veinte y cinco mil francos?

— La marquesa de X...

— ¡La marquesa de X!... No la conozco.

¿Pertenece al gran mundo?

— ¡Oh! Seguramente.

Clarisa partió despechada, furiosa. Aquel deseo no saciado, aquel lecho desaparecido, le causaban mil punzadas. ¡Y ver que el objeto de sus ansias le había sido arrebatado por una mujer de la alta sociedad! ¡Siempre las señoras de la alta sociedad! No se contentaban con acaparar para sí solas la consideración, los respetos humanos, y á veces tomarle á ella sus amantes, sino que hasta le tomaban su lecho! ¡Sí, su lecho! Desde la noche de los estudios astronómicos, le creía propiedad suya, positivamente suya. En sueños, le había colocado en su gran alcoba, enfrente de dos ventanas; habíase tendido en él, á lo largo, á lo ancho, los ojos medio cerrados, los brazos encorvados bajo la cabeza, su larga cabellera rubia flotando sobre las almohadas. Y casi, por un esfuerzo de imaginación, había llegado á olvidar su propia personalidad, su origen, el pasado, el presente, y á figurarse ser ella María Leczinska, reina de Francia, hija de Estanislao, rey de Polonia y duque de Lorena.

Sí, la ilusión era tan completa que, en

un momento de olvido, acordándose del epíteto dado á Luis XV, había llamado á su banquero-astrónomo: «Mi muy amado.»

De repente, cesando su sueño, caía de su trono, rodaba del lecho, y volvía á ser Clarisa, sin más ni menos, simple estrella en el cielo de las degradadas.

### III

A ningún otro podía haberse dirigido con mayor acierto que á D..., á quien sus amigos llaman el *indicador*. Este personaje es un verdadero pozo de ciencia. Conocía el nombre, señas, historia oficial ó secreta de todos los parisienses de ambos sexos, comprendiendo la colonia extranjera. Pronto se haría millonario, si le ocurriera instalar un gabinete de negocios: la mitad de París iría á su oficina á tomar informes sobre la otra mitad. Pero es rico y sólo trabaja por gusto, por la gloria, por el honor. Es el *Dangu* de nuestra época.

— Amigo mío — dijole Clarisa, presentándole una copa de vino de Madera, —

no le pregunto si conoce á la marquesa de X..., sería injuriarle. Pero ruego á Vd. me edifique en lo que la atañe: ¿qué clase de mujer es?

— ¿En cuánto al físico, ó á lo moral?

— Ambos conceptos: empecemos por el físico.

— Es muy linda.

— Tanto mejor para ella, y los demás. ¿Gruesa ó flaca?

— Más bien gruesa, á juzgar por sus brazos de un moldeado perfecto, sus hombros de una redondez exquisita, y...

— Basta, ya me la figuro. ¿Es alta sin duda?

— Sí, sin serlo demasiado.

— ¿Rubia ó morena?

— Rubia, muy rubia.

— ¿De matiz como el mío?

— No, rubia cenicienta, trasparente, como el ámbar, ojos negros.

— ¡ Oh! ¡ oh! ¡ Vaya una originalidad!

— Nariz recta, cutis delicioso, y una boca diminuta, con labios desdeñosos.

— Verdadera marquesa del siglo XVIII, entonces.

— Absolutamente.

— Pasemos á lo moral.

— Excelente. Nunca ha hecho hablar de ella, y dicen que ama á su esposo.

— Es inverosímil. Su marquesa de Vd. es harto completa. Debe tener algunos vicios ocultos. Confíemelos. Tengo pasión por los vicios de los otros.

— ¿Y los suyos?

— A las gentes vuelven locos. Veamos los de la marquesa.

— No le conozco vicios, sólo defectos.

— Diga, diga. Siempre es así.

— Es algo amanerada, algo escrupulosa; por lo claro, algo... gazmoña.

— ¡Ya, ya, ya!

— ¿Qué le pasa? Diríase que esto le causa gozo. Le brillan á Vd. los ojos, sus narices se ensanchan.

— Posible es. Su última calificación ha despertado en mí cierta idea... ¡Ah! ¡La marquesa es gazmoña! ¿Qué entiende usted estrictamente por eso?

— Quiero decir que se espanta con facilidad: cualquier palabra aparentemente atrevida la ofende, un nada basta para ofuscar

su mirada. Su cutis es igualmente sensible, su tacto por demás delicado: cuando va de viaje, lleva sábanas propias consigo, para no acostarse en las de las fondas.

— ¿Teme que no las hayan mudado?

— No; pero no basta el lavado. La idea sola de que puedan haber servido á otros que á ella, le causa sofocación.

— Le hacen falta cosas nuevas, y esto no es siempre fácil de encontrar. ¿Por ventura, cuando se casó, era su marido... nuevo?

— ¡Oh! No, seguramente. Pero era ella harto reservada, harto pura, para que semejante idea pudiera inquietarle.

— ¿Y ese marido es joven?

— Treinta y cinco años.

— ¿Buen mozo?

— No muy malo.

— ¿Y la ama él?

— ¿Cómo no amarla? ¡Es tan rubia!

— ¿Cómo tan rubia? ¿Es que no la amaría si fuese morena?

— No se habría casado con ella. Pretende que las morenas no son mujeres, y que hay tres sexos: el hombre, la mujer y la morena.

— ¡No es mala idea!

— ¡Oh! No, la ocurrencia no es suya quizá.

— De todos modos, él piensa así, y yo podría caerle en gracia, á menos que el matiz de mi cabello...

— Todos los matices del rubio son buenos para él. Se volvería loco si la viera á usted.

— Gracias. ¿Es rico?

— Fortuna inmensa, de origen italiano.

— ¿Y él la gasta?

— Sin tasa, sobre todo cuando se trata de comprar objetos de arte, muebles antiguos; tiene la manía de formar colecciones.

— Otra circunstancia en su favor. ¿La rubia marquesa participa de sus aficiones?

— Es casi más aficionada que él.

— No me explico esa afición en una persona tan gazmoña, tan delicada de ojos y epidermis. ¿Cómo, pues, puede reposarse su mirada con placer en muebles viejos, que han pertenecido por lo general á impuros de ambos sexos? ¿Cómo se atreve á tocar unos objetos que en otro tiempo fueron profanados?

— Ella cree que no lo fueron; antes de

comprarlos, se ocupa de averiguar su origen. No compraría el lecho de la Dubarry, aun cuando fuese el más hermoso del mundo, pero en cambio haría extravagancias por adquirir uno que hubiese pertenecido á María Antonieta.

— O á María Leczinska.

— Con mayor razón; esa ni aun siquiera fué nunca calumniada.

— ¿Y dónde podría verse á esa aficionada á antigüedades tan púdica?

— En los alrededores del lago, los días de sol; en la ópera el viernes.

— Gracias, amigo; es todo lo que deseaba saber.

— No me dice usted el uso que quiere hacer de mis informes.

— Me sería imposible, yo misma no lo sé.

Ella lo sabía muy bien. Hacía algunos minutos que había arreglado su plan, y ya le sonreía la idea de que el lecho de María Leczinska pudiera muy bien un día ser propiedad suya.

## IV

El siguiente viernes en la Ópera, desde su butaca de anfiteatro dirigía sus gemelos hacia la marquesa de X..., cuyo palco le habían indicado.

Parecióle más bella y graciosa que el retrato que el maestro le había trazado; admiróle sobre todo su distinción exquisita, sus maneras, porte de cabeza, gran aire, que le sentaba maravillosamente. Luégo, llevada por los acordés de la música, quedándose embelesada como sensible artista, dejó volar su fantasía para desmenuzar, para desnudar aquella linda dama, y colocarla en el gran catre de Luis XV, bajo el espejo orlado de molduras y el dosel azul floreado de amorcillos. En él debía ostentar gran figura, y esta persuasión hizole á Clarisa considerar el lecho aun más precioso, aun más apetecible. Los recuerdos que dejó la reina de Francia eran, en efecto, muy lejanos: había sido menester mucha fuerza de imaginación para hacerlos revivir. Mas, hoy día, renacían por sí mismos; fugitivos

como eran, ahora tomaban forma, adquirían cuerpo. Y María Leczinska continuaba existiendo, pero bajo los rasgos hechiceros, bajo el exterior de la bella marquesa, á la vez ideal y carnal.

A cualquier precio era menester conseguir aquel lecho histórico, cuya historia acababa de rejuvenecerse.

Fiel al plan concebido, después de haber estudiado á la esposa, quiso conocer al marido. Era cosa fácil: por medio de uno de sus amigos hizole inspirar el deseo de visitar su palacio y ciertos muebles del Renacimiento, que ella acababa de comprar. Era una simple visita de coleccionista á coleccionista, una cita de aficionados. El marqués acudió á ella, sin imaginar peligro alguno; pero, mientras examinaba con sus lentes el palacio y sus curiosidades, no pudo menos de parecerle la persona que se las mostraba, muy original y muy seductora con su rubia cabellera, radiante, abrasada, como los dorados rayos de un sol en el ocaso, matiz que él andaba buscando, sin poderle encontrar, y que prefería con mucho al calor ceniciento.

Hizo otras visitas, siempre en calidad de aficionado, pero aficionado más convencido, más serio, que, después de haber examinado y juzgado, quisiera comprar. Ella le dejó hacer sus ofertas, y después, mirándole como ella sabe mirar, cuando quiere enardecer á un hombre, le declaró que en su museo nada había de venta, que era preciso contentarse con admirar, sin tocar siquiera á un cabello.

Tanta severidad de parte de una coleccionista, cuya colección era ya tan variada, y que aumentaba, según se decía, todos los días, asombró al marqués, le irritó, é inflamó hasta el punto de obligarle á multiplicar sus visitas, con la esperanza que acabaría por enternecerla y cederle alguna cosa.

Llegó el estío, sin que nada hubiese sido cedido, y como el marqués se sintiese picado en ese juego, dejó partir sola á su mujer á las aguas de Vichy; adonde, hasta entonces, la había siempre acompañado.

Ese era el momento que Clarisa esperaba. Cierta noche, le dijo: — «Usted conoce mis cuadros, amigo marqués, mis muebles; to-

das mis curiosidades, y yo no conozco nada suyo. ¿No se podría penetrar en su santuario durante la ausencia de la marquesa? Si yo fuera lo que usted querría que yo fuese, claro, su querida, ciertamente, no me atrevería á hacerle semejante petición, y usted tendría derecho para rechazarla; pero yo no soy para usted sino una amiga, una artista, una paseante de museos, y nada impide que yo visite el suyo, en secreto, un día reservado.»

Una solicitud tan mañosamente presentada, no podía menos de ser bien acogida, y se acordó día para celebrar esa pequeña fiesta artística.

Era ya pasado medio día aquel en que Clarisa entró discretamente en el domicilio del marqués. Nadie la echó de ver; la mayor parte de los criados se hallaban con su señora en Vichy, y á los otros se les había alejado prudentemente.

Del brazo de su introductor, más coqueta que nunca, recorrió los salones del piso bajo, admirando los muebles antiguos, los cuadros, muy expansiva en su admiración, entusiasmándose, y estrechándose contra el

marqués, que se entusiasmaba por su lado.

Recorrido el piso bajo, atacada de la fiebre de conocerlo todo, quiso visitar el piso principal, los aposentos íntimos, y, hasta sin consultar al dueño, precediéndole á veces, se abalanzó á la escalera, abrió primero una puerta, después otra, y entró. El marqués trató de detenerla; pero era ya tarde: ella se estaba extasiando, pasmado á placer, ante un magnífico lecho, de estilo Luis XV. Y en alta voz exclamaba:

— ¡Qué bello! ¡Qué cosa tan bella! ¡Qué estilo! ¡Qué bien coordinado está todo! ¡Cómo resaltan esos bronces! Y esos pies de ciervo, ¡qué gracia! ¡Y esa luna con orla! ¡Y ese dosel! ¿De dónde viene este hermoso mueble?

— Le compré este invierno en casa de Recapé.

— ¡Ah! ¡Si quisiera usted cedérmele!

— Imposible, mi mujer está loca por él.

— Lo comprendo. ¡Es admirable!

Y así hablando, hábale cogido las manos al marqués, y le arrastraba hacia el lecho para que él le admirase con ella, en detalle, bajo todas sus fases.

Declinaba el sol; aquella gran vivienda estaba silenciosa, Clarisa más seductora que nunca, y desde hacía largo tiempo, el pobre marqués había perdido la cabeza.

## V

Pasa una semana. La marquesa llega de Vichy; era ya de noche. Había pasado todo el día en ferrocarril, y muerta de fatiga, se apresura á entrar en su lecho, preparado antes de su partida, y que su camarera, que vuelve con ella, se limita únicamente á desdoblar. Acostada apenas, se queda dormida.

Al despertar, al siguiente día, á eso de las diez, tira de la campanilla, hace descorrer las cortinas, y todavía algo soñolienta, entumida, se despereza en su gran lecho, feliz de volverse á hallar en él, después de larga ausencia.

¡Qué diferencia con esas camas de posada, vulgares, donde tantos cuerpos han dejado su huella, donde los cojines de muelles, estropeados por el largo uso, rechinan,

dan chillidos de dolor al menor movimiento! ¡Qué bien se encuentra ella ahora! ¡Qué bien se siente en su casa, bajo aquel vasto dosel, aquel cielo azul salpicado de Cupidillos, que sólo una reina ha contemplado!

¡Y cuánta razón ha tenido ella también para comprar aquel mueble! Cuando piensa que por poco habría sido propiedad de una cortesana, una de esas mujeres cuyo contacto, sólo con rozarla, alteraría todo su ser.

Sí, Recapé le había dicho: «La señora marquesa hace bien de decidirse, porque a señorita Clarisa tiene grandes ganas de ese lecho y podría llevarsele.»

¡Clarisa! Cierta día, por extravío involuntario, se había hecho conversación de esa criatura, en su presencia. Según parece, es una rubia ficticia, más bien rojiza que rubia, bastante bonita, de belleza infantil, de agudeza é ingenio, como lo son las mujeres que se atreven á decirlo ó hacerlo todo. Dicen que es artista. ¡Qué tontería! Artista en amor, quizá.

¡Y pensar que, por poco más, semejante criatura se habría acostado en el lecho de María Leczinska! ¡Qué profanación!

Y así discurrendo, se estira, se vuelve, se revuelve, con tenues suspiros de bienestar, extiende brazos y piernas, pasa de un sitio caliente al inmediato más fresco que pronto se entibia con el ardor de su cuerpo, y hunde su rostro en la almohada, mientras sus largos cabellos, desatados, sueltos, forman una colcha dorada sobre la blanca sábana.

Poco á poco, van abriéndose sus ojos enteramente, su pensamiento adquiere nueva actividad y medita que su marido tarda en ir á abrazarla. Ya la víspera, á su llegada, le pareció que la había recibido con alguna frialdad; era sin duda una frialdad delicada, pues viéndola cansada, por discreción, la dejó dormir. Dan las once; hora es de que esté levantado; ¿no piensa acaso en ir á darle los buenos días?

No, no se presenta. ¿Estaría durmiendo todavía, á pesar de aquel hermoso sol que entra por la ventana, y cuyos rayos juegan en aquel momento sobre una de las almohadas, la segunda, la almohada marital? Ambos esposos hacen cama aparte, pero en el lecho de la marquesa hay dos almohadas

para las noches de efusión conyugal, cuando el corazón late con tal fuerza, que no es posible separarse.

¡ Ah! ¡ qué hermoso rayo de sol! ¡ Cómo ilumina la blanca almohada, guarnecida de encaje!

¡ Eh! ¿ Qué es esa larga raya que le atraviesa? Parece como una hebra de seda.

Y escúrrase ella entre las sábanas para mirar de más cerca.

La hebra de seda es un cabello, un largo cabello de mujer.

¿ Habría ella cambiado de almohada en medio de la noche, y empieza ya á caerle el cabello?

Acércase más todavía. Pero no es del mismo matiz que el suyo. Aquel cabello es de un color más subido, mucho más acentuado. No es rubio; es casi rojo. ¿ Qué significa, pues?

¿ Habría otros quizá, una colección de cabellos?

Levanta bruscamente la almohada.

Y un pañuelo se le aparece.

Lo examina.

¡ No es de ella! No son sus puntillas de

encaje. No ve su escudo nobiliario. Sólo distingue una marca, y esa marca es una C... ¡ Una C.! ¿ Qué quiere decir todo esto?

De repente, un estremecimiento glacial recorre todo su cuerpo, una sospecha terrible la asalta. Es preciso saber, informarse. Para levantarse, se arroja del lado del lecho desocupado hasta entonces, frío enteramente. Pero, al penetrar en aquel lugar inexplorado, se siente picada en la rodilla.

Echa precipitadamente abajo la ropa de la cama, mira, y encuentra sobre la blanca sábana ¡ una horquilla!!!

¿ Qué hace allí aquella horquilla? ¿ Quién la ha puesto allí? Nunca se acuesta ella con horquillas ni alfileres en el pelo. Por la noche desata todas sus trenzas, les pasa un cepillito, las deja sueltas en toda libertad.

Pero, allá en el fondo, enteramente abajo, en el mismo lado, al pie de la cama, de donde la ropa ha sido apartada del todo, cree distinguir un papel, un trozo de cartulina.

Se apodera de aquel nuevo hallazgo.

Es una tarjeta con su punta doblada, en la cual se lee un nombre, uno solo: « CLARISA. »

Llama furiosa, hace venir á su marido, le presenta uno después de otro, cogidos con unas pinzas, el cabello, el pañuelo, el alfiler y la tarjeta.

Ante estas pruebas de convicción, él se turba, balbucea.

Ella sabe ya á qué atenerse.

Al día siguiente, de orden suya, se pone á la venta el lecho de María Leczinska, y Clarisa se apresuraba á comprarle. Su plan había tenido el éxito apetecido.

FIN.

## INDICE

	Págs.
LAS FUGITIVAS DE VIENA.....	5
Las dos morenas.....	11
Los clavos de teatro.....	29
Ernesto Baroche. — Su duelo con Rochefort. — Su muerte en Burget.....	39
Adelina Patti. — Predicciones. — Trajes.....	53
Anécdotas sobre la Academia Francesa.....	59
Incendio de Viena.....	75
El día de año nuevo.....	83
La boda ficticia.....	92
Duelos para reir.....	101
Un manojo de azucenas.....	126
Las dos duquesas.....	145
Después de la carta.....	155
Las comidas de convite. — Thiers y el bacalao guisado. — El té de Balzac.....	174
La bodega.....	190
La Ruleta.....	205
Los círculos de París.....	221
El lecho.....	241

Llama furiosa, hace venir á su marido, le presenta uno después de otro, cogidos con unas pinzas, el cabello, el pañuelo, el alfiler y la tarjeta.

Ante estas pruebas de convicción, él se turba, balbucea.

Ella sabe ya á qué atenerse.

Al día siguiente, de orden suya, se pone á la venta el lecho de María Leczinska, y Clarisa se apresuraba á comprarle. Su plan había tenido el éxito apetecido.

FIN.

## INDICE

	Págs.
LAS FUGITIVAS DE VIENA.....	5
Las dos morenas.....	11
Los clavos de teatro.....	29
Ernesto Baroche. — Su duelo con Rochefort. — Su muerte en Burget.....	39
Adelina Patti. — Predicciones. — Trajes.....	53
Anécdotas sobre la Academia Francesa.....	59
Incendio de Viena.....	75
El día de año nuevo.....	83
La boda ficticia.....	92
Duelos para reir.....	101
Un manojo de azucenas.....	126
Las dos duquesas.....	145
Después de la carta.....	155
Las comidas de convite. — Thiers y el bacalao guisado. — El té de Balzac.....	174
La bodega.....	190
La Ruleta.....	205
Los círculos de París.....	221
El lecho.....	241



AD AUFNOMME DE  
UNION GÉNÉRALE DE B...

OTE